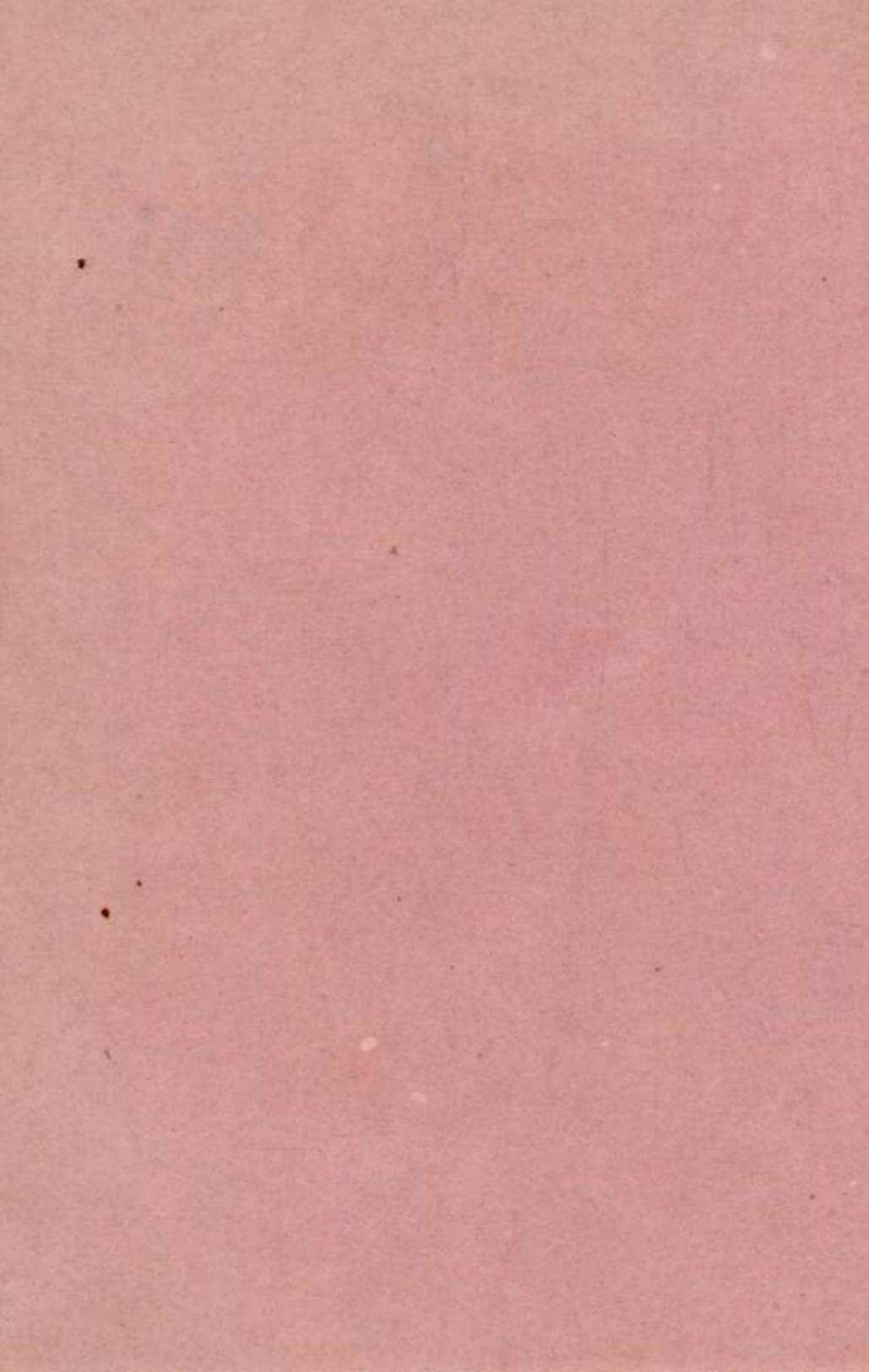




ANT

XIX

25



PAULINA.

14 ms.

R-43.573



PAULINA,

NOVELA

DE MR. ALEJANDRO DUMAS.



TOMO I.

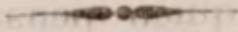
SEVILLA.—1849.

Imprenta de Gomez, Editor, calle de
la Muela núm. 32.



Los que hay en todo mi...
tal vez recordarán...
caballero á una...
que se meparó...
bien, cuando...
conexa la...
piedra de...
bien olvidada...
do de North...
compañero de...
marcha de los...
cuando con...
los pasos, me...
la vez de...
je por estas...
amigo; hubier...
vuelto á ver...
respondi yo...
—C...
Y me habia

PAULINA.



A fines del año 1834, estábamos reunidos un sábado por la noche, en un pequeño salon inmediato á la sala de armas de Grisier, escuchando, con el florete en la mano y el cigarro en la boca, las sabias teorías de nuestro profesor interrumpidas de vez en cuando

por anécdotas en su apoyo, cuando se abrió la puerta y entró Alfredo de Nerval.

Los que hayan leído mi «Viaje á Suiza,» tal vez recordarán este jóven, que servia de caballero á una mujer misteriosa y velada, que se me apareció por primera vez en Flucclen, cuando corria con Francisco para alcanzar la barea que debia conducirnos á la piedra de Guillermo Tell: si así es, no habrán olvidado que lejos de esperarme Alfredo de Nerval, á quien pensaba tener por compañero de viaje, habia apresurado la marcha de los bateleros, y dejando la orilla cuando aun me separaban de ella trescientos pasos, me hizo una seña con la mano á la vez de adios y de amistad, que yo traduje por estas palabras:—«Perdon, querido amigo; hubiera tenido mucho placer en verte á ver; pero no estoy solo, y...» A esto respondí yo con otra seña que queria decir:—«Comprendo perfectamente.» Y me habia detenido é inclinado en señal de obediencia á esta decision, por severa que me pareciese; de suerte que, careciendo de barca y de barqueros, no pude marchar hasta el dia siguiente. De vuelta á la fonda, habia preguntado si conocian aquella mujer, y se me res-

pondió que todo lo que sabian de ella era que parecia estar enferma, y que se llamaba *Paulina*.

Habia olvidado completamente este encuentro, cuando al visitar el manantial de agua caliente que alimenta los baños de Pfeffers, vi venir (tal vez se recuerde esto tambien) por la estensa galería subterránea á Alfredo de Nerval, dando la mano á esa misma mujer á quien ya habia visto en Fluelen donde me manifestó su deseo de permanecer incógnita, de la manera que he contado. Esta vez tambien me pareció que deseaba guardar el incógnito, porque su primer movimiento fué echarse atrás; pero desgraciadamente aquel camino no permitia separarse ni á derecha ni á izquierda, pues era una especie de puente formado de dos tablas húmedas y resbaladizas, que, en vez de estar echadas sobre el precipicio, en cuyo fondo rugia el Tamina, costeaban una de las paredes del subterráneo, á cuarenta pies sobre el torrente, sostenida por estacas empotradas en la roca. Pensó, pues, ya misteriosa compañera de mi amigo que toda fuga era imposible, y tomando entonces su partido, se echó el veio y continuó adelantándose há-

cia mí. Entonces conté la singular impresión que me hizo esta mujer blanca y lijera como una sombra, caminando á orillas de un abismo, sin aquietarse, al parecer, mas que si ya perteneciera á otro mundo.

Viéndola que se acercaba, me arrimé al muro para ocupar el menor espacio posible. Alfredo quiso dejarla pasar sola; pero ella rehusó soltar su brazo; de modo que en un instante nos encontramos los tres en una anchura de dos pies todo lo mas; pero este instante fué pronto como un relámpago: esta mujer estraña, semejante á una de esas hadas que se inclinan á la orilla de los torrentes y hacen flotar su banda en la espuma de las cascadas, se inclinó sobre el precipicio, y pasó como por milagro, pero no tan rápidamente que yo no pudiese entrever su rostro tranquilo y dulce, aunque pálido y debilitado por el sufrimiento.

Parecióme entonces que no era aquella la vez primera que veía aquel semblante, y se despertó en mi ánimo un recuerdo vago de otra época, una reminiscencia de salones, de bailes, de fiestas; parecíame que yo habia conocido esta mujer, de semblante tan triste y deshecho hoy alegre, risueña y

coronada de flores, arrastrada en medio de los perfumes y de la música de algún baile lánguido ó animado. ¿Dónde habia sido esto?... Nada sabia. ¿En qué época? Erame imposible decir!a. Aquello era una vision, un sueño, un eco de mi memoria, que nada tenia de preciso y de real, y que se escapaba como si hubiese querido asir un vapor. Volví prometiéndome verla, aunque para ello hubiera de ser indiscreto, mas aunque mi ausencia solo duró media hora, ni Alfredo ni ella estaban ya en los baños de Pfeffers.

Dos meses habian pasado despues de este segundo encuentro; hallábame en Baveno, cerca del lago Mayor, en una hermosa tarde de otoño; el sol acababa de ocultarse detrás de la cadena de los Alpes, y el cielo comenzaba ya á sembrarse de estrellas. La ventana de mi cuarto daba á un terrado todo cubierto de flores, al cual bajé encontrándome de pronto en un bosque de laureles, de mirtos y de naranjos. Las flores son una cosa tan dulce, que no bastando estar rodeados de ellas, se quiere gozarlas de mas cerca, y en cualquiera parte en que se encuentren, flores de los campos, flores de los jardines, el

instinto de niño, de la mujer y del hombre es arrancarlas de sus ramas y formar con ellas un ramillete, cuyo perfume y brillo les embriague. Así fué lo que yo no resistí á la tentacion: tronché algunas ramas embalsamadas, y fuí á apoyarme en la balaustrada de granito rosa que domina el lago, del cual solo está separado por el camino real que va desde Génova á Milan. Apenas estuve allí, cuando se alzó la luna por la tarde del Sesto, y sus rayos comenzaron á deslizarse por las laderas de las montañas que limitan el horizonte, y sobre el agua que dormía á mis pies, resplandeciente y tranquila como un inmenso espejo: todo estaba en calma; ningun rumor venia de la tierra, del lago ni del cielo, y la noche comenzaba su carrera en una majestuosa y melancólica serenidad. Pronto, en un bosquecillo de árboles que se alzaba á mi izquierda, y cuyas raíces se bañaban en las aguas, resonó el canto tierno y armonioso de un ruiseñor, que se sostuvo un instante, brillante y cadencioso, espirando luego al terminar un trino. Entonces, y como si este ruido hubiese despertado otro de naturaleza bien diferente, se oyó el rumor lejano de un carruaje, vi-

niendo de Doma d'Ossola: luego comenzó otra vez el canto del ruiseñor, y ya no escuché mas que al pájaro de Julieta. Cuando cesó, oí de nuevo el carruaje mas cerca: venia rápidamente; mas, á pesar de esto, mi melodioso vecino tuvo aun tiempo para volver á su nocturna endecha. Mas apenas hubo lanzado esta vez la primera nota, cuando en la revuelta del camino distinguí una silla de postas, que rodaba, al galope de dos caballos, por el camino que pasaba por delante de la posada. A doscientos pasos de nosotros crugió ruidosamente el postillon su látigo, para avisar á su compañero su llegada; y en efecto, casi al mismo tiempo rechinó sobre sus goznes la gruesa puerta de la posada, y el carruaje paró debajo del terrado en cuya balaustrada estaba yo acostado.

Era la noche, como he dicho, tan pura, trasparente, y perfumada, que ios viajeros habian bajado el todo del carraaje para gozar de las dulces emanaciones del aire. Eran dos, un hombre y una jóven envuelta en una gran schal ó en una capa, y la cabeza echada atras, sobre el brazo del jóven, que la sostenia. En este momento salió el postillon

con una luz para encender las linternas del carruaje, y pasando un rayo de luz por el rostro de los viajeros, reconocí á Paulina y Alfredo de Nerval.

¡Siempre él y siempre ella! Parecia que un poder mas inteligente que el arzar nos conducia al encuentro unos de otros. Siempre ella; pero tan cambiada desde que la ví en Pfeffers, tan pálida y moribunda, que ya no era mas que una sombra; y sin embargo, sus marchitas facciones recordaban todavía en mi espíritu aquella vaga imágen de muger que dormia en lo profundo de mi memoria, y que, á cada una de estas apariciones, subia hasta su superficie y se deslizaba sobre mi pensamiento como un rio de Ossian sobre la bruma. Estuve á punto de llamar á Alfredo; mas recordé cuánto deseaba su compañera no ser vista. Y sin embargo, me arrastraba á ella un pensamiento de tan melancòlica lástima, que quise supiese al menos que alguien oraba para que su alma no abandonase tan pronto el cuerpo gracioso á que animaba. Saqué una tarjeta del bolsillo, y escribí al dorso con mi lápiz: «Dios guarde á los viajeros, consuele á los afligidos y sane á los enfermos.» Puse la tarjeta en medio de

las ramas de azahar y mirtos que habia cogido y dejé caer el ramillete en el coche. Al mismo tiempo partió el postillon; pero tan rápidamente, que apenas tuve tiempo de ver á Alfredo, que acercaba mi tarjeta á la luz. Entonces se volvió hácia mí, me hizo una seña amigable, y el carruaje desapareció en un recodo del camino.

El rumor del coche se alejó, pero sin ser interrumpido esta vez por el canto del ruiseñor. Entonces me acometió un pensamiento profundamente triste: figuréme que aquel pájaro que habia cantado era el alma de la jóven, que habia pronunciado su cántico de adios á la tierra; y puesto que ya no cantaba, era sin duda que habia subido al cielo.

La situacion encantadora del mesen, colocado entre los Alpes que acaban y la Italia que comienza; el espectáculo tranquilo y al mismo tiempo animado del lago Mayor, con sus tres islas, una que es un jardin, otra una aldea y la tercera un palacio; aquellas primeras nieves del invierno que cubrian las montañas, y aquellos últimos calores del otoño que venian del Mediterráneo todo esto me retuvo ocho dias mas en Baveno: despues salí para Arona, y de Arona para Sesto Calende.

Aquí me esperaba un último recuerdo de Paulina; aquí se apagó la estrella que apenas había visto brillar en el cielo; aquí había resbalado su pie ligero, y caído en el precipicio: y juventud gastada, belleza marchita, corazón despedazado, todo estaba oculto bajo una piedra, velo del sepulcro, que, cerrado tan misteriosamente sobre el cadáver, como el velo de la vida estuviera sobre su rostro, solo había dejado por dato á la curiosidad del mundo el nombre de Paulina.

Yo iba á ver esta tumba, que, al contrario de los sepulcros italianos que están en las iglesias, se alzaba en un jardín encantador, en lo alto de una colina, sobre la vertiente que miraba y dominaba el lago. Era cerca de noche: la piedra comenzaba á blanquear á los rayos de la luna, y me senté cerca de ella, obligando á mi pensamiento que recogiese todos los recuerdos esparcidos y flotantes que tenía de aquella mujer; pero también esta vez fué rebelde mi memoria, y solo pude reunir vapores sin forma, y no una estatua de contornos precisos: renuncié, pues á penetrar este misterio hasta el día en que volviese á encontrar á Alfredo de Nerval.

Fácilmente se comprenderá ahora cuánto

su aparición inesperada, en el momento que menos pensaba en él, hirió á un tiempo mi corazón y mi cabeza de recuerdos y de ideas nuevas: en un instante volví á verlo todo; aquella barca que huía sobre el lago; aquel puente subterráneo, semejante á un vestíbulo del infierno, donde los viajeros parecen sombras; aquella posada de Baveno, á cuyo pie habia pasado el carruaje mortuorio, y, en fin, aquella piedra blanquizca donde puede leerse por todo epitafio, á los rayos de la luna que penetran por entre las ramas de los naranjos y laureles, el nombre solo de esta mujer, muerta tan jóven y probablemente tan desgraciada.

Así fué que me lancé hácia Alfredo, como un hombre encerrado despues de mucho tiempo en un subterráneo se lanza á la luz que penetra por una puerta que le abren: sonriose él tristemente tendiéndome la mano, para decirme que me comprendia; y entonces fuí yo quien hice un movimiento atras, replegándome en cierto modo sobre mí mismo, á fin de que Alfredo, antiguo amigo de quince años, no tomase por un simple movimiento de curiosidad el sentimiento que me habia empujado hácia él.

Entro. Era él uno de los buenos discípulos de Grisier, y sin embargo, hacia cerca de tres años que no parecía en la sala de armas. La última vez que había ido tenía un duelo á la mañana siguiente, y no sabiendo aun á qué arma se batiría, iba á todo evento á adiestrarse la mano con el maestro. Desde entonces no lo había vuelto á ver. Grisier, y solo oyó decir que había salido de Francia, y que habitaba en Londres.

Grisier, que mira por la reputacion de sus discípulos tanto como por la suya, apenas hubo cambiado con él los cumplimientos de costumbre, cuando le puso un florete en la mano, y le buscó entre nosotros un adversario de su fuerza: recuerdo que era aquel pobre Labattut, que partia para Italia, y que tambien él iba á buscar en Pisa una tumba ignorada y solitaria. Al tercer pase, el florete de Labattut encontró la empuñadura del arma de su adversario, y rompiéndose á dos pulgadas del boton, fué á romper la manga de su camisa, que tiñó en sangre. Labattut arrojó al instante el florete, creyendo, como nosotros, que Alfredo estaba gravemente herido.

Felizmente no era mas que un rascaño;

pero al levantarse la manga de la camisa nos descubrió Alfredo otra cicatriz, que habia debido ser mas grave: una bala de pistola le habia atravesado el hombro.

—¡Calle! le dijo Grisier con sorpresa: ¿no os conocia esta herida!

Es que Grisier nos conocia á todos como una nodriza á su niño: ni uno solo de sus discípulos tenia una picadura en el cuerpo, cuya causa y fecha no supiese. Estoy seguro de que podria escribir él una historia amorosa, muy divertida y escandalosa, si quisiera contar la de las estocadas cuyos antecedentes sabe; pero esto haria mucho daño á su establecimiento, y por eso no hará sino memorias póstumas.

—Es, le respondió Alfredo, que la recibí la mañana siguiente al dia en que vine á tirar un asalto con vos, y el mismo dia que la recibí salí para Inglaterra.

—Bien os dije que no os batiéseis á pistola. Tesis general: la espada es el arma del valiente y del caballero; la espada es la reliquia mas preciosa que la historia conserva de los grandes hombres que han ilustrado la patria: por eso se dice la espada de Carlo-Magno, de Bayardo, de Napoleon; ¿pero

quién ha hablado jamás de su pistola? La pistola es el arma del bandido; con la pistola en las sienes se hacen firmar las letras de cambio falsas; con ella en la mano se detiene una diligencia en un camino, y con ella se levanta el cráneo el que hace bancarota... ¡La pistola!... ¡Vaya!... La espada, en buen hora; que es la compañera, confidente y amiga del hombre: guarda su honor ò le venga.

—Pero si teneis esa conviccion, le respondió Alfredo sonriéndose, ¿cómo es que os batísteis á pistola hace dos años?

—Yo es otra cosa; yo debo batirme á todo lo que quieran; yo soy maestro de armas, y luego, hay circunstancias en que no puede uno rehusar las condiciones que le imponen.

—Pues yo me encontré en una de esas, mi querido Grisier; y ya veis que no salí muy mal del lance...

—Sí, con una bala en el hombro.

—Siempre vale mas que una bala en el corazon.

—¿Y puede saberse la causa de ese duelo?

—Perdonadme, querido Grisier; pero toda esta historia es un secreto aun; mas tarde la conoceréis.

—¿Paulina?... le dije al oído.

—Sí, respondió.

—¿Seguramente la conoceremos? dijo Griesier.

—Sin duda, contestó Alfredo, y la prueba es que me llevo á Alejandro para comer, y se la contaré esta noche; de modo que el mejor día, cuando no haya inconveniente en que se sepa, la encontrareis en algun volumen intitulado *Cuentos negros ó Cuento azules*. Con que tened paciencia hasta entonces.

—Alfredo me llevó á comer consigo, y me contó la historia de *Paulina*.

Hoy ha desaparecido el único inconveniente que existia para su publicacion; la madre de Paulina ha muerto, y con ella la familia y el nombre de esta infeliz niña, cuyas aventuras parecen robadas á una época ó á una localidad muy diversas de las en que vivimos.



—Seguramente la conoceremos? dijo Ger-

—Sin duda, contestó Alfredo, y la prue-
ba es que me hizo á Aquilando para comer,
y se la comió para probar de modo que el
mejor día, cuando no haya inconveniente en

II.

—Tú sabes, me dijo Alfredo, que yo es-
tudiaba la pintura cuando mi buen tío mu-
rió, dejándonos á mi hermana y á mi treinta
mil libras de renta á cada uno.

Inclinéme en señal de adhesion á lo que
decia Alfredo, y de respeto á la sombra de
aquel que tan bella accion habia hecho al
despedirse del mundo.

—Desde entonces, continuó el narrador
ya no me dediqué á la pintura sino por pa-
satiempo, y resolví viajar, ver la Escocia,
los Alpes y la Italia: hice con mi notario

ciertos arreglos de dinero, y salí para el Havre, deseando comenzar mis correrías por Inglaterra.

En el Havre supe que Dauzats y Jadin estaban al otro lado del Sena, en una aldehuela llamada Trouville, y no quise dejar la Francia sin estrechar la mano á dos camaradas de taller. Tomé el vapor, y dos horas despues estaba en Honfleur, y á la mañana siguiente en Trouville; pero desgraciadamente se habian marchado la víspera.

Tú conoces este puertecito, con su poblacion de pescadores: es uno de los mas pintorescos de la Normandía. Allí estuve algunos dias, que empleé en visitar los contornos, y por las noches, arrimado al hogar de mi respetable posadera, Mad. Osraie, escuchaba la relacion de aventuras bastante raras, de las cuales eran teatro hacia tres meses los departamentos de Calvados, del Loira y de la Mancha. Tratábase de robos cometidos con una astucia y audacia maravillosas: algunos viajeros habian desaparecido entre la aldea de Buisson y la de Sallesnelles: habíase encontrado al postillon con los ojos vendados y atado á un árbol, la silla de posta en el camino real, y los caballos

pastando tranquilamente en la pradera vecina.

Una tarde que el administrador general de Caen daba de comer á un jóven de Paris, llamado Horacio de Beuceval, y á dos amigos suyos, que habian ido á pasar con él la temporada de caza en el castillo de Burey, distante unas quince leguas de Trouville, habian forzado su caja y robado de ella una suma de setenta mil francos. En fin, el recaudador de Pont-l'Éveque, que iba á hacer un cobro de doce mil francos á Lisieux, habia sido asesinado, denunciado solo el crimen su cuerpo, que arrojado al Touques apareció en la orilla, crimen cuyos autores quedaron desconocidos, á pesar de la actividad de la policia parisiense, que, inquieta ya con estos actos de vandalismo, habia enviado á estos departamentos algunos de sus mas hábiles sabuesos.

Estos sucesos, iluminados de vez en cuando por uno de esos incendios cuya causa se ignoraba, y que los diarios de la oposicion atribuian al gobierno, esparcian por toda la Normandía un terror, desconocido hasta entonces en este buen pais, muy famoso por sus abogados y procuradores, pero nada

pintoresco con respecto á bandidos y asesinos. Confieso que yo no daba gran fe á todas estas historias, que me parecian pertenecer mas bien á las desnudas gargantas de la Sierra, ó á las montañas incultas de la Calabria, que á las ricas llanuras de Falaise y á los fértiles valles de Pont-Audemer, poblados de aldeas, de casas de campo y de quintas de recreo. Siempre se me habian aparecido los ladrones en medio de un bosque ó en lo profundo de una caverna; pero en aquellos tres departamentos no hay nada que merezca el nombre de caverna ni de bosque. Sin embargo, fuerza me fué creer en la realidad de estos cuentos: un rico inglés, que venia del Havre para Alecon, fué detenido con su mujer á media legua de Dives, donde acababa de mudar caballos; atado de pies y manos el postillon, fué metido dentro del coche en lugar de los señores, y los caballos, que sabian el camino, habian llegado á Ramville, parándose en la casa de postas, donde estuvieron tranquilamente hasta el dia, esperando que los desenganchasen: al abrir la puerta un mozo de cuadra, vió al pobre postillon embaulado en el coche; y conducido al instante á presencia

del corregidor, declaró haber sido detenido en el camino por cuatro hombres enmascarados, que por su mala traza parecían pertenecer á la última clase de la sociedad, los cuales habian hecho apearse á los viajeros. Habiendo intentado defenderse el inglés, fué disparado un tiro de pistola, y casi al mismo tiempo oyó gritos y gemidos; pero nada habia visto por estar tendido boca abajo: un instante despues fué atado y metido en un carruaje, cuyos caballos lo habian conducido hasta allí. La gendarmería acudió al momento al lugar designado como sitio de la catástrofe, y, en efecto, se encontró el cuerpo del inglés en un foso con dos puñaladas: ninguna huella se descubrió de su mujer. Este nuevo suceso habia ocurrido á diez ó doce leguas de Trouville; el cuerpo de la víctima habia sido trasportado á Caen, y no habia medio de dudar, aunque yo hubiese sido tan incrédulo como Santo Tomás, pues en menos de cinco horas podia ir á poner como él el dedo en la llaga.

Tres ó cuatro dias despues de este suceso, y la víspera de mi marcha, resolví hacer la última visita á las costas que iba á abandonar, é hice aparejar la barca que habia al-

quilado por un mes, como en París se alquila un carruaje: viendo luego que el cielo estaba tranquilo, hice llevar á bordo mi comida, mi cartera y mis lápices, y me dí á la vela, componiendo yo solo la tripulacion.

—En efecto, le interrumpí; conozco tus pretensiones como marino, y recuerdo que has hecho tu aprendizaje entre el puente de las Tullerías y el de la Concordia, en un buque con el pabellon de América.

—Sí, continuó Alfredo sonriendo; pero esta vez iba á serme fatal mi pretension.

Al principio todo fué bien: el viento venia de Havre, y me hacia deslizar sobre la mar, apenas ajitada, con una rapidez verdaderamente maravillosa: así anduve ocho ó diez leguas en el espacio de tres horas; pero de pronto cayó el viento, y el Océano quedó tranquilo como un espejo. Justamente me hallaba al frente de la embocadura del Orne: tenia á mi derecha las rocas de Lyon, y á mi izquierda las ruinas de una especie de abadía perteneciente al castillo de Burey: era aquello un magnífico paisaje, que solo necesitaba ser copiado para componer un lienzo: así fué que bajé la vela, y puse mano á la obra.

Estaba de tal modo ocupado en mi dibujo, que no podré decir cuánto tiempo haría que trabajaba, cuando sentí pasar por mi rostro una de esas brisas calientes que anuncian la aproximación de una tempestad: al mismo tiempo cambió la mar de color, y de verde que estaba se volvió cenicienta: me volví, y un relámpago surcaba el cielo cubierto de nubes, tan negras y apretadas, que pareció hendir una cadena de montañas: juzgué que no había un instante que perder, é izé la vela, dirigiéndome hácia Trouville, arrimado á la costa, á fin de encallar en caso de peligro. Pero apenas habria andado un cuarto de legua, cuando se cruzaron una multitud de corrientes, el mar comenzó á agitarse, y estalló la tormenta: no era de despreciar aquella advertencia, pues la borrasca se acercaba con la rapidez de un caballo de carrera: inmediatamente tomé un remo en cada mano, y comencé á bogar hácia la ribera.

Dos leguas, poco mas ó menos, tenia que andar para alcanzarla: felizmente era la hora del flujo, y aunque el viento fuese contrario, ó mas bien, aunque no habia viento, sino ráfagas que se cruzaban en todos sen-

tidos, las olas me empujaban hácia tierra. Yo hacia maravillas remando con todas mis fuerzas; pero como la tempestad iba mas de prisa que yo, me alcanzó. Para colmo de desgracia, empezaba á caer la noche; mas yo esperaba sin embargo llegar á la orilla antes de que la oscuridad fuese completa.

Pasé una hora terrible; levantaba mi barca como una cáscara de nuez; seguia todas las ondulaciones de las olas, bajando y subiendo con ellas. Yo seguia remando; pero viendo que me cansaba inútilmente, y previendo el caso en que me veria obligado á salvarme á nado, tiré los remos en el fondo de la barca, y conservando so'lo mi pantalon y camisa, me desembaracé de todo lo que podia estorbar mis movimientos. Dos ó tres veces estuve á punto de tirarme al mar, pero la ligereza misma de la barca me salvó. Era tan profunda la oscuridad, que no podia distinguir nada á la distancia de veinte pasos; de modo que ignoraba si estaba lejos ó cerca de la ribera. De pronto sentí una violenta sacudida, y no me quedó duda de que habia tocado en tierra: ¿pero era contra una roca, ó en la arena? Una ola me levantó de nuevo, y durante algunos minutos fui arras-

trado con violencia: por último, una vez fué empujada la barquilla con tanta fuerza, que cuando se retiró la mar quedó encallada. Yo no perdí un instante: tomé mi paletot y salté abandonando el resto; llegábame el agua á las rodillas, y ante que me alcanzára la ola que veia venir hácia mí como una montaña, ya estaba en la playa.

Ya comprenderás que yo no perderia tiempo: me eché el paletot sobre los hombros, y me dirigí rápidamente hácia la costa. Pronto conocí que me deslizaba sobre guijarros redondos, los cuales indican los límites del flujo. continué subiendo aun mas, y cuando conocí que andaba ya sobre las grandes yerbas que nacen en las playas, me detuve, considerándome seguro.

Es una cosa magnífica la mar vista de noche á la luz de rayo y durante una tempestad; es la imagen del caos y de la destrucción; es el único elemento á quien Dios haya dado el poder de rebelársele, cruzando sus olas con sus rayos. El Océano parecia una cadena inmensa de montañas movibles, con cimas confundidas con las nubes y con valles profundos como abismo: á cada trueno, una luz pálida serpenteaba desde estas

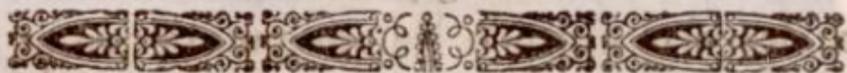
cimas á estas profundidades, y luego se apagara en los abismos, tan pronto abiertos como cerrados. Contemplaba yo con un temor lleno de curiosidad este espectáculo prodigioso, que Vernet quiso ver y que miró inútilmente atado al mástil de un buque; porque jamás pincel humano podrá imitar aquella espantable grandiosidad y magestad terrible.

Tal vez me hubiera quedado allí toda la noche escuchando y mirando, si de repente no hubiese sentido que anchas gotas de agua azotaban mi rostro: las noches estaban ya frías, aunque estábamos á la mitad de setiembre, y comencé á buscar en mi imaginacion un abrigo á que poderme acoger: entonces me acordé de las ruinas que habia visto desde el mar, y que no debian estar lejos del punto en que me hallaba. Por tanto continué subiendo una pendiente rápida, y pronto me encontré en una especie de plataforma: seguí caminando, porque apercibia en frente de mí una masa negra que no podia distinguir, hasta que brilló un relámpago y reconocí el pórtico medio arruinado de una capilla. Entré, y me hallé en un claustro, en uno de cuyos ángulos me senté, á la

sombra de un pilar, decidido á esperar allí el dia; porque no conociendo la costa, no podia aventurarme con aquel tiempo en busca de una habitacion. Por otra parte, en la Vendée y en los Alpes, durante mis cacerías, habia pasado veinte noches peores aunque la que me esperaba: lo único que me inquietaba era cierta debilidad de estómago que me recordaba no habia tomado nada desde las diez de la mañana, cuando recordé que habia encargado á Mad. Oseraie preveyera los bolsillos de mi paletot: en efecto, llevé á ellos la mano con presteza, y encontré un panecillo en uno y una botija de ron en el otro. Aquello era una cena perfectamente adaptada á las circunstancias, y apenas la hube terminado, sentí renacer un dulce calor en mis miembros, que ya comenzaban á entorpecerse: mis ideas se reanimaron, y conociendo que me acometia el sueño, conducido por el cansancio, me envolví en mi paletot, y me recosté contra el pilar, donde pronto mecido por el ruido del mar, que venia á estrellarse contra la orilla, y por el silbido del viento, que zumbaba en la ruinas, me dormí.

A las dos horas, poco mas ó menos de sue-

ño, desperté al ruido de una puerta que se cerraba, rechinando sobre sus gonzes y golpeando el muro. Abrí los ojos enormemente, como sucede cuando uno sale de un sueño inquieto, y despues me levanté, tomando la precaucion instiliva de ocultarme detrás de un pilar... Pero por mas que miré nada ví ni oí en rededor mio; sin embargo, no por eso dejé de estar sobre aviso convencido de que el ruido que me despertára habia sonado Lien y realmente, y de que no me habia engañado la iusion de un sueño.



III.

La tormenta habia cedido, y aunque el cielo estuviese cargado siempre de negras nubes, la luna deslizaba por entre ellas de vez en cuando uno de sus rayos. En uno de estos momentos de claridad rápida, volví la vista hácia la puerta que habia creído oír rechinar, para estenderla en rededor mio, y vi, como creí haberlo distinguido, á pesar de las tinieblas, que estaba en medio de una antigua abadía arruinada: segun podia juzgar por los restos que aun quedaban en pié, me hallaba en la capilla: á derecha é izquierda se estendian los dos corredores

del claustro, sostenidos por grandes arcadas, mientras que enfrente algunas piedras, rotas y hundidas entre yerbas, indicaban el pequeño cementerio donde los antiguos habitantes de este claustro venian á descansar de la vida al pié de la cruz de piedra mutilada de su Cristo, pero todavía en pié.

Tú sabes, continuó Alfredo, y todos los hombres verdaderamente valientes lo confesarán, que las influencias físicas tienen un poder inmenso en las impresiones del alma. La víspera habia escapado yo de una tormenta horrible, y llegando medio yerto en medio de ruinas desconocidas, me dormí con sueño fatigado, que pronto perturbó un ruido extraordinario en aquella soledad; en fin, al despertarme, me hallé en el teatro mismo de aquellos robos y asesinatos que hacia dos meses desolaban la Normandía; encontrábame solo sin armas, y, como te he dicho, en una de esas disposiciones de ánimo, cuyo antecedente físico impiden de la entorpecida parte moral recobre su energía. Nada extrañarás que me viniesen á la memoria todos aquellos cuentos de hogar que habia oido, y que permaneciese inmóvil y en pie contra el pilar, en vez de acostarme de nue-

vo y pretender dormir. Era tan grande mi conviccion de que un ruido humano me despertára, que, interrogando á las tinieblas de los corredores y al espacio mas iluminado del cementerio, mis ojos volvian constantemente á fijarse en aquella puerta empotrada en la pared, por donde estaba cierto que habia entrado alguien. Veinte veces tuve el deseo de ver si escuchaba por aquella puerta algun rumor que aclarase mis dudas; mas para conseguir esto era preciso atravesar un espacio que los rayos de la luna iluminaban de lleno; y otros hombres podian, como yo, estar ocultos en este claustro, y no evitar mis miradas, si no como yo evitaba las suyas es decir, permaneciendo en la sombra y sin movimiento.

Mas al cabo de un cuarto de hora estaba tan tranquilo y silencioso aquel desierto, que resolví aprovechar el primer momento en que una nube oscureciese la luna para atravesar el espacio de quince ó veinte pies que me separaba de aquella puerta, y pegar á ella el oido; este momento no se hizo esperar; pronto se veló la luna, y fué la oscuridad tan profunda, que pensé poder á venturarme sin peligro á mi resolucion. Entonces me se-

paré lentamente de la columna, á la cual habia estado hasta entonces adherido como una escultura gótica, luego, de pilar en pilar, conteniendo el aliento y escuchando á cada paso, conseguí al fin llegar al muro del corredor; en fin, bajé tres escalones y toqué á la puerta.

Durante diez minutos escuché sin oír nada, poco á poco se fué apagando mi primera convicción para hacer lugar á la duda. Ya iba á creer que un sueño me habia engañado; que era yo el único habitante de aquellas ruinas que me ofrecieron un asilo, y ya iba á volverme á mi pilar, cuando la luna reapareció, iluminado de nuevo el espacio que tenia que atravesar para volver á mi puesto: iba á ponerme en camino á pesar de este inconveniente, que para mí habia dejado de serlo ya, cuando una piedra se desprendió de la bóveda, y cayó. Oí el ruido que hizo, y, aunque conociese su causa, me estremecí como á una advertencia, y en vez de seguir mi primer movimiento, permanecí todavía un instante bajo la sombra que proyectaba la bóveda. De repente creí distinguir detras de mí un ruido lejano y prolongado, semejante al que haria una puer-

ta cerrándose en lo profundo de un subterráneo, y pronto se oyeron pisadas á lo lejos; luego se acercaron, y conocí que subían la profunda escalera á que correspondían los tres escalones que yo había bajado.

En este momento desapareció la luna de nuevo: de un salto me lancé al corredor, y retrocediendo con los brazos estendidos detras de mí y los ojos fijos en el sitio que acababa de abandonar, volví á mi columna protectora. Al cabo de un instante oí de nuevo el mismo rechinar que me habia despertado; la puerta se abrió y se cerró, y un hombre apareció saliendo á medias de la sombra, deteniéndose un instante para escuchar y mirar enrededor suyo; y viendo que todo estaba tranquilo, entró en el corredor y se dirigió á la estremidad opuesta á la que yo ocupaba. Era tan espesa la oscuridad, que apenas anduvo diez pasos lo perdí de vista; pero al cabo de un instante brilló la luna otra vez, y en la estremidad del pequeño cementerio distinguí al misterioso desconocido con una azada en la mano. Socavó una poca de tierra, echó un objeto que no pude distinguir en el agujero que habia practicado, y sin duda para que toda huella de lo que

acababa de hacer quedase oculta á los hombres, dejó caer sobre el lugar á que habia confiado su depósito la losa de un sepulcro que antes levantára. Tomadas estas precauciones, miró de nuevo alrededor, y no viendo ni oyendo nada, dejó la azada arrimada á uno de los pilares del claustro, y desapareció bajo la bóveda.

Este momento fué corto, y la escena que acabo de referir habia pasado á alguna distancia. Sin embargo, á pesar de su rapidez de ejecucion, pude distinguir á un jóven de veinte y ocho á treinta años, de cabellos rubios y mediana estatura. Llevaba un sencillo pantalon de lienzo azul, semejante al que suelen llevar los aldeanos los dias de fiesta; pero lo que indicaba que pertenecia á otra clase distinta de la que la primera aparicion le asignaba, era un cuchillo de caza colgado á su cintura, cuya empuñadura y contera vi brillar á los rayos de la luna. En cuanto á su rostro, difícil me hubiera sido dar sus señas; mas, sin embargo, habia visto lo bastante para reconocerlo si me acontecia el encontrarlo.

Ya comprenderás que esta escena estraña bastaba para desechar por el resto de la no-

che, no solo toda esperanza, sino tambien toda idea de sueño. Quedeme, pues, en pie, sin experimentar un momento de cansancio, entregado á los mil pensamientos que se cruzaban en mi ánimo, y muy resuelto á profundizar aquel misterio; mas por el momento era esto imposible. Como te he dicho, estaba sin armas, y no tenia la llave de aquella puerta: ademas, pensaba en si seria mejor hacer una denuncia, que intentar por mi mismo una aventura, al fin de la cual pudiera encontrar muy bien, como D. Quijote, algun molino de viento. En consecuencia, desde que ví blanquear el cielo, tomé el camino del pórtico por donde habia entrado, y pronto me encontré en el declive de la montaña: una espesa niebla cubria el mar, y bajando á la playa me senté, esperando que se disipase. Al cabo de media hora se levantó el sol, y sus primeros rayos derritieron el vapor que envolvía el Océano, aun conmovido y furioso por la tempestad de la víspera.

Yo esperaba encontrar mi barca, á quien la marea habia haber arrojado á la costa; en efecto, la vi en medio de las piedras del mar, pero en un estado en que era imposible servirse de ella para volver á Trouville. Feliz-

mente la costa abunda en pescadores , y apenas habria pasado media hora , cuando distinguí una barca , y cuando estuvo al alcance de mi voz hice señas , y llamé. La lancha se dirigió á la costa , y luego que estuvo amarrada , trasporté á ella la vela y los remos de la mia , por temor de que se los llevase la nueva marea: abandoné el casco , cuyo propietario vendria á ver si estaba en estado de servir , y del cual me desquitaría , pagando su reparacion parcial ó su pérdida completa. Los pescadores , que me recogieron como á un nuevo Robinson Crusóé , era justamente de Trouville , y me reconocieron , atestiguándome su alegría por encontrarme vivo. Habíanme visto salir la víspera , y sabiendo que no habia vuelto , me creyeron ahogado. Les conté mi naufragio , diciéndoles que habia pasado la noche detrás de una roca , y á mi vez les pregunté como se llamaban aquellas ruinas que se alzaban en las cimas de las montañas , y que comenzábamos á distinguir al alejarnos de la costa. Respondiéronme que eran las de la abadía de Grand-Pré , correspondientes al parque del castillo de Burey , que habitaba el conde Horacio de Beuzeval. Era la segun-

da vez que este nombre se pronunciaba delante de mí, y hacia estremecer mi corazón, trayendo á él un antiguo recuerdo. El conde Horacio de Beuzeval era el marido de la señorita Paulina de Meulien.

—¡Paulina de Meulien! exclamé yo interrumpiendo á Alfredo. ¡Paulina de Meulien! Sí... sí; es ella... es la mujer á quien he encontrado contigo en Suiza y en Italia... Nos habíamos encontrado en los salones de la princesa B., del duque de F., de la señora de M.; ¿cómo no la he reconocido, á pesar de estar pálida y desfigurada?... ¡Oh! ¡Una mujer encantadora, llena de gracia y de talento! ¡Magníficos cabellos negros, con ojos dulces y activos! ¡Pobre niña, pobre niña! ¡Oh, ahora la recuerdo y la reconozco!

—Sí, me dijo Alfredo con voz conmovida; sí... esa es... También ella te había reconocido, y por eso huía de tí con todo cuidado. Era un ángel de belleza, de gracia y de dulzura: bien lo sabes tú pues, como has dicho, la habíamos visto mas de una vez juntos; pero lo que no sabes es que yo la amaba entonces con toda mi alma, y que de cierto hubiera intentado ser su esposo si en aquella época hubiese tenido la fortuna que

poseo hoy , y que callé porque era pobre comparativamente á ella. Comprendí que si continuaba viéndola jugaba toda mi dicha futura contra una mirada desdeñosa ó una negativa humillante. Salí para España, y mientras estuve en Madrid, supe que la señorita Paulina de Meulien se habia casado con el conde Horacio de Beuzeval.

Los nuevos pensamientos que el nombre pronunciado por estos pescadores iba á hacer nacer en mí, comenzaron á borrar las impresiones que hasta entonces dejáran en mi espíritu los estraños accidentes de aquella noche; ademas, el dia, el sol, y la poca analogia que hay entre nuestra vida habitual y semejantes aventuras, contribuian á hacerme considerar todo esto como un sueño. La idea de la denuncia se habia desvanecido completamente, y solo la de aclararlo todo por mí mismo permanecia en el fondo de mi corazon; por otra parte, me echaba en cara aquel terror momentáneo que me acometiera, y queria darme á mi mismo una reparacion que me satisfaciese.

Llegué á Trouville á las once de la mañana. Todo el mundo me festejó creyéndome abogado ó asesinado: cansado como estaba,

me acosté, encargando que no me despertasen hasta las cinco de la tarde, y que me tuvieran dispuesto un carruaje para llevarme á Pont-l'Éveque, donde contaba dormir aquella noche. Mis órdenes se cumplieron puntualmente, y á las ocho estaba en mi destino. A la seis de la mañana siguiente tomé un caballo de posta, y precedido de mi guía, salí á escape para Dives. Era mi intencion ir como un simple paseante por la costa, hasta que encontrase las ruinas de la abadía de Grand-Pré, y entonces visitar de dia como un aficionado al paisaje, aquellas localidades, que deseaba estudiar perfectamente, á fin de reconocerlas y volver á ellas por la noche. Un accidente imprevisto destruyó este plan y me condujo al mismo objeto por otro camino.

Al llegar á casa del maestro de postas de Dives, que al mismo tiempo era el alcalde, encontré la gendarmería á su puerta, y toda la villa en revolucion. Un nuevo asesinato acaba de cometerse; pero esta vez como una audacia sin ejemplo. La señora condesa de Beuzeval, que algunos dias antes llegára de Paris, acababa de ser asesinada en el parque mismo de su castillo, habitado por el conde y dos ó tres amigos suyos. ¿Comprendes? .

¡Paulina... la mujer que yo había amado, cuyo recuerdo vivía entero en mi alma... Paulina... asesinada... asesinada durante la noche en el parque de su castillo, mientras que yo estaba en las ruinas de la abadía inmediata; es decir, á quinientos pasos de ella! Esto no era creíble... pero de repente me acordé de aquella aparición, de aquella puerta, de aquel hombre. Iba á hablar y á decirlo todo, cuando no sé qué presentimiento me detuvo: aun no tenía bastante certeza, y antes de revelar nada quise llevar hasta el fin mi investigación. Los gendarmes á quienes habían avisado á las cuatro de la mañana iban en busca del alcalde, del juez de paz y de los médicos para comenzar los procedimientos. Todos estaban dispuestos, menos uno de los médicos, ausente en negocios de su clientela: como para la pintura había hecho yo algunos estudios de anatomía, me ofrecí como alumno de cirugía, y siendo aceptado á falta de otro mejor, salimos para el castillo de Burey. Toda mi conducta era instintiva: yo no quería volver á ver á Paulina antes que las puertas del sepulcro se cerrasen para siempre sobre ella, ó mas bien obedecía á una voz interior que me bajaba del cielo.

Llegamos al castillo: el conde habia salido la misma mañana para Caen, donde iba á solicitar del prefecto el permiso de hacer trasportar el cadáver á Paris, donde estaban los sepulcros de su familia; y se habia aprovechado para alejarse del momento en que la justicia llenaria sus frias formalidades, tan dolorosas para la desesperacion.

Uno de sus amigos nos recibió y condujo al aposento de la condesa. Apenas podia yo sostenerme: mis piernas flaqueaban, mi corazón latia con violencia, y debia estar pálido como la víctima que nos esperaba. Al entrar en la sala eché en rededor mio una mirada estraviada, y vi sobre un lecho una forma humana que se distinguia bajo el sudario que ya tendieran sobre ella: entonces me faltó el valor, y me apoyé contra la puerta, en tanto que el médico se acercó al lecho con esa insensibilidad incomprensible que da la costumbre: levantó el paño que envolvia el cadáver, y descubrió la cabeza. Entonces creí soñar, ó que estaba bajo el imperio de alguna fascinacion: ¡que el cadáver no era el de la condesa de Beuceval; aquella mujer asesinada, cuya muerte veníamos á certificar, no era Paulina!...



IV.

Era una mujer rubia, de ojos azules, de tez blanca y de manos elegantes y aristocráticas; era una mujer jóven y hermosa; pero no era Paulina.

Tenia la herida en el costado derecho; la bala habia entrado por dos costillas y atravesado el corazon, de modo que la muerte debia haber sido instantánea. Todo aquello era un misterio tan extraño, que ya comenzaba á perderme en él: mis sospechas no sabian en que fijarse; pero lo que habia de cierto, sin duda, era que aquella mujer no era Paulina, á quien declaraba muerta su

marido, y con cuyo nombre iban á enterrar á una estraña.

Yo no sé qué hice durante toda aquella operacion quirúrgica; yo no sé lo que firmé por declaracion; pero felizmente el doctor de Dives, queriendo establecer sin duda su superioridad sobre un alumno, y la preeminencia de la provincia sobre Paris, se encargó de todo el negocio, y solo reclamó de mi la firma. Terminada la operacion, que duró unas dos horas, bajamos al comedor del castillo, donde nos habian preparado algunos refrescos, y mientras mis compañeros respondian á semejante urbanidad, yo fuí á apoyar mi cabeza contra los vidrios de una ventana que daba á la entrada del castillo. Un cuarto de hora, poco mas ó menos, hacia que estaba de este modo, cuando un hombre, cubierto de polvo, entró al galope en el patio, y dejando allí su caballo sin guarda ni cuidado, se dirigió hácia el pórtico. Yo caminaba de sorpresa en sorpresa: aquel hombre fué reconocido por mi, á pesar de haber cambiado de traje; aquel hombre era el que habia visto salir de en medio de las ruinas; el hombre del pantalon azul, de la azada y del cuchillo de caza. Llamé á un

criado, y le pregunté quién era aquel caballero que acababa de entrar, y me respondió que era su amo, el conde de Beuzeval, que volvía de Caen, adonde había ido á buscar la autorizacion para trasportar el cuerpo de su mujer. Al salir del comedor oímos los martillazos que el sepulturero daba clavando la tapa del féretro. Todo se hacia regularmente, pero muy de prisa, como puede advertirse. Volví á salir para Dives; á las tres estaba en Pont-l'Eveque, y á las cuatro en Trouville.

Mi resolucion estaba tomada por aquella noche: estaba decidido á aclararlo todo por mí mismo, y si mi tentativa era inútil, declarararlo todo el dia siguiente, y dejar á la policia el cuidado de terminar este negocio.

En consecuencia, la primera cosa de que me ocupé fué en alquilar una nueva barca, con dos hombres para conducirla; luego subí á mi aposento, y coloqué en mi cinturón de viaje un par de escelentes pistolas de dos tiros y un soberbio puñal; encima abotoné mi paletot para que mi patrona no advirtiese estos preparativos formidables; hice llevar á la lancha una antorcha y una palanca, y bajé con mi escopeta, dando por pretexto á

mi escursion el deseo de tirar paviotas y gallinetas.

Tambien esta vez era bueno el viento: en menos de tres horas estuvimos á la altura de la embocadura del Dive: allí ordené á los marineros que se quedasen á la capa, hasta que cayera la noche; y luego, cuando la oscuridad fué completa, hice echar un cabo á la costa, y abordé.

Entonces di á mis hombres las últimas instrucciones, que consistian en esperarme en el hueco de una roca, y en vigilar la primera señal que yo hiciese para partir al instante. Si siendo ya de dia no habia vuelto, debian volverse á Trouville y entregar al alcalde un paquete cerrado; era esta mi disposicion escrita y firmada, los detalles de la expedicion que emprendia, y los datos con cuyo auxilio podrian encontrarme muerto ó vivo. Tomada esta precaucion, me eché la escopeta á la espalda con la bandolera, tomé la antorcha y la palanca, un eslabon para encender en caso de necesidad, y comencé á buscar el camino que hice cuando mi primer viaje.

No tardé en encontrarlo; subí la montaña, y los primeros rayos de la luna me mostraron las ruinas de la antigua abadía; atrave-

sé el pórtico, y, como la vez primera, me encontré en la capilla.

Esta vez tambien latia mi corazon con violencia, pero era mas de esperanza que de terror, pues tenia basada mi resolucion, no en esa escitacion física que da el valor brutal y momentáneo, sino en la reflexion moral que hace la resolucion prudente, pero irrevocable.

Al llegar al pilar á cuyo pié me habia acostado, me detuve para echar una mirada enrededor. Todo estaba en calma, y no se oia ningun ruido, si no era ese mugido eterno que parece la respiracion del Océano. Resolví proceder por órden, y registrar primero el sitio en que habia visto al conde de Beuzeval esconder una cosa que no pude distinguir. Por tanto, dejé la palanca y la antorcha contra el pilar, monté la escopeta para estar á la defensiva en caso necesario, y entré por el corredor, siguiendo sus sombrías arcadas; contra una de las columnas estaba apoyada la azada, y me apoderé de ella, y despues de un instante de inmovilidad y de silencio, que me convecia de que estaba solo, me aventuré á llegar al sitio del depósito, cuya piedra levanté, como habia hecho

el conde: vi la tierra frescamente removida, y metiendo la azada, vi brillar una llave en medio de la tierra que levantó: llené otra vez el agujero, coloqué la piedra, recogí mi escopeta, puse la azada en el sitio en que la habia encontrado, y me detuve un instante en el lugar mas oscuro para poner un poco de órden en mis ideas.

Era evidente que esta llave abria la puerta por la cual habia visto salir al conde, y como por tanto ya no tenia necesidad de la palanca, la dejé detrás del pilar, llevándome únicamente la antorcha, y me dirigí á la puerta: bajé los tres escalones, metí la llave, y á la segunda vuelta se abrió la puerta y entré. Iba á cerrarla por dentro, cuando pensé que cualquier accidente podia impedirme abrirla de nuevo con la llave, y volví por la palanca que dejé en el ángulo del tercero al cuarto escalon; cerré luego la puerta, y encontrándome en la oscuridad mas profunda, encendí la antorcha, y se iluminó el subterráneo.

El pasadizo en que estaba se parecia á la entrada de un sótano, pues tenia á lo mas cinco ó seis pies de ancho, con paredes y bóveda de piedra; delante de mí habia una

escalera de unos veinte peldaños, y al final de ella me encontré en una pendiente inclinada, que continuaba ocultándose bajo de tierra. Pocos pasos mas allá ví otra puerta, á la cual arrimé el oído, pero nada vi; probé la llave, y abría lo mismo que en la otra; entré, pero sin cerrarla detras de mí, y me encontré en las bóvedas reservadas á los superiores de la abadía, pues los simples monges eran enterrados en el cementerio.

Allí me detuve un instante, pues era evidente que se acercaba el término de mi correría: mi resolución estaba demasiado decidida; pero, sin embargo, comprenderás que no deja de tener poder la impresion de los lugares, pasé la mano por mi frente cubierta de sudor, y me detuve un instante para reponerme. ¿Qué iba á encontrar? sin duda alguna losa fúnebre cerrada hacia tres dias. De repente me estremecí, pues creí haber oído un gemido.

En vez de disminuir esto mi valor, me lo devolvió entero; ¿pero de qué parte habia venido el gemido? Mirando estaba enrededor mio, cuando oí un segundo sollozo, y entonces me lancé hácia el sitio de donde salia,

fijando mis miradas en todos los nichos, sin ver otra cosa que piedras funerarias, cuyas inscripciones indicaban el nombre de los que dormían á su abrigo: en fin, en el último y mas profundo de todos, vi en un rícon á una mujer sentada, con los brazos retorcidos, los ojos cerrados y mordiendo un mechón de sus cabellos: cerca de ella, sobre una piedra, había una carta, una lámpara apaga la, y un vaso vacío. ¿Había llegado yo demasiado tarde? ¿Estaba ya muerta? Probé la llave, que no venía en la cerradura; pero al ruido que hice abrió la mujer sus ojos, separó convulsivamente los cabellos que le cubrían el rostro, y por un movimiento rápido y mecánico se puso en pie como una sombra. A un tiempo prorumpí yo en un grito y un nombre. ¡Paulina!

Entonces se precipitó la mujer hácia la reja, y cayó de rodillas.

— ¡Oh! exclamó con el acento de la mas horrible agonía; ¡sacadme de aqui... yo nada he visto, nada diré... lo juro por mi madre!

— ¡Paulina, Paulina! repetía yo tomándole las manos por entre la reja. ¡Paulina, no temais nada, pues vengo á socorreros, vengo á salvaros!

—¡Oh, dijo ella levantándose; salvadme... si... salvadme! . . Abrid esta puerta, abridla al instante, pues mientras no la abrais no creeré lo que me decís... En el nombre del cielo, abridla.

Y sacudia la reja con un vigor de que no hubiera creído capaz á una mujer.

—Tranquilizaos, tranquilizaos, le dije yo; no tengo la llave de esta puerta, pero sí medios para abrirla, y voy á buscarlos...

—¡No me dejeis, exclamó Paulina asiéndome el brazo con una fuerza extraordinaria; no me dejeis, pues no os volveré á ver!

—Paulina, le dije acercando la antorcha á mi rostro; ¿no me conocéis? ¡Oa! miradme, y pensad si puedo abandonaros.

Paulina fijó sus grandes ojos negros en los míos, buscó un instante en sus recuerdos, y exclamó de repente:

—¡Alfredo de Nervall

—¡Oh! gracias, gracias, le respondí; ni vos tampoco me habeis olvidado. Sí, soy yo, que tanto os he amado, que tanto os amo todavía. Ved si podeis confiaros á mí.

Un rubor súbito pasó por su frente pálida, tan inherente es el pudor al corazón de la mujer; despues soltó mi brazo.

—¿Tardareis mucho? me dijo.

—Cinco minutos.

—Id, pues; pero dejadme por favor esa antorcha, pues me matarian las tinieblas.

Dile la antorcha, que tomó pasando un brazo por la reja, y apoyó la cabeza entre dos hierros para seguirme con la vista el mayor tiempo posible. Yo seguí el camino que habia traído, y en el momento de pasar la primera puerta, volví la cara, y vi á Paulina en la misma postura, inmóvil como una estatua que habia tenido una antorcha en su brazo de mármol.

Pronto encontré la segunda escalera, y la palanca que habia dejado oculta. Al instante volví, y vi á Paulina en la misma posición. Ella lanzó un grito de alegría al verme entrar, y yo me precipité hácia la reja.

Era tan sólida la cerradura, que tuve que dirigir mis esfuerzos á los goznes: Paulina me alumbraba, y al cabo de diez minutos cedió una de las puertas. Paulina cayó de rodillas, pues hasta aquel momento no se habia creído libre.

Un instante la dejé en su accion de gracias, y luego entré en la bóveda; entonces agarró ella con viveza la carta abierta que

estaba sobre la piedra, y la ocultó en su seno. Este movimiento me recordó el vaso vacío; apoderándome de él con ansiedad, vi que tenia en el fondo media pulgada de una materia blanquizca.

—¿Qué habia en este vaso? pregunté espantado.

—Veneno, me respondió Paulina.

—¡Y lo habeis bebido! exclamé.

—¿Sabia yo que íbais á venir? me dijo Paulina apoyándose contra la reja, pues solo entonces recordó que habia bebido de aquel vaso, una ó dos horas antes de mi llegada.

—¿Sentís algo? le dije.

—Todavía no.

Entonces tuve una esperenza.

—¿Y hacia mucho tiempo que estaba el veneno en el vaso?

—Dos dias y dos noches, poco mas ó menos, porque no he podido calcular el tiempo.

Volví á mirar el vaso, y me tranquilicé un poco, pues durante aquellos dos dias y dos noches habia tenido el veneno tiempo para precipitarse. Paulina no habia bebido mas que agua; verdad es que envenenada, pero tal vez en un grado poco intenso para causar la muerte.

—No hay un instante que perder, le dije levantándola por uno de sus brazos: es preciso huir de aquí para buscar socorro.

—Podré andar sola, dijo Paulina desasiéndose de mí con aquel santo pudor que ya había colorado su rostro.

Entonces nos encaminamos hácia la primera puerta, que cerramos detrás de nosotros: luego llegamos á la segunda, que se abrió sin dificultad, y nos hallamos en el claustro. La luna brillaba en medio de un cielo puro, y Paulina estendió los brazos, volviendo á caer de rodillas.

—Marchemos, marchemos, le dije; cada minuto puede ser mortal.

—Ya comienzo á padecer, me dijo levantándose.

Un sudor frio corrió por mi frente, y tomándola en mis brazos como hubiera hecho con un niño, atravesé la ruina, salí del claustro, y bajé corriendo la montaña: cuando llegué á la playa, vi á lo lejos el fuego que habían encendido mis dos barqueros.

—¡A la mar, á la mar! grité con esa voz imperativa que indica no hay un instante que perder.

Y los hombres acercaron la barca á la ri-

bera todo cuanto fué posible: entré en el agua hasta las rodillas, y con el auxilio de los hombres coloqué á Paulina en la barca.

—¿Padeceis mucho? le pregunté.

—Sí me contestó.

Entonces sentí una cosa parecida á la desesperacion: no habia socorro, no habia contraveneno; pero de repente pensé en el agua del mar, y llenando una concha que habia en la lancha, se la presenté á Paulina, diciendo:

—¡Bebed, bebed!

Y ella obedeció maquinalmente.

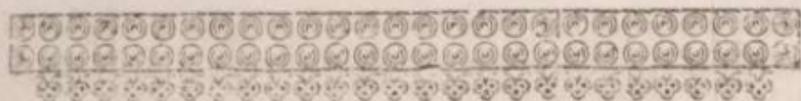
—¡Qué es lo que haceis! exclamó uno de los pescadores; vais á hacerla vomitar.

Eso era todo lo que yo queria, pues solo un vómito podia salvarla. Al cabo de cinco minutos sintió contracciones de estómago tanto mas dolorosas, cuanto que solo habia tomado el veneno en el espacio de tres dias. Pasado este paroxismo, se encenó mas tranquila, y entonces le presenté un vaso de agua pura y fresca, que veió con avidez. Pronto disminuyeron los dolores y sucedió un estremado cansancio. En el fondo de la barca hicimos una cama con la ropa de mis marineros y con mi paletot, en la

que se acostó Paulina, obediente como un niño. Casi al mismo instante cerró los ojos, y escuché su respiracion, que era rápida, pero regular: estaba salvada.

—Vamos, dije con alegría á mis marineros, ahora á Trouville lo mas pronto posible y en llegando tendreis veinte y cinco luis.

Entonces los pescadores, juzgando que la vela era insuficiente, se encorvaron sobre los remos, y la barca se deslizó por el agua como una saeta.



V.

Paulina abrió los ojos al entrar en el puerto; su primer movimiento fué de espanto, pues creía haber tenido un sueño consolador, y estendió los brazos como para cerciorarse de que no tocaban las paredes de la cueva; despues miró enrededor suyo con inquietud, y me dijo:

—¿Donde me llevais?

—Tranquilizaos, le respondí; esas casas que veis pertenecen á una pobre aldea, y los que las habitan están demasiado ocupa-

dos para ser curiosos; ahí estareis todo el tiempo que querais, y si quereis marcharos, decidme únicamente donde, y mañana, esta noche, al instante, parto con vos, os conduzco, soy vuestro guia.

—¿Aun fuera de Francia?

—A todas partes.

—Gracias, me dijo; dejadme una hora para pensar en esto, pues ahora tengo la cabeza y el corazon trastornados; toda mi fuerza se ha gastado en estos dos dias, y siento en mi inteligencia una confusion que se parece á la locura.

—Estoy á vuestras órdenes: cuando querais verme, me haceis llamar. Ella me dió las gracias con un gesto, y en este momento llegamos á la posada.

Hice preparar un aposento enteramente separado del mio para no herir la susceptibilidad de Paulina, y luego mandé á la patrona que solo le sirviera una taza de caldo, pues todo otro alimento podia serle peligroso en el estado de irritacion en que se encontraba su estómago: dadas estas órdenes, me retiré á mi cuarto.

Alli pude entregarme enteramente al sentimiento de alegria que llenaba mi alma,

y que delante de Paulina no habia osado manifestar. Aquella á quien amaba todavia, aquella cuyo recuerdo, á pesar de una separacion de dos años, permanecia vivo en mi corazon, la habia yo salvado, me debia la vida. Admiré los ocultos rodeos y combinaciones diversas de que se sirviera la casualidad ó la Providencia para conducir me á este resultado: de repente pasó un frio mortal por mis venas, pensando que si hubiera faltado una de estas circunstancias fortuitas, uno solo de aquellos sucesos que como un hilo conductor me habian guiado en aquel laberinto, en aquella misma hora, encerrada Paulina en su nicho, se retorceria los brazos en las convulsiones del veneno ó del hambre: mientras que yo, en mi ignorancia, ocupado en otra parte de una futilidad, tal vez de un placer, la habria dejado agonizante, sin que un presentimiento, sin que una voz hubiese llegado á decirme:—«Se muere, sálvala!...» Estas cosas son horribles de pensar, y el miedo de reflexion es el mas terrible. Ciertamente que tambien es el mas consolador, porque, despues de habernos hecho agotar el círculo de la duda, nos lleva á la fe, que arranca al mundo de las

manos ciegas de la casualidad, para ponerlo en la presencia de Dios.

Así estuve una hora, continuó Alfredo, y ni un solo pensamiento que no fuese puro ocurrió á mi corazón ni á mi cabeza. Yo era feliz por haberla salvado: esta acción llevaba consigo su recompensa, y yo no pedía mas ventura que la de haber sido escogido para llevarla á cabo. Al cabo de esta hora me hizo llamar, y me levanté con viveza para pasar á su aposento; pero á la puerta me faltaron las fuerzas, tuve que apoyarme á la pared, y fué preciso que la criada volviese á advertirmelo para superar mi emoción.

Paulina se habia acostado en su cama, pero sin desnudarse; yo me acerqué con la apariencia mas tranquila que pude, y ella me tendió la mano.

—Todavía no os he dado gracias, me dijo; pero mi excusa está en la imposibilidad de encontrar términos que espresen mi reconocimiento. Figuraos el terror de una mujer en la situación en que me habeis hallado, y perdonadme.

—Oídme, señora; le dije intentado reprimir mi emoción, y creed en lo que voy á de-

ciros. Hay situaciones tan inesperadas y estrañas, que dispensan de todas las formas ordinarias y de todas las preparaciones convenidas. Dios me ha conducido hácia vos, y le doy gracias por ello; pero creo que mi misión no está cumplida, y que tal vez tengais aun necesidad de mí. Oídme, pues, y pesad cada una de mis palabras.

Soy libre... soy rico... nada me encadena sobre un punto de la tierra mas bien que sobre otro. Yo pensaba viajar, y salir para Inglaterra sin objeto alguno, y por tanto puedo cambiar mi itinerario, y dirigirme á cualquier parte donde la casualidad quiera conducirme. ¿Tal vez querais vos salir de Francia? Yo no sé nada; yo no pregunto ninguno de vuestros secretos, y aun para formar una suposición esperaré que me hagais una seña. Pero ora permanezcais ó salgais de Francia, disponed de mí, señora, á título de amigo ó de hermano: ordenadme que os acompañe de cerca ó que os siga de lejos, hacedos de mí un defensor adicto, ó exigid que demuestre no conoceros, y obedeceré al instante; y esto, señora, creedme que lo hago sin pensamiento oculto, sin esperanza egoista, sin intención mala. Y ya que he hablado, olvi-

dad vuestra edad, olvidad la mia, ó suponed que soy vuestro hermano.

—Gracias, me dijo la condesa con voz llena de emocion profunda; acepto con una confianza igual á vuestra lealtad, y me entrego á vuestro honor, pues solo á vos tengo en el mundo: vos solo sabéis que existo.

Si, lo habeis supuesto con razon; es preciso que yo salga de Francia: puesto que ibais á Inglaterra, allí me conducireis; mas como no puedo llegar sola y sin familia, y me habeis ofrecido el título de hermana, de aquí en adelante seré para todo el mundo la señorita de Nerval.

—¡Qué feliz soy! exclamé.

—La condesa me hizo una seña de que escuchase.

—Os pido quizás mas de lo que creéis, me dijo; yo tambien he sido rica; pero los muertos no poseen nada.

—Pero yo lo soy, y toda mi fortuna.....

—No me comprendéis, me dijo; y me ruborizais por no dejarme concluir.

—¡Oh! perdon.

—Seré la señorita de Nerval; una hija de vuestro padre; una huérfana que os ha sido confiada: me presentareis como profesora en

algun colegio; yo hablo inglés é italiano como mi lengua patria; soy buena música, según me decian en otro tiempo, y daré lecciones de música y de lenguas.

—¡Eso es imposible! exclamé.

—Esas son mis condiciones, me dijo la condesa; ¿las deseçais, caballero, ó las aceptais, hermano mio?

—¡Oh, todo cuanto querais, todo, todo!

—Pues entonces, no hay tiempo que perder, y es preciso que marchemos mañana; ¿es posible?

—Sin duda.

—¿Pero y el pasaporte?

—Tengo el mio.

—¿A nombre del Sr. de Nerval?

—Añadiré: «y de mi hermana».

—¡Será una falsedad!

—Pero muy inocente: ¿quereis mejor que escriba á Paris para que me envíen otro pasaporte?

—No, no... eso nos haria perder mucho tiempo. ¿De dónde saldremos?

—Del Havre.

—¿Cómo?

—En el paquebote, si gustais.

—¿Y cuándo?

—Eso queda á vuestra voluntad.

—¿Puede ser ahora mismo?

—¿Pero no estais débil?

—Os engaÑais ; yo soy fuerte , y cuando esteis preparado á marchar me encontrareis dispuesta.

—Dentro de dos horas.

—Está bien ; adios , hermano.

—Adios , señora.

—¡Ah! repuso la condesa sonriendo ; ya habeis faltado á nuestros convenios.

—Dejadme tiempo de acostumbrarme á ese dulce nombre.

—¿Pues tanto he tardado yo?

—¡Oh, vos!.. exclamé.

Conocí que iba á decir demasiado , y me contuve.

—Dentro de dos horas , repuse , todo estará segun vuestros deseos.

Y me incliné y salí.

No hacia un cuarto de hora que me habia ofrecido con toda la sinceridad de mi alma á representar el papel de hermano , y ya sentia toda la dificultad . Ser hermano adoptivo de una mujer jóven y bella , ya es cosa difícil ; pero cuando se ama á esta mujer , cuando la ha perdido uno , cuando se la en-

cuenta sola y aislada , cuando la felicidad en que no se creeria por creerla un sueño está muy cerca de uno en realidad , y cuando al estender la mano se la coloca , entonces, á pesar de la resolucion tomada, á pesar de la palabra comprometida , es imposible encerrar en su alma el fuego que la devora, y siempre sale alguna chispa de él por los ojos ó por la boca.

Encontré á mis pescadores comiendo y bebiendo, y les di parte de mi nuevo proyecto de caminar al Havre durante la noche, á fin de alcanzar la salida del vapor; pero se negaron á intentar la travesía en la misma barca que nos habia conducido, y como solo pedian una hora para preparar otro buque mas sólido , nos ajustamos al instante, ó mas bien dejaron el precio á mi generosidad , y yo añadí cinco luises á los veinte y cinco que ya les habia dado: por esta suma me hubieran llevado á América.

Como la condesa se habia salvado con la ropa que llevaba en el momento de ser encerrada, temí que el viento y la bruma de la noche le hiciesen daño, y me dirigí á los roperos de mi patrona, donde encontré un gran tartan escocés, del cual me apoderé,

suplicando á su dueña que lo pusiese en mi cuenta: gracias á este schal y á mi capa, esperaba que mi compañera de viaje no fuese incómoda durante la travesía. Esta no se hizo esperar, y bajó cuando supo que los barqueros estaban ya dispuestos; y como ya tenia yo arregladas mis cuentas, nos dirigimos al puerto y nos embarcamos.

La noche estaba fria, como habia previsto, pero hermosa y tranquila. Envolví á la condesa en su tartan, y quise hacerla entrar en la tienda que los marineros habian hecho en la popa con una vela; pero la serenidad del cielo y la tranquilidad del mar le agradaron, y entonces la presenté un banco, en el cual nos sentamos ambos.

Tan lleno teníamos el corazon de nuestros pensamientos, que así permanecemos sin dirigirnos la palabra. Yo tenia inclinada la cabeza sobre el pecho y pensaba con sorpresa en aquellas raras aventuras que comenzaban para mí, y cuya cadena iba á estenderse probablemente al porvenir. Ardía por saber por qué continuacion de sucesos la condesa de Beuzeval, jóven, rica amada en apariencia por su marido, habia llegado á esperar la muerte de que yo la salvara en un

subterráneo de una abadía en ruinas. ¿Con qué objeto habia hecho correr su esposo el rumor de su muerte, y espuesto en su lugar á una estraña, en un lecho mortuorio? ¿Era por celos?... Esta fué la primera idea que me ocurrió, y era horrible... ¡Paulina amar á alguien!... ¡Oh! entonces se desvanecian todos mis sueños, porque sin duda volverian á la vida por aquel hombre á quien amaba, el cual se reuniria con ella en cualquiera parte donde se hallase. ¡Entonces yo la habria salvado para otro; ella me daria gracias como á un hermano, y ese hombre me apretaría la mano repitiéndome que me debia mas que la vida, y luego serian ellos felices con una dicha tanto mas segura cuanto mas ignorada!.. Y yo volveria á Francia para sufrir como habia sufrido, y mil veces mas, porque la felicidad, que solo viera de lejos, se habia acercado á mí para escapárseme luego mas cruelmente todavía. Entonces tal vez llegaría un momento en que maldeciria la hora en que salvara á aquella muger, ó sentiria que, muerta para todo el mundo, solo viviese para mí lejos... para otro cerca... Por otra parte, si ella era culpable, la venganza del conde era justa... En su lugar... yo no la hu-

biera hecho morir... pero ciertamente... la habria asesinado... á ella y al hombre á quien amaba... ¡Paulina amar á otro! ¡Paulina culpable!... ¡Oh! Esta idea me roia el corazon. Alzé lentamente la cabeza y vi á Paulina que miraba al cielo y que dos lágrimas corrian por sus mejillas.

—¡Oh, exclamé; qué teneis, Dios mío!

—¿Creeis, me dijo conversando su inmovilidad, que se abandone para siempre su patria, su familia, su madre, sin que se parta el corazon? ¿Creeis que se pase, si no de la dicha, al menos de la tranquilidad á la desesperacion, sin que el corazon llore lágrimas de sangre? ¿Creeis que á mi edad se cruce el Occéano para ir á arrastrar el resto de su vida en una tierra estraña, sin mezclar una lágrima con las olas que os llevan tan lejos de todo lo que se ama?...

—¿Pero es acaso este un adios eterno? le dije yo.

—¡Eterno! murmuró moviendo dulcemente la cabeza.

—¿No volvereis á ver á nadie de los que amais?

—A nadie. .

—¿Y todo el mundo debe ignorar para

siempre, y... sin escepcion, que aquella á quien se cree muerta y se siente, está viva y llora?

—Todo el mundo .. para siempre... sin escepcion.

—¡Oh! exclamé; que feliz soy, y qué peso me quitais del corazon!...

—No os comprendo, dijo Paulina.

—¡Oh! ¿No adivináis todas las dudas y temores que se despiertan en mí?... ¿No teneis ansia de saber por qué encadenamiento de circunstancias he llegado hasta vuestro lado?... ¿Dais gracias al cielo por haberos salvado, sin informaros por mí de los medios de que se ha valido para ello?...

—Teneis razon: un hermano no debe tener secretos para su hermana... Me lo contareis todo... y á mi vez no os ocultaré nada.

—Nada... ¡Oh, júramelol... ¿Me dejareis leer en vuestro corazon como en un libro abierto?

—Sí... y no encontrareis en él mas que la desgracia, la conformidad y la oracion. Pero no es este el momento oportuno, y ademas, estoy muy cerca de todas esas catástrofes para tener el valor de referirlas...

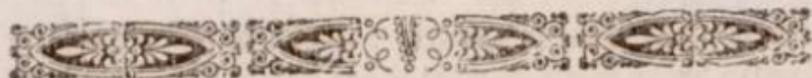
—¡Oh! Cuando querais... cuando querais... yo os esperaré.

Entonces se levantó Paulina, y me dijo:

—Tengo necesidad de descanso; ¿no me habeis dicho que podria dormir en esta tienda?

A ella la conduje; estendí mi capa sobre las tablas, y luego la condesa me hizo señas de que la dejase sola. Obedecí, y volví á sentarme en el puente, en el mismo sitio que ella habia ocupado, apoyé mi cabeza en el lugar en que habia apoyado la suya, y así permanecí hasta que llegamos al Havre.

El dia siguiente abordabamos á Brighton, seis horas despues estábamos en Lóndres.



VI.

Mi primer cuidado fué buscar un aposento para mi hermana y para mí; así fué que el mismo día me presenté á mi banquero, el cual me indicó una casa pequeña amueblada, y todo muy conveniente para dos personas y dos criados: le encargué que terminara el ajuste, y la mañana siguiente me escribió que la casa estaba á disposición mia.

Mientras que la condesa descansaba, me hice conducir á una lencería, y la dueña del establecimiento me compuso en un instante un ajuar de casa muy sencillo, pero com-

pleto y de buen gusto : dos horas despues estaba marcado con el nombre de Paulina de Nerval, y era trasladado á los armarios dei dormitorio de aquella á quien iba destinado. Inmediatamente entré en casa de una modista, que desplegó la misma celeridad en su trabajo , y en cuanto á la ropa, como yo no podia encargarme de dar las medidas, compré algunas piezas de las telas mas bonitas que pude encontrar, y supliqué al mercader que me enviase una costurera aquella misma noche.

A medio dia estaba de vuelta en la fonda, donde me dijeron que mi hermana habia despertado, y me esperaba para tomar el té: la encontré vestida con un traje muy sencillo, que habia tenido tiempo para que le hicieran en las doce horas que habíamos estado en el Havre. Estaba encantadora.

—Mirad, me dijo cuando entré ; ya me veis en el traje de mi destino: ¿vacilareis ahora en mirarme como una maestra?

—Haré todo lo que me mandeis,

—¡Oh! no es asi como debeis hablarme; y si yo hago mi papel, me parece que olvidais el vuestro; los hermanos, en general, no son tan sumisos á las voluntades de sus herma-

nas, y sobre todo los hermanos mayores. Cuidado no os hagais traicion.

Verdaderamente admiro vuestro valor, le dije, dejando caer mis brazos y mirándola; con la tristeza en lo profundo del corazon, porque sufrís en el alma; la palidez en la frente, porque padeceis del cuerpo; alejada para siempre de todo lo que amais, segun me habeis dicho, teneis el poder de sonreir. Llorad, llorad; mas quiero eso, porque me hace menos daño.

—Teneis razon, me dijo; soy muy mala cómica: se ven mis lágrimas al través de mi sonrisa, ¿no es verdad? Pero ya habia llorado mientras estábais fuera, y eso me hizo mucho bien, de suerte que para un ojo menos penetrante, para un hermano menos atento, hubiera podido hacer creer que lo habia olvidado todo.

—¡Oh! estad tranquila, señora, le dije con amargura; pues aunque me acometieran de nuevo todas mis sospechas, estad tranquila, no las creeria jamás.

—¿Creeis que se olvide á su madre, cuando se sabe que ella os cree muerta, y que os llora?... ¡Oh, madre mia, pobre madre!.. exclamó la condesa deshaciéndose en lágrimas y dejándose caer en el sofá.

—Mirad cuán egoísta soy, le dije acercándome á ella, prefiero vuestras lágrimas á vuestra sonrisa: las lágrimas no hacen desconfiar, y la sonrisa es disimulada; la sonrisa es el velo tras el cual se oculta el corazón para mentir. Además, cuando llorais, me parece que teneis necesidad de mi para enjugar vuestro llanto... Cuando llorais, tengo la esperanza de que lentamente, á fuerza de atenciones, de cuidados y de respeto, os consolaré; al paso que si ya estais consolada, ¿qué esperanza me resta?

—Mirad, Alfredo, me dijo la condesa con un sentimiento profundo de benevolencia y llamándome la primera vez por mi nombre; no nos hagamos una vana guerra de palabras; entre nosotros han pasado cosas tan estrañas, que nos hemos dispensado, vos de rodeos para conmigo, yo de astucia para con vos. Sed franco; preguntadme; ¿qué quereis saber? Yo os responderé á todo.

—¡Oh, sois un ángel, y yo soy un loco! exclamé; yo no tengo derecho para saber ni para preguntar nada. ¿No he sido tan feliz como puede serlo un hombre, cuando os he encontrado en aquella cueva, cuando os he llevado en mis brazos al bajar la montaña,

cuando os apoyábais en mi hombro en la barca? Así es que... quisiera que os amenazase un peligro eterno, para sentirlos siempre estremecer contra mi corazón. Una existencia llena de sensaciones semejantes, sería una existencia gastada muy pronto, y tal vez no se viviría así mas de un año; ¿pero qué vida, por larga que fuera, no cambiaría yo por semejante año? Entonces no os atormentarian vuestros recuerdos de París, no fingiríais sonrisa para ocultarme vuestras lágrimas; ¡yo sería feliz... no estaría celoso!

Alfredo, me dijo gravemente la condesa: bastante habeis hecho por mí, para que yo haga por vos alguna cosa. Además, preciso es que sufráis, y mucho para hablarme así; porque haciéndolo, me probais que habeis olvidado que yo estoy bajo vuestra entera dependencia. Me causais vergüenza por mí, me haceis mal por vos.

—¡Perdonadme, perdonadme! exclamé yo cayendo á sus rodillas; pero bien sabeis que os amé cuando érais soltera, aunque jamás os lo dije: sabeis que solo mi falta de fortuna me impidió aspirar á vuestra mano; y sabeis tambien que despues que os he encontrado, ese amor, tal vez dormido, pero

jamás apagado, se despertó más ardiente, más vivo que nunca. Bien lo sabéis, pues no es preciso decir semejantes cosas para que sean sabidas. ¡Pues bien! hé ahí lo que hace igualmente que padezca viéndoos sonreír ó llorar: es que cuando sonreís, me ocultáis alguna cosa; es que cuando lloráis me lo confesáis todo. ¡Ah! vos amais, y echais de menos á alguno.

—¡Os engañais, me respondió la condesa; si he amado, ya no amo; si hecho de menos á alguien, es á mi madre!

—¡Oh, Paulina, Paulina! exclamé: ¿me decís la verdad? ¿No me engañais? ¡Dios mio, Dios mio!

—¿Creeis que sea capaz de comprar vuestra proteccion con una mentira?

—Oh! Dios me libre de tal cosa!... ¿Pero de dónde han venido los celos de vuestro marido? porque solo los celos pueden haberlo llevado á semejante infamia.

—Escuchad, Alfredo; un día ú otro habria tenido que confesaros este terrible secreto: teneis el derecho de conocerlo. Esta noche lo sobreis, esta noche leereis en mi alma, esta noche dispondreis más que de mi vida, porque dispondreis de mi honor y del

de toda mi familia; pero con una condicion:

—¿Cuál? La acepto desde luego.

—No me hablareis mas de vuestro amor; yo os prometo, por mi parte, no olvidar que me amais.

Y me tendió la mano, que yo besé con un respeto que tenia algo de religioso.

—Sentaos aquí, me dijo, y no hablemos mas de todo esto hasta la noche; ¿qué habeis hecho?

—He buscado una casa pequeña y aislada donde seais libre y señora, porque no podeis permanecer en una fonda.

—¿Y la habeis encontrado?

—Sí, en Picadilly; y si quereis, iremos á verla despues de almorzar.

Entonces tomamos el té. subimos luego en un carruaje, y nos trasladamos á la casa.

Era una linda casita, con persianas verdes y un jardin lleno de flores: una verdadera casa inglesa, con dos pisos solamente: el primero estaba preparado para Paulina, y el segundo reservado para mí: el piso bajo era comun á ambos.

Subimos á su departamento, que se componia de una antesala, de un salon, de una alcoba, de un retrete y un gabinete de labor,

donde había todo lo necesario para ocuparse de música y dibujo: abrí los armarios, y vi que la dueña de la lencería me había cumplido la palabra.

—¿Qué es esto? me dijo Paulina.

—Si entráis en un colegio, le respondí, os exgirán un ajuar: este está marcado con vuestro nombre, una P y una N; Paulina de Nerval.

—Gracias, hermano mio, me dijo estrechándome la mano. Esta era la vez primera que me volvía á dar aquel título despues de nuestra esplicacion; pero esta vez no me hizo daño tal título.

Entramos en la alcoba, y sobre la cama habia dos sombreros de una forma completamente parisiense, y un schal de cachemir muy sencillo.

—Alfredo, me dijo la condesa al verlos; debiérais haberme dejado entrar sola aquí, puesto que habia de encontrar todas estas cosas. ¿No veis que me avergüenzo delante de vos por haberos causado tanta molestia? Luego, no sé si es conveniente...

—Ya me io devolvereis todo con el precio de vuestras lecciones, le dije sonriendo; un hermano puede prestar á su hermana.

—Y aun puede darle cuando es mas rico que ella, dijo Paulina; porque en semejante caso el feliz es quien da.

—¡Oh, teneis razon, exclamé; no se os escapa ninguna delicadeza del corazon!... Gracias, gracias.

Pasamos al gabinete de labor: sobre el piano estaban las romanzas mas nuevas de Md. Duchamge, de Labarre y de Plantade, y las piezas mas de moda de Bellini, de Meyerbeer y de Rossini. Paulina abrió un cuaderno de música y cayó en una meditacion profunda.

—¿Qué teneis? le dije, viendo que sus ojos estaban fijos en la misma página y que parecia haber olvidado que yo estaba allí.

—¡Cosa rara! murmurò, respondiendo á la vez á su pensamiento y á mi pregunta; hace una semana que yo cantaba esta misma pieza en casa de la condesa de M.; entonces tenia yo una familia, un nombre, una existencia. Ocho dias han pasado... y ya nada tengo de todo eso...

Entonces palideció, y cayó, mas bien que se sentó, sobre un sillon, y hubiérase dicho que iba á morir. Acerquéme á ella, y cerró los ojos, por lo cual comprendí que estaba entregada á sus pensamientos; entonces me

senté á su lado, y apoyándole su cabeza en mi hombro, le dije:

—¡Pobre hermanal!

Ella comenzó á llorar; pero esta vez sin convulsiones ni sollozos: eran lágrimas melancólicas; de esas lágrimas que no carecen de cierta dulzura, y que necesitan que los que las miran sepan dejarlas correr. Al cabo de un instante, volvió á abrir los ojos con una sonrisa:

—O; doy gracias, me dijo, por haberme dejado llorar.

—Ya no estoy celoso, le respondí.

—¿No hay un piso segundo? me dijo levantándose.

—Si, absolutamente igual á este.

—¿Y debe estar ocupado?

—Eso es lo que vos decidireis.

—Es preciso aceptar la condicion que nos impone el destino con toda franqueza. A los ojos del mundo sois mi hermano, y es muy natural que vivais en la casa que yo habito, al paso que seria muy extraño fuérais á alojarnos en otra parte. Ese departamento será el vuestro; bajemos al jardin.

En este duno unos cuantos paseos, y Paulina cogió un ramillete de flores diciéndome:

— ¡Ved qué pálidas están estas pobres rosas, y qué poco olor tienen! ¿No tienen el aspecto de desterradas que languidecen lejos de país? ¿Creeis que ellas también tengan una idea de lo que es la patria y el padecer un sentimiento de su pena?

— Os equivocais, le dije: esas flores han nacido aquí; este aire es la atmósfera que les conviene, y un sol más ardiente las quemaría. Por otra parte, están criadas para adornar cabellos rubios, y para armonizarse con la tez mate de las hijas del Norte. Para vuestros cabellos negros se necesitarían rosas ardientes, como las que florecen en España. Allá iremos á buscarlas cuando queráis.

Paulina se sonrió tristemente y dijo:

— Si, á España... á Suiza... á Italia... á todas partes, menos á Francia... Y luego siguió andando, sin hablar más, y deshojando las rosas maquinalmente.

— ¿Pero habeis perdido para siempre la esperanza de volver á Francia? le dije yo.

— ¿Pues no estoy muerta?

— Pero cambiando de nombre...

— También necesaria cambiar de semblante.

—¿Pues tan terrible es ese secreto?

—Es una medalla de dos caras, que por un lado lleva un veneno y por el otro un cadalso. Oid, voy á contaros todo eso, pues es preciso que lo sepais, y lo mas pronto posible. Pero decidme vos primero: por qué milagro de la Providencia habeis sido conducido hácia mí?

Sentámonos en un banco, debajo de un plátano magnífico, que cubria con su inmenso follaje una parte del jardin. Entonces comencé mi relacion, á partir desde mi llegada á Trouville, y se lo conté todo: cómo me habia sorprendido la tormenta y arrojado á la costa; cómo buscando un abrigo habia entrado en las ruinas de la abadía; cómo despertado en medio de mi sueño por el ruido de una puerta habia visto salir á un hombre del subterráneo; cómo este hombre habia ocultado alguna cosa en un sepulcro, cómo desde entonces sospeché un misterio que resolví penetrar. De: pues le conté mi viaje á Dives; la noticia fatal que allí supe; la resolucion desesperada de volverla á ver una vez siquiera; mi sorpresa y mi alegria al reconocer que el sudario cubria una mujer distinta; y, en fin, mi espedicion noc-

turna: todo esto se lo referí con la espresion del alma que sin pronunciar la palabra *amor* hace palpitar en cada una de las que se dicen; y mientras que yo hablaba, era feliz y recompensado, porque veia que ella se inundaba en mis emociones, y que algunas de mis palabras filtraban secretamente hasta su corazon. Cuando terminé, me tomó ella la mano, la estrechó entre las suyas sin hablar, me miró algun tiempo con una espresion de angelical reconocimiento, y por último me dijo:

—Juradme una cosa.

—¿Cuál? Decid.

Juradme por lo más sagrado para vos, que no revelareis á nadie en el mundo lo que voy á deciros, al menos hasta que yo haya muerto y mi madre tambien, y el conde.

—Lo juro por mi honor, respondí.

—Pues escuchadme ahora, dijo Paulina.



VII.

—No tengo necesidad de deciros cuál era mi familia, porque la conoceis; mi madre y algunos parientes lejanos nada mas: tenia alguna fortuna.

—¡Ay, sí! ¡Ojalá hubiérais sido pobre! esclamé yo interrumpiéndola.

—Mi padre, contiguó Paulina sin demostrar haber conocido el sentimiento que habia arrancado mi esclamacion, dejó al morir cuarenta mil libras de renta, poco mas ó menos. Como soy hija única, esto era una fortuna, y me presenté al mundo con la reputacion de una rica heredera:

—Olvidais, le dije, la de una gran belleza unida á una perfecta educacion.

—Ya veis que no puedo continuar, me respondió Paulina sonriendo, si me interrumpis de ese modo.

—Es que no podeis decir, como yo, todo el efecto que causásteis en el mundo; es que conozco mejor que vos misma esa parte de vuestra historia; es que, sin sospecharlo, érais vos la reina de todas las fiestas. Entonces fué cuando yo os vi la vez primera en casa de la princesa de Bel... Todos los talentos y celebridades estaban reunidos en casa de esta hermosa desterrada de Milan. Cantose, y todas las aficionadas se acercaron entonces al piano, y todo lo que la instrumentacion tiene de ciencia y el canto de método se reunió para encantar á aquella multitud de *dilettanti*, sorprendidos de hallar en los salones lo que tan rara vez se encuentra en los teatros: algunos hablaron de vos, y pronunciaron vuestro nombre. ¿Por qué latia mi corazon al oirlo pronunciar por la primera vez? La princesa se levantó, os tomó de la mano, y os condujo casi como á una víctima al altar de la melodía: ¿decidme tambien por qué, al veros tan confusa,

tuve un sentimiento de temor, como si fué-
seis mi hermana, yo, que apenas hacia un
cuarto de hora que os viera? ¡Oh! yo tem-
blaba quizás mas que vos, y seguramente
estábais muy lejos de pensar que en aque-
lla multitud habia un corazon hermano del
vuestro, que latia con vuestro temor, y que
iba á embriagarse con vuestro triunfo. Son-
rió vuestra boca, y resonaron los primeros
acentos de vuestra voz, trémulos é incier-
tos; pero pronto salieron las notas puras y
vibrantes, y dejando vuestros ojos de mirar
á la tierra, se fijaron en el cielo. Aquella
multitud que os rodeaba desapareció, y yo
no sé si oísteis los aplausos, tan absorta es-
tábais; cantábais una romanza de Bellini,
melodiosa y sencilla, pero llena de encantos
como él solo sabia componerlas. Yo no os
aplaudí, pero lloré. Os condujeron á vues-
tro asiento en medio de felicitaciones, pero
yo solo no me atreví á acercarme, sino que
me coloqué de modo que pudiese siempre
veros. La fiesta y la música continuó; pero
yo no oí ya nada, pues desde que os leván-
tásteis del piano todos mis sentidos se ha-
bian concentrado en uno solo: os miraba.
¿Os acordais de aquella noche?

—Sí creo que la recuerdo, dijo Paulina.

—Después, continué sin pensar que interrumpía su relación; si otra vez, no aquella misma romanza, sino la canción popular que la inspiró. Era en Sicilia, en la tarde de uno de esos días, como Dios los ha hecho únicamente para Italia y para la Grecia. El sol se ponía detrás de Girgenti, la antigua Agrigento, y yo estaba sentado á la orilla de un camino, á mi izquierda tenía, comenzando á perderse en la naciente sombra, toda aquella playa cubierta de ruinas, en medio de la cual solo sus tres templos permanecían en pie; y mas allá de esta playa, la mar tranquila y tersa como un espejo de plata: á mi derecha se destacaba la ciudad con vigor, sobre un fondo de oro, como uno de esos cuadros de la primera escuela florentina que se atribuyen á Gaddi, ó que están firmados por Cimabue ó por Giotto. Delante de mí tenía una jóven que volvía de la fuente, llevando en la cabeza una de esas antiguas ánforas de deliciosa forma, y pasaba cantando el aire popular que ya os he dicho. ¡Oh!, si supiérais qué impresión sentí entonces! Cerré los ojos, y dejé caer la cabeza entre mis manos; y mar, ciudad, templos, to-

do desapareció, y tambien aquella hija de la Grecia, que, como una maga, venia á hacerme retroceder tres años, y á trasportarme al salon de la princesa de Bel... Entouces volví á veros .. oí de nuevo vuestra voz, y os miré con éstasis; mas de repente se apoderó de mi alma un profundo dolor, porque ya no érais la jóven á quien tanto habia amado, y que se llamaba Paulina de Meulien; ya érais la condesa de Beuzeval. ¡Ay, ay!

—¡Ay... sí! murmuró Paulina.

Así permanecimos algunos instantes, sin hablar, hasta que, reponiéndose Paulina la primera, continuó:

—Sí, aquel fué el buen tiempo, el tiempo feliz de mi vida. ¡Oh! las jóvenes no conocen su felicidad, pues no saben que la desgracia no osa tocar al velo casto que las envuelve, hasta que un marido las despoja de él. Sí, he sido feliz durante tres años, en los cuales apenas sé si el sol brillante de mis dias se oscureció alguna vez. Ibamos á pasar el verano en nuestro castillo de Meulien, y en el invierno volvíamos á Paris, y no pensaba yo que una vida tan pura y serena pudiera oscurecerse jamás. Así pasó hasta el otoño de 1830.

Teníamos por vecina á Mad. de Luciennes, cuyo marido fuera íntimo amigo de mi padre, y una noche nos convidó, á mi madre y á mí, á pasar el dia siguiente en su casti- llo. Su marido, su hijo y algunos jóvenes de Paris, se habian reunido allí para cazar ja- valies, y una gran comida debia celebrar la victoria del moderno Meleagro. Nosotras aceptamos el convite.

— Cuando llegamos, ya habian salido los cazadores; mas como el parque estaba cer- rado por unas tapias, podíamos fácilmente alcanzarlos. Mr. de Luciennes se habia que- dado allí para hacernos compañía á su mu- jer y á su hija, á mi madre y á mí: Pablo, su hijo, dirigia la partida.

A mediodia se oyó sensiblemente el soni- do del cuerno, repitiendo muchas veces el mismo aire, y Mr. de Luciennes nos dijo que aquella era la señal, que el jabalí se cansaba, y que si gustábamos, ya era tiem- po de montar á caballo. En este momento llegó uno de los cazadores al galope, bus- cándonos de parte de Pablo, pues el javalí no podia tardar en hacer frente á los perros. Mr. de Luciennes tomó una carabina, que colgó en el arzon de la silla de su caballo;

nosotras montamos en los nuestros, y marchamos. Nuestras madres se fueron á pie á un pabellon, enrededor del cual se efectuaba la caza.

No tardamos en alcanzar á los cazadores, y cualquiera que fuese al principio mi repugnancia á tomar parte en este suceso, pronto el ruido del cuerno, la rapidéz de la carrera, los ladridos de los perros y los gritos de los cazadores nos entusiasmaron, y salimos galopando Lucía y yo al igual de los mas hábiles giuetes. Dos ó tres veces vimos al javalí que atravesaba las avenidas, y que cada vez le seguian los perros de mas cerca. En fin, se apoyó contra una gruesa encina, y volviéndose allí, hizo frente á la trahilla: todo esto sucedia frente á las ventanas del pabellon, de modo que madama de Luciennes y mi madre no podian perder nada del suceso.

Los cazadores estaban colocados en círculo á cuarenta ó cincuenta pasos de distancia del lugar en que se daba el combate: escitados los perros en la carrera, se habian arrojado todos sobre el javalí: de cuando en cuando uno de ellos era lanzado á ocho ó diez pies de altura, y caia dando ahullidos y todo ensangrentado. Este combate duró un cuarto

de hora apenas, y mas de diez ó doce perros estaban ya heridos mortalmente. Este espectáculo sangriento y cruel era para mi un suplicio, y el mismo efecto producía al parecer en los demas espectadores, pues oí la voz de Mad. de Luciennes que gritaba:— «¡Basta, basta, por Dios, Pablo; basta ya!» Entonces saltó Pablo de su caballo con la carabina en la mano, dió algunos pasos hácia el javalí, apuntó en medio de los perros, y luego hizo fuego.

En el instante mismo, pues todo fué rápido como un relámpago, la jauría se abrió, el javalí pasó herido por medio de ella, y antes de que Mad. de Luciennes tuviese tiempo para dar un grito, ya estaba sobre Pablo, que cayó en tierra, y el animal, furioso, en vez de seguir su carrera, se detuvo encarnizado sobre su nuevo enemigo.

Hubo entonces un silencio terrible: Mad. de Luciennes, pálida como la muerte y estendidos los brazos hácia su hijo, intentaba hablar, y solo murmuraba con voz ininteligible:— «¡Salvadle, salvadle!» Mr. de Luciennes, el único que estaba armado, tomó su carabina, y quiso apuntar al animal; pero la menor desviacion de la bala podía matar á su

hije, y un temblor convulsivo se apoderó de él: vió su impotencia, y dejando caer el arma, corrió hácia Pablo gritando:—«¡Socorro, socorro!» Tirándose en el mismo instante un joven del caballo, tomó la escopeta, y gritó con voz firme y poderosa:—«¡Abridse!» Los cazadores se apartaron para dejar paso al mensajero de muerte que debía llegar antes que ellos: todo esto que acabo de contaros pasó en menos de un minuto.

Todos los ojos se fijaron entonces en el tirador y en el terrible blanco que habia escogido: él estaba firme y tranquilo, y comenzó á elevar lentamente el cañon de la carabina: á cierta altura, cazador y escopeta se quedaron como si hubieran sido de piedra: salió el tiro, y el jabalí, herido de muerte, rodó á dos ó tres pasos de Pablo, que libre ya de su adversario, se incorporó sobre una rodilla, con su cuchillo de caza en la mano. Pero esto era inútil, porque la bala fue dirigida por un ojo demasiado certero para que no fuese mortal. Mad. de Luciennes dió un grito, y se desmayó; Lucía habria caído del caballo á no sostenerla uno de los picadores, y yo di un salto del mio corriendo á Mad. de Luciennes. En cuanto á los cazadores, todos

se habian reunido enrededor de Pablo y del jabalí muerto, menos el tirador, que, luego que hubo disparado arrimó tranquilamente su carabina al tronco de un árbol.

Mad. de Luciennes volvió en sí en los brazos de su hijo y de su marido: Pablo no tenia mas que una ligera herida en una cadera, pues todo habia pasado tan rápidamente como acabo de referir. Pasada la primera emocion, Mad. de Luciennes tenia que espresar toda su gratitud maternal á un hombre, y buscaba al cazador que salvara á su hijo, cuya intencion, conocida por su marido, fue este en busca del jóven. Mad. de Luciennes le estrechó la mano, quiso darle gracias pero se derritió en lágrimas, y solo pudo pronunciar estas palabras: «¡Oh, Mr. de Beuzeval!...»

—¡Con que era él! exclamé yo.

—Sí, él era. Así lo vi por la primera vez, rodeado del agradecimiento de una familia entera y de todo el prestigio de la emocion que me habia causado aquella escena de que fué el héroe. Era un jóven pálido mas bien pequeño que alto, con ojos negros y cabellos rubios. A primera vista parecia tener apenas veinte años, pero mirándolo mas atentamente, se

le notaban algunas ligeras arrugas entre el ojo y la sien, al paso que un pliegue imperceptible le atravesaba la frente, indicando en lo profundo de su ánimo ó de su corazón la presencia habitual de un pensamiento sombrío: labios pálidos y delgados, hermosos dientes y manos de mujer, completaban aquel conjunto, que, á primera vista, mas bien me inspiró un sentimiento de repulsion que de simpatías: tan frio era, en medio de la general aceptacion, el semblante de aquel hombre á quien una madre daba gracias por haber salvado la vida de su hijo.

Terminada la partida, volvimos al casti-
llo, y al entrar en el salon, el conde Horacio de Beuzeval se escusó de no poder permanecer allí mas tiempo, pues tenia un compromiso para comer en Paris. Observáronle que tenia que caminar quince leguas, y que solo le faltaban cuatro horas para llegar á tiempo; pero el conde contestó sonriéndose que su caballo estaba acostumbrado á estas clases de carreras, y dió orden á su criado de que se lo llevase.

Este criado era un malayo que el conde Horacio habia traído de un viaje que hiciera á la India para recoger una herencia consi-

derable. Aunque ya hacia tres años que estaba en Francia, solo hablaba la lengua materna, de la que el conde sabia algunas palabras, con cuyo auxilio se hacia servir: obedió con prontitud maravillosa, y por los cristales de las ventanas vimos pronto piafar á los dos caballos, sobre cuya raza hablaron mucho todos aquellos señores, á mi parecer eran en afecto dos animales magníficos que el príncipe de Condé habia deseado tener; pero el conde Horacio dobló el precio ofrecido por S. A. R., y se los quitó.

Todo el mundo acompañó al conde hasta la puerta, y Mad. de Luciennes le estrechaba las manos suplicándole que volviese, lo cual prometió el conde echando una mirada rápida que me hizo bajar los ojos, pues, no sé por qué, me parecia que me la habia dirigido. Cuando alcé la cabeza, ya estaba á caballo el conde, que se inclinó por última vez ante la señora de la casa, nos hizo un saludo general, dirigió con la mano una seña amigable á Pablo, y soltando la brida, desapareció á los pocos segundos en una revuelta del camino.

Todos lo miraban en silencio, porque en aquel hombre habia algo de extraordinario

que llamaba la atención. Conociáse que era una de esas organizaciones poderosas que, muchas veces, y como por capricho, se entretiene la naturaleza en encerrar en un cuerpo que parece demasiado débil para contenerla: así es que el conde parecía un conjunto de contrastes. Para aquellos que no le conocían, tenía la apariencia débil y lánguida de un hombre atacado de una enfermedad orgánica; mas para sus amigos y compañeros, era un hombre de hierro que resistía á todas las fatigas, emociones y necesidades: Pablo lo había visto pasar noches enteras jugando ó cenando, y al día siguiente, cuando sus camaradas dormían, salía él, sin una hora de sueño siquiera, para una cacería ó para otra expedición, con nuevos compañeros á quienes dejaba como á los primeros, sin que la fatiga se manifestase en él de otro modo que por una palidez mas grande y una tos mas seca que la que le era habitual. No sé por qué escuché estos detalles con el interés infinito; sin duda la escena que había presenciado, la sangre fria de que diera prueba el conde, y la emoción reciente que yo había experimentado, eran causa de aquella atención que yo prestaba á todo lo que se re-

feria de él. Por lo demas, el cálculo mas hábil no hubiera inventado nada mejor que aquella súbita marcha que dejaba desierto el castillo: ¡tan inmensa impresion habia hecho en sus habitantes quien de él se alejaba!

En seguida anunciaron que la sopa estaba en la mesa. Interrumpida la conversacion por algun tiempo, volví á tomar nueva actividad en los postres, y como todo el dia, el conde fué objeto de ella; entonces bien, porque esa constante atencion á uno solo pareciese descortés para los otros, bien fuesen disputables muchas de las cualidades que le concedian, ello es que surgió una ligera discusion sobre su estraña existencia, sobre su fortuna, cuyo origen era desconocido, y sobre su valor que uno de los convidados atribuia á su grade habilidad en el manejo de la espada y la pistola. Pablo se hizo naturalmente el defensor de quien le habia salvado la vida. La existencia del conde Horacio era la de casi todos los hombres á la moda; su fortuna venia de la sucesion de un tio de su madre, que habia estado quince años en la India, y segun su sentir, el valor era en el conde la cosa menos indisputable, pues no solo habia hecho ses pruebas en algunos due-

los, de los cuales casi siempre habia salido sano y salvo, sino tambien en otras circunstancias. Entonces contó Pablo alguna de ellas, una de las cuales se grabó profundamente en mi ánimo.

Cuando llegó á Goa el conde Horacio, encontró muerto á su tio; pero habiendo hecho testamento en su favor, no hubo litigio alguno, y se vió único heredero de los bienes que reclamaba, aunque dos jóvenes ingleses, parientes del difunto porque la madre del conde era inglesa, se encontrasen en el mismo grado que él; mas como estos dos jóvenes ingleses eran ricos y ocupaban grados superiores en el ejército británico que estaba de guarnicion en Bombay, recibieron á su primo, si no con afecto, al menos con urbanidad, y antes de su salida para Francia le ofrecieron, con sus camaradas los oficiales del regimiento en que servian, un convite de despedida, que aceptó el conde Horacio.

En esta época tenia cuatro años menos, y apenas representaba diez y ocho, aunque realmente tuviera veinte y cinco; su figura elegante, su téz pálida y la blancura de sus manes, le daban la apariencia de una mujer disfrazada de hombre; así fué que los oficia-

les ingleses midieron el valor de su convidado por sus trazas. El conde, por su parte, con la rapidez de juicio que le distingue, comprendió al instante el efecto que habia producido, y seguro de la intencion burlesca de sus huéspedes, se mantuvo en guardia resuelto á no salir de Bombay sin dejar un recuerdo cualquiera de su estancia. Al sentarse á la mesa, los dos jóvenes oficiales preguntaron á su pariente si hablaba en inglés, y aunque el conde conocia esta lengua tambien como la nuestra, respondió modestamente que no entendia una palabra, y suplicó á aquellos señores tuvieran á bien, cuando quisieran que él tomase parte en la conversacion, la sostuvieran en francés.

Esta declaracion dió una gran latitud á los convidados, y desde luego conoció el conde que era objeto de una burla continua. Sin embargo, devoró todo lo que oia, con la sonrisa en los labios y la alegria en los ojos; solamente sus mejillas se pusieron mas pálidas, y dos veces rompieron sus dientes los bordes del vaso que llevaba á su boca. En los postres se redobló la broma con el vino de Francia, y recayó la conversacion sobre la caza; entonces preguntaron al conde qué

género de esta había en Francia y de qué manera se cazaban; y decidido el conde á proseguir su papel hasta el fin, respondió que él cazaba unas veces en el llano la perdiz y la liebre con perros, otras á caballo en el bosque, el zorro y el ciervo.

—¡Ab, ah! dijo riendo uno de los convidados: ¿cazais liebres, zorros y ciervos? Pues nosotros aquí cazamos tigres.

—¿Y de qué manera? dijo el conde Horacio con perfecta indiferencia.

—¿De qué manera? respondió otro; montados en elefantes y con esclavos; unos de los cuales hacen frente al animal con picas y hachas, y otros nos cargan las escopetas con que nosotros tiramos.

—Eso debe ser un placer delicioso, respondió el conde.

—Es una desgracia, dijo uno de los jóvenes, que os marcheis tan pronto, mi querido primo... pues os hubiéramos podido procurar ese gusto.

—Pues siento muchísimo, repuso el conde, desperdiciar semejante ocasión; si no hubiera que esperar mucho tiempo, me esperaría.

—Pues á propósito, replicó el primero;

justamente hay á tres leguas de aquí, en el pantano que costea las montañas y se estiende por la parte de Surata, una tigre y sus hijuelos: ayer nos lo avisaron unos indios á quienes han devorado unos corderos: nosotros queríamos esperar á que los hijuelos creciesen para tener una casería en regla; pero ya que tenemos tan buena ocasion de agradaros, adelantaremos la espedicion unos quince dias.

—Os lo agradezco infinito, dijo inclinándose el conde: ¿pero es seguro que la tigre está en el sitio donde se cree?

—No hay la menor duda.

—¿Y se sabe precisamente donde tiene su guarida?

—Eso es fácil averiguar, subiendo á una roca que domina el pantano; pues la huella de la fiera están trazadas en medio de cañas y malezas rotas, y todas ellas se dirigen á un mismo centro.

—¡Pues bien, dijo el conde llenando su vaso y levantándose como para echar un brindis; por el que vaya á matar la tigre entre sus hijuelos, solo, á pié y sin mas arma que este puñal!

Diciendo estas palabras, tomó del cintu-

ron de un esclavo un puñal malayo, y lo puso sobre la mesa.

—¿Estais loco? dijo uno de los convidados

—No, señores; no estoy loco, respondió el conde con amargura mezclada de desprecio; y la prueba es que repito mi brindis. Oid, pues, bien, á fin de que el que quiera aceptar sepa á lo que se compromete vaciando su vaso:

—Por aquel, digo, que vaya á matar la tigre entre sus dos hijuelos, solo, á pie, y sin mas arma que este puñal.

Entonces hubo un momento de silencio, durante el cual interrogó el conde á todos los ojos, y todos se bajaron.

—¿Nadie responde? dijo sonriendo; nadie se atreve á aceptar mi brindis... nadie tiene valor para ello... Pues bien, entonces iré yo... y si no voy, direis que soy un miserable, como yo digo que vosotros sois unos cobardes.

Diciendo estas palabras bebió el conde su vaso, lo puso tranquilamente sobre la mesa, y dirigiéndose á la puerta, dijo:

—Hasta mañana, señores.

Y salió.

A las seis de la mañana siguiente ya es—

taba dispuesto para la terrible caza, cuando los jóvenes entraron en su aposento, suplicándole renunciase á su empresa cuyo resultado no podia menos de serle mortal; pero el conde no quiso oírlos. Desde luego reconocieron que la víspera habian obrado mal, y que su conducta habia sido la de unos calaveras, por cuyas excusas les dió gracias el conde, sin aceptarlas sin embargo.

Entonces le ofrecieron que escogiese entre ellos para batirse con él, si se creia demasiado ofendido para no dispensarse de una reparacion.

El conde respondió con ironía que sus principios religiosos le prohibian verter la sangre de su prójimo: que por su parte retiraba las palabras amargas que habia dicho; pero en cuanto á la cacería, nada en el mundo le haria renunciar á ella. Diciendo esto, les invitó á tomar á caballo y á seguirle, previniéndoles que si no querian honrarle con su compañía, no por eso dejaria de atacar solo á la tigre. Esta decision iba pronunciada con una voz tan firme, que ni siquiera intentaron hacerle renunciar á ella, y montando á caballo por su parte, lo alcanzaron en la puerta oriental de la ciudad, donde se habian dado cita.

La cabalgata se encaminó en silencio al lugar indicado: cada uno de los ginetes llevaba una escopeta ó una carabina de dos cañones. Solo el conde iba sin armas, y su traje, perfectamente elegante, era el de un joven de buen tono que va á dar un paseo de mañana al bosque de Boulogne. Todos los oficiales se miraban con sorpresa, no pudiendo creer que conservase su sangre fría hasta el fin.

Al llegar al pantano hicieron los oficiales nuevos esfuerzos por disuadir al conde. En medio de la discusion, y como viniendo en auxilio de ellos, se oyó un rugido espantoso: los caballos comenzaron á piafar y á relinchar.

— Ya veis, señores, que es demasiado tarde; el animal nos ha reconocido, sabe que estamos aquí y yo no quiero, al marcharme de la India, donde probablemente no volveré jamás, dejar una mala opinion de mí, ni aun á un tigre. ¡Adelante, señores!

Y el conde metió espuelas para llegar pronto á la roca, desde cuya altura se dominaba la guarida de la fiera.

Pronto se oyó un segundo rugido, pero tan fuerte y cercano, que uno de los caballos dió un bote, y su jinete estuvo á punto

de ser estrellado: los otros se estremecían y temblaban, como si acabasen de salir de agua congelada. Entences se apearon los ginetes, confiando las monturas á los criados, y el conde, el primero, comenzó á subir al punto culminante, desde cuya altura contaba dominar el terreno.

En efecto, desde arriba se veían las cañas y jarales quebrados, huellas del terrible animal que iba á combatir, especies de sendas de dos pies de ancho, poco mas ó menos, que todos conducían á un centro, donde se formaba una plazoleta. Otro rugido que salía de este lugar disipó todas las dudas, y el conde supo ya á donde debía ir en busca de su enemigo.

Entonces el mayor de los oficiales se acercó de nuevo al conde; pero adivinando este su intencion, le hizo friamente una seña de que todo era inútil. Despues se abotonó su paletot, pidió á uno de sus primos le prestase la banda de seda que le servía de cinturón para envolverse el brazo izquierdo, tomó el puñal del malayo, que se hizo asegurar á la mano con un pañuelo mojado, y tirando á tierra su sombrero, se levantó graciosamente los cabellos: dirigién-

dose entonces por el camino mas corto, desapareció al instante, dejando á sus compañeros, que se miraban con espanto, no pudiendo creer aun en semejante audacia.

Adelantóse él lentamente y con precaucion por el camino que habia tomado, y pronto oyó un ronquido sordo que le anunciaba que su enemiga estaba en guardia, y que si no lo habia visto aun, ya lo habia husmeado; pero solo se detuvo un instante, y en cuanto cesó el ruido, continuó marchando. Unos cincuenta pasos mas allá se detuvo de nuevo, pues le parecia que si no habia llegado, por lo menos debia estar muy cerca, por cuanto estaba en la plazoleta que veia sembrada de huesos, algunos de los cuales conservaban aun pedazos de carne sangrienta. Entonces miró circularmente, y en una profundidad practicada en la yerba, semejante á una bóveda de cuatro ó cinco pies, vió á la tigre medio tendida, con la boca abierta y los ojos fijos en él: los hijuelos jugaban junto á su vientre como gatos pequeñas.

Lo que entonces pasó en su alma solo él puede decirlo; pero su alma es un abismo de donde nada sale. El y la tigre se mira-

ron algun tiempo inmóviles, y viendo el conde que su enemiga no le acometia, sin duda por miedo de dejar á sus hijuelos, él fué quien se dirigió á ella.

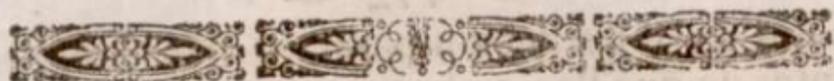
Se acercó hasta la distancia de cuatro pasos, y viendo, en fin, que no hacia ningun movimiento para levantarse, se arrojó sobre ella. Los que miraban y escuchaban, oyeron á la vez un rugido y un grito, vieron agitarse las malezas un momento, y luego sucedió el silencio y la tranquilidad: todo habia concluido.

Esperaron un instante para ver si el conde volvia, pero el conde no volvió. Entonces tuvieron vergüenza de haberlo dejado entrar solo, y se decidieron, ya que no habian salvado su vida, á salvar al menos su cadáver. Todos se adelantaron llenos de ardor, y al fin llegaron á la plazoleta, donde encontraron á los dos adversarios tendidos uno sobre otro: la tigre estaba muerta y el conde desmayado. Los dos hijuelos, demasiado pequeños para devorar el cuerpo, chupaban la sangre.

La tigre habia recibido diez y siete puñaladas, y el conde un bocado que le habia roto el brazo izquierdo, y un zarpazo que le habia desgarrado el pecho.

Los oficiales se llevaron el cadáver de la fiera y el cuerpo del conde: el hombre y el animal entraron en Bombay tendidos en la misma camilla. En cuanto á los dos hijos, el esclavo malayo los había ahorcado con la cinta de su turbante, y los llevaba colgando en los arzones de su silla.

Cuando al cabo de quince días se levantó el conde, encontró delante de su cama la piel de la tigre, con dientes de perlas, ojos de rubíes y uñas de oro: era esto un regalo de los oficiales del regimiento en que servían sus dos primos.



VIII.

Estos relatos hicieron una impresion profunda en mi espíritu. El valor es una de las seducciones mas grandes del hombre sobre la mujer: es porque á causa de nuestra debilidad , y porque , no pudiendo nada por nosotras mismas , necesitamos eternamente un apoyo. Asi, que, cualquiera cosa que se hubiese dicho en contra del conde Horacio, el único recuerdo que de él quedó en mi alma fué aquella doble casería , á una de las cuales habia yo asistido. Sin embargo , no pensaba sin terror en aquella sangre fria , á la cual debia Pablo su vida. ¡Cuántos com-

bates terribles debian pasar en este corazon antes de que llegase la voluntad de comprimir sus pulsaciones, y cuán voraz incendio debia abrazar esta alma antes que su llama se convirtiera en ceniza y su lava se trocase en hielo.

La gran desgracia de nuestra época es el deseo de lo romancesco y el aprecio de lo sencillo. Mientras mas se despoetiza la sociedad, mas piden las imaginaciones activas, ese extraordinario que todos los dias desaparece del mundo para refugiarse en el teatro ó en las novelas: de aquí ese interés fascinador que los caracteres escepcionales ejercen sobre todo lo que les rodea. No os sorprenderá pues, que la imagen del conde Horacio, presentándose al espíritu de una jóven rodeada de ese prestigio, haya quedado en su imaginacion, donde tan pocos sucesos habian dejado todavia sus huellas. Asi, cuando algunos dias despues de la escena que acabo de contaros vimos llegar dos caballeros por la grande avenida del castillo, y que anunciaron á Mr. Pablo de Luciennes y al señor conde Horacio de Beuzeval, por la primera vez de mi vida sentí latir mi corazon ante un nombre, pasó una nube por mis ojos, y

me levanté con la intencion de huir ; pero mi madre me detuvo , y entraron aquellos señores.

Yo no sé lo que les dije al principio; pero ciertamente debí parecerles muy tímida y torpe, porque cuando alcé los ojos, los del conde Horacio estaban fijos en mí con una espresion estraña que no olvidaré jamás: sin embargo , poco á poco deseché mi preocupacion , y entonces pude mirarlo y oirlo, como si mirase y oyese á Pablo.

Encontré en él la misma fisonomía impassible, la misma mirada fija y profunda que tanto me habian impresionado , y ademas una voz dulce que, como sus pies y sus manos, parecian mas bien pertenecer á una mujer que á un hombre; sin embargo, cuando se animaba aquella voz , tomaba una fuerza que parecia incompatible con los primeros sonidos que habia proferido. Como amigo agradecido, Pablo llevó la conversacion á un objeto propio para hacer valer al conde , y habló de su viaje: el conde vaciló un instante en dejarse arrastrar á esta seduccion de amor propio , y hubiérase dicho que temia apoderarse de la conversacion y sustituir el *yo* á las indiferentes generalida-

des de las primeras entrevistas; pero pronto se presentó á su memoria el recuerdo de los lugares recorridos , y se desbordó de sí misma la vida pintoresca de las comarcas salvajes , entrando en lucha con la existencia monotoná de los países civilizados. El conde se encontró de repente en medio de la poderosa vejetacion de la India y de los aspectos maravillosos de las Maldivas; nos contó sus correrias en el golfo de Bengala; sus combates con los piratas malayo; dejóse llevar á la pintura brillante de aquella vida animada, donde cada hora tiene una emocion diversa; hizo pasar ante nuestros ojos las fases enteras de aquella existencia primitiva, donde el hombre , en su libertad y en su fuerza, siendo, segun quiere serlo, esclavo ó rey , no tiene mas lazos que su capricho, mas límites que el horizonte, y cuando se coloca sobre la tierra despliega las velas de su buque como las alas de un águila, y va á pedir al Océano la soledad y la inmensidad: despues cayó de un salto en medio de nuestra sociedad gastada, donde crímenes y virtud todo es mezquino , todo ficticio, semblante y alma, y donde , esclavos aprisionados en las leyes, cautivos aherro-

jados en los miramientos, hay para cada hora del día pequeños deberes que cumplir, para cada parte de la mañana formas de vestidos y colores de guantes que adoptar, y esto sopena del ridículo; es decir, de muerte, porque el ridículo de Francia mancha mas cruelmente que el lodo á la sangre.

No os diré lo que habia de elocuencia amarga, irónica y mordaz contra nuestra sociedad en aquella salida del conde: fuera de las blasfemias, era aquello una de esas creaciones de poeta, Manfredo ó Karl Moor, una de esas organizaciones berrascosas defendiéndose en medio de las comunes exigencias de nuestra sociedad, era el genio en lucha con el mundo, y que, vanamente envuelto en sus leyes, sus miramientos y sus hábitos, las arrastra consigo, como haria el leon con miserables redes tendidas por un zorro ó por un lobo.

Oí esta filosofía terrible como hubiera leído una página de Byron ó de Goethe, pues era la misma energía de pensamiento realizada con todo el poder de la espresion. Entonces aquella fisonomía impasible habia arrojado su máscara de hielo, y sus ojos lanzaban relámpagos; entonces aquella voz

tan dulce tomaba sucesivamente acentos estrepitosos y sombríos, y despues, de repente, entusiasmo ó amargura, esperanza ó desprecio, poesía ó materia, todo se deshacia en una sonrisa como yo no habia visto ninguna, y que contenia mas desesperacion y desden que el sollozo mas lastimero.

Despues de una visita de una hora, nos dejaron Pablo y el conde. Cuando salieron, nos miramos un instante mi madre y yo en silencio, y sentí mi corazon aliviado de una impresion enorme: la presencia de aquel hombre me pesaba como la de Mefistófeles á Margarita, y la impresion que produjo en mí era tan visible, que mi madre se puso á defenderlo sin que yo le atacase. Mucho tiempo atrás habia oido hablar del conde, y como sobre todos los hombres notables, el mundo omitia sobre él los mas opuestos juicios. Mi madre lo miraba bajo un punto de vista enteramente diverso al mio, y solo consideraba aquellos sofismas tan atrevidamente emitidos por el conde como un juego de su talento y como una especie de maledicencia contra la sociedad, idéntica á la que todos los dias se profiere contra los individuos. Mi madre no lo colocaba ni tan alto

ni tan bajo como yo lo hacia interiormente, de lo cual resultó que esa diferencia de opinion, que yo no queria combatir, me determinase á fingir no ocuparme mas de él. Al cabo de diez minutos pretesté un leve dolor de cabeza, y bajé al parque, donde nada pudo distraerme de mi preocupacion: no habia andado cien pasos, cuando tuve que confesarme á mí misma que no habia querido hablar del conde con el fin de pensar mejor en él, y esta conviccion me asustó: no amaba al conde, sin embargo, porque al anuncio de su presencia mi corazon habria latido mas bien de temor que de alegría: y no obstante, yo no le temia, ó mas bien no debia temerle lógicamente, porque, en fin, ¿qué influencia podia tener en mi destino? Una vez lo habia visto por casualidad, otra por política, y tal vez no volveria á verlo nunca, pues con su carácter aventurero y aficion á viajes podia salir de Francia de un momento á otro, y entonces su paso en mi vida seria una aparicion, un sueño, y nada mas: pasados quince dias, un mes, un año, ya le habria olvidado. Y sin embargo de esto, cuando sonó la campana del comedor, me sorprendió en los mismos pensamientos,

y me hizo estremecer porque sonaba tan pronto: las horas habian pasado como minutos.

Al entrar en el salon me entregó mi madre un convite de la condesa de M... que habia permanecido en Paris á pesar del verano, y que daba, con motivo del aniversario del nacimiento de su hija, una gran reunion, medio de baile y medio concierto. Mi madre, siempre buena para conmigo, queria consultarme antes de responder, y yo acepté con presteza, pues era aquello una distraccion poderosa para la idea que me obscuraba: en efecto, solo teníamos tres dias para prepararnos, y estos tres dias bastaban tan estrictamente para los preparativos del baile, que era evidente se perderia el recuerdo del conde, ó al menos que se alejaria con las importantes ocupaciones de la toilette. Por mi parte hice cuanto pude para conseguir este resultado: hablé de aquella fiesta con un ardor que jamás me habia conocido mi madre, y pedí marchar aquella misma noche á Paris, so pretesto de que apenas teniamos tiempo para encargarnos nuestros trajes y flores: pero realmente porque pensaba que el cambio de lugar me ayudaria en la lucha

contra mis recuerdos. Mi madre cedió á todas mis fantasías con su bondad ordinaria, y marchamos despues de comer.

No me habia engañado; los cuidados que me vi obligada á dar á los preparativos del sarao; un resto de alegría de jóven que aun no habia perdido, y la esperanza de un baile en una estacion en que tan pocos hay, distrajeron mis terrores insensatos y alejaron momentáneamente el fantasma que me perseguia. Llegó al fin el deseado dia, y pasó por mí con una especie de fiebre de actividad que mi madre jamás habia conocido. ¡Muy feliz era con la alegría que yo me pronosticaba! ¡Pobre madre!

Cuando dieron las diez, ya hacia veinte minutos que yo estaba dispuesta, y no sé cómo habia sucedido esto, pues yo, que siempre hacia esperar, aquella noche esperaba á mi madre. Marchamos al fin, y como casi toda nuestra sociedad de invierno habia vuelto como nosotras á Paris, encontré allí á mis amigas de colegio, mis parejas constantes de baile, y hasta ese placer vivo y alegre de jóven que, ya hacia un año ó dos comenzaba á amortiguarse.

Habia una multitud en los salones de bai-

le, durante un momento de descanso la condesa de M... me tomó del brazo, y para huir del calor sofocante que hacia, me llevó á las salas del juego, donde íbamos inspeccionando todas las celebridades artísticas, literarias y políticas de la época que allí estaban reunidas; algunas de ellas me eran desconocidas, y la condesa de M... me las iba haciendo notar con estremada complacencia, haciendo á cada nombre un comentario que hubiera envidiado el folletinista de mas mérito. Al entrar en un salon me estremecí de repente, y dejé escapar á pesar mio estas palabras: «¡El conde Horacio!»

—Sí, el conde Horacio, me dijo Mad. de M... sonriendo; ¿lo conoceis?

—Lo hemos encontrado en el campo, casa de Mad. de Luciennes.

—¡Ah, sí! repuso la condesa; he oido hablar de una cacería y de un accidente ocurrido á Mr. de Luciennes, hijo, ¿no es eso?

En este momento alzó los ojos el conde, y nos vió, pasando por sus labios una cosa parecida á una sonrisa.

Señores, dijo á los tres jugadores que le hacian la partida: ¿me permitís que me retire? Me encargo de enviaros el cuarto.

Nada de eso, dijo Pablo; nos ganas cuatro mil francos, y nos enviarás un sustituto que nos liquide diez; nada, no.

El conde se volvió á sentar, pero á la primera vuelta rindió las cartas el adversario del conde, que mostrando las sayas sobre la mesa, dijo:—«He perdido.» Puso el oro y billetes que tenia delante enfrente del que ganaba y se levantó de nuevo.

—¿Soy libre en retirarme ahora? dijo á Pablo.

—No todavía, querido, le contestó este, que habia alzado las cartas del conde y miraba el juego; porque tú tienes cinco oros y el señor solo tiene cuatro espadas.

—Señora, dijo el conde volviéndose á nosotras y dirigiéndose á la señora de la casa; sé que la señorita Eugenia debe echar un guante esta noche para los pobres: ¿quereis permitirme sea el primero en ofrecerle mi tributo?

Diciendo estas palabras, tomó un canastillo de labor que habia sobre una consola al lado de la mesa de juego, metió en él los ocho mil francos que tenia delante, y los presentó á la condesa.

—Pero yo no sé si debo aceptar, respondió

esta; es tan considerable esta cantidad...

—Por eso, repuso sonriendo el conde Horacio, no os la ofrezco solo en mi nombre, sino en el de estos señores, pues ellos han contribuido ampliamente, y aun á ellos mas que á mí es á quien la señorita de M... debe dar gracias en nombre de sus protegidos.

Diciendo esto pasó á la sala de baile, dejando el canastillo lleno de oro y los billetes en manos de la condesa.

—Esta es una de sus originalidades, me dijo Mad. de M...; habrá visto á alguna mujer con quien querrá bailar, y paga ese placer á este precio: dejadme que os lleve al salon de baile.

Mad. de M... me condujo al lado de mi madre, y apenas me habia sentado, llegó el conde, y me invitó á bailar.

Al instante se presentó en mi imaginacion lo que acababa de decirme la condesa, y quedé enteramente turbada. Dile mi librito, en el cual ya habian tomado puesto seis caballeros; y como si quisiera que su nombre no se confundiese con ninguno, volvió la hoja, y escribió el suyo para la sétima contradanza, devolviéndomelo en seguida con algunas palabras que mi turbacion me impidió en-

tender, y apoyándome luego en el marco de una puerta. Estuve á punto de pedir á mi madre que nos marchásemos, pues temblaba tanto, que me parecia imposible mantenerme en pie. Felizmente se interrumpió el baile, y Listz se sentó al piano.

Tocó la invitacion al wals de Weber.

Jamás habia llevado el hábil artista á tan alto grado las maravillas de su ejecucion. ó tal vez yo no me habia encontrado nunca en una disposicion de ánimo tan á propósito para sentir aquella composicion tan melancólica y apasionada: pareciome que aquella era la primera vez que oia suplicar, gemir, llorar el alma, cuyos suspiros ha exhalado en sus melodías el autor del «Freyschutz.» Todo lo que la música, esta lengua de los ángeles, tiene de acentos, de esperanzas, de tristezas y de dolor, parecia haberse reunido en aquella pieza, cuyas variaciones, improvisadas segun la inspiracion del traductor, eran como unas notas explicativas. Yo misma habia ejecutado muchas veces aquella brillante fantasía, y entonces me sorprendia encontrar en ella cosas que ni aun habia sospechado: ¿era el admirable talento del artista lo que las hacia resaltar? ¿Era

una disposicion nueva de mi espíritu? ¿Habia recibido mi corazon un sacudimiento tan poderoso, que despertára algunas fibras dormidas? De todos modos, el efecto fué mágico; los sonidos vagaban en el aire como un vapor y me inundaban de melodía. En este momento alcé los ojos, vi los del conde fijos en mí, y ya era demasiado tarde cuando quise bajar rápidamente la cabeza: dejé de ver sus ojos, pero sentí pesar sobre mí su mirada, y me acometió un temblor involuntario. Levantóse Listz, y como oí el rumor de la gente que se acercaba á él para felicitarle, pensé que el conde habria dejado su puesto, y me aventuré á levantar la cabeza; en efecto, ya no estaba allí, y respiré, pero me guardé muy bien de llevar mi investigacion mas lejos, temiendo encontrarme con su mirada.

Al cabo de un instante se restableció el silencio, y otra persona se sentó al piano: por el prolongado rumor que hubo conocí que la curiosidad se habia escitado vivamente; pero no me atreví á levantar los ojos. Sonó un prelude largo y triste, y luego una voz vibrante, sonora y profunda pronunció estas palabras sobre una melodía de Schubert:

«Todo lo he estudiado; filosofía, derecho y medicina; he rebuscado en el corazón de los hombres; he bajado á las entrañas de la tierra: he puesto á mi espíritu las alas del águila para mecirme encima de las nubes. ¿A donde me ha conducido este largo estudio? A la duda y al desaliento. Verdad es que ya no tengo ni ilusion ni escrúpulo, que no temo ni á Dios ni á Satanás; pero el precio de estas ventajas ha sido todas las alegrías de mi vida.»

A la primera palabra reconocí la voz del conde Horacio, y ya podeis adivinar la impresion que hicieron en mí esas palabras de Fausto en boca de quien las cantaba. El efecto fué general; un momento de silencio profundo sucedió á la última nota que voló en un quejido como un alma angustiada, y luego rompieron de todos lados aplausos frenéticos. Entonces me aventuré á mirar al conde, cuyo rostro tal vez estaria tranquilo é impassible para todos; mas para mí, el ligero arqueamiento de su boca indicaba claramente esa agitacion febril, uno de cuyos accesos le habia acometido durante su visita al castillo. Mad. de M... se acercó á él para felicitarlo, y entonces tomó su ros-

tro el aspecto risueño é indiferente que exigen de los ánimos mas preocupados los miramientos del mundo. El conde Horacio le ofreció el brazo, y ya no fué mas que un hombre como otro cualquiera, en cuya manera de mirarla conocí que la estaba haciendo cumplidos sobre su tocado. Estando hablando con ella, dirigió una rápida mirada hácia mí, que se encontró con la mia: á punto estuve de lanzar un grito, pues en cierto modo habia sido sorprendida. El vió sin duda mi angustia, y tuvo lástima de ella, porque se llevó á Mad. de M... al salon inmediato, y desapareció con ella. En el mismo instante dieron los músicos la señal de la contradanza, y vino á mi el primero inscrito en mi librito, cuya mano tomé maquinalmente, y me dejé llevar al sitio donde quiso: bailé; esto es todo lo que recuerdo.

Despues de dos ó tres contradanzas mas, sucedió un intermedio de música, Mad. de M... se acercó á mí para suplicarme hiciera mi parte en el duo del primer acto de «Don Juan:» al principio resistí, porque, fuera de la natural timidez, me sentia en la imposibilidad de articular una nota. Mi madre advirtió este debate, y con su amor propio de

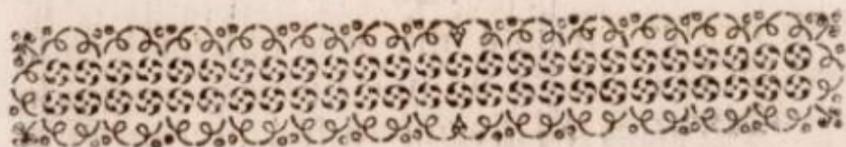
tal, se unió á la condesa, que se ofreció á acompañarme; tuve miedo, y continué resistiendo; pero habia cantado tantas veces aquel duo, que no podia oponer una buena razon á las instancias de mi madre, y acabé por ceder. La condesa me tomó la mano, y me condujo al clave, donde se sentó; yo estaba detrás de su silla, en pié y con los ojos bajos, sin osar mirar á ningun lado por miedo de encontrar otra vez aquella mirada que me perseguia. Un jóven vino á colocarse al otro lado de la condesa, y me atreví á alzar los ojos hácia mi compañero: un escalofrio corrió por todo mi cuerpo, pues el conde Horacio era quien cantaba el papel de Don Juan.

Ya comprendereis cuál seria mi emocion: mas ya era demasiado tarde para retirarse, pues todos los ojos estaban fijos en nosotros. La condesa preludió, y el conde comenzó; aquella era otra voz, aquel era otro hombre, y cuando comenzó «la ci darem la mano,» me estremecí creyendo que me habia equivocado, pues no podia creer que la voz poderosa que acababa de aterrarnos con la melodía de Schubert pudiera doblegarse á entonaciones de una alegría tan delicada y

graciosa. Así feé, que desde la primera frase corrió por la sala un murmullo de aplauso, y cuando á mi vez dije temblando «vorrei e non vorrei mi trema un poco il cor», habia en mi voz tal espresion de temor, que estallaron los aplausos contenidos, y luego de repente sucedió un silencio profundo para oirnos. Yo no puedo deciros cuánto amor habia en la voz del conde cuando pronunció el «vieni mi bel delecto» y cuánta seducción y promesas empleó en la frase «io cangierò tua sorte:» todo esto era tan aplicable á la situación de mi alma, que efectivamente me sentí próxima á desmayar al decir: «presto non più forte». En este momento sentí que el conde se me acercaba; su mano tocó la mia; un velo de llamas se corrió delante de mis ojos, y tuve que asirme á la silla de la condesa para no caer: gracias á este apoyo, pude tenerme en pié; pero cuando digimos juntos «andiamo, andiam, mio bene,» sentí su aliento rozar por mis cabellos, correr por mis hombros, y pasando un estremecimiento por mis venas, lanzé al pronunciar la palabra «amor» un grito, en el cual se agotaron todas mis fuerzas, y me desmayé....

Mi madre corrió á mí; pero habria llegado tarde si la condesa no me hubiese recibido en sus brazos. Mi desmayo fué atribuido al calor, y me llevaron á una sala inmediata, donde me hicieron respirar sales, rociándome el rostro con algunas gotas de agua fria. Volví en mí, y Mad. de M... insistió por hacerme volver al baile; pero yo no quise escuchar nada: y como mi madre fué de mi parecer, pedimos nuestro coche, y volvimos á casa.

Al instante me retiré á mi cuarto, y al quitarme mi guante, dejé caer un papel que habia sido deslizado dentro durante mi desmayo; lo recojí, y leí estas palabras, escritas con lapiz: «¡Me amais... ¡Gracias, gracias!»



IX.

Pasé una noche horrible; noche de sollozos y de lágrimas. Vosotros los hombres no sabéis ni sabreis jamás cuáles son las angustias de una jóven, educada á la vista de su madre, cuyo corazon, puro como el hielo, no ha marchitado aun ningun aliento: cuya boca no ha pronunciado jamás la palabra

amor, y que se ve de repente como un pobre pájaro sin defensa, cogido y envuelto en una voluntad mas poderosa que su resistencia; que siente una mano que la arrastra, y que oye una voz que le dice: «Me amais,» antes que ella haya dicho: «Os amo.»

¡Oh, os lo juro! Yo no sé cómo sucedió el que no me volviese loca durante aquella noche: me creí perdida, y repetia incesantemente en voz baja: «¡Le amo, le amo!..» y esto con un terror tan profundo, que aun hoy mismo no sé si era presa de un sentimiento completamente contrario al que creia sentir. Sin embargo, era probable que todas estas emociones que habia sentido fuesen pruebas de amor, puesto que el conde las interpretaba de este modo. Para mí eran las primeras sensaciones de aquella naturaleza que experimentaba. Habíanme dicho que no se debía temer ni odiar sino á las personas que nos hubiesen hecho mal, y por tanto yo no podia odiar ni temer al conde; y si el sentimiento que experimentaba por él no era ni el temor ni el odio, debía ser por consiguiente el amor.

La mañana siguiente, en el momento en que nos sentábamos á la mesa para almor-

zar, recibió mi madre dos tarjetas del conde Horacio de Beuzeval: enviaba á informarse de mi salud, y á preguntar si mi indisposicion habia tenido consecuencias. Este paso, por mas de mañana que fuese dado, pareció á mi madre una sencilla manifestacion de urbanidad, pues cantando el conde conmigo cuando sufrí el accidente, esta circunstancia escusaba su premura. Solo entonces fue cuando advirtió mi madre que yo parecia fatigada y molesta, y se inquietó al principio; pero yo la tranquilicé diciéndole que no sentia ningun dolor, y que por otra parte el aire y la tranquilidad del campo me repondrian si gustaba que volviésemos al castillo. Mi madre no tenia mas voluntad que la mia, y ordenando que engancharsen el carruaje, marchamos á las dos de la tarde.

Huí de Paris con la presteza con que cuatro dias antes habia huido del campo; porque mi primer pensamiento al ver las tarjetas del conde fué que se presentaria en persona cuando llegase la hora de las visitas. Yo queria huir, yo queria no verlo mas; despues de la idea que habia formado de mí; despues de la carta que me habia escrito,

me parecia que moriria de vergüenza si me encontraba con él. Todos estos pensamientos que se agitaban en mi cabeza hacian pasar por mis mejillas rubores tan súbitos y tan ardientes, que mi madre creyó me faltaba aire en aquel carruaje cerrado, y mandó al cochero que parase, á fin de que ella cayó bajase la montera. Eran los últimos dias de setiembre; es decir, el momento mas dulce del año. Hay en el otoño algo de la primavera, y los últimos perfumes del año se parecen alguna vez á sus primeras emanaciones. El aire, el espectáculo de la naturaleza, todos los rumores del bosque, que forman uno solo, prolongado, melancólico, indefinible, comenzaban á distraer mi ánimo, cuando de repente, en una de las revueltas del camino, distinguí á lo lejos un caballero. Aunque estaba todavía á mucha distancia, así el brazo de mi madre con la intencion de decirle que volviésemos á Paris, porque habia reconocido al conde; pero me contuve al instante. ¿Qué pretesto daria á este cambio de voluntad, que pareceria un capricho sin razon alguna? Hice un esfuerzo, y adquirí todo mi valor.

El caballero iba al paso, y así fué que lo

alcanzamos al instante. Como ya he dicho, era el conde.

Apenas nos reconoció, se acercó á nosotras, y se escusó por haber mandado tan de mañana á preguntar por mí; pero debía salir para la quinta de Mr. de Luciennes, donde iba á pasar algunos dias y no habia querido salir de Paris con la inquietud en que estaba. Yo dije balbuceando algunas palabras, y mi madre le dió las gracias.—«Tambien nosotras volvemos al campo, le dijo ella, por el resto del otoño.—Entonces, repuso el conde, me permitireis que os sirva de escolta hasta el castillo.» Mi madre se inclinó sonriendo, pues le parecia una cosa muy sencilla, estando nuestra casa de campo tres leguas mas cerca que la de Luciennes, y siendo el mismo el camino...

El conde continuó, pues, galopando al lado de nuestro coche, durante las tres leguas que aun teniamos que andar. La rapidez de nuestra carrera, y la dificultad de ir junto á la portezuela, hizo que solo cambiásemos algunas palabras.

Cuando llegamos al castillo, se apeó del caballo, ayudó á mi madre á bajar, y luego me ofreció la mano para lo mismo. Yo no

podia rehusar, y se la di temblando; él la tomó sin afectacion como la de cualquiera otra, pero sentí que me dejaba en ella un billete. Antes que yo pudiera decir una palabra ni hacer un movimiento, ya el conde se habia vuelto hácia mi madre y la saludaba: despues montó á caballo, resistiendo á las instancias que se le hacian para que descansara un instante, y tomando el camino de Luciennes, donde segun decia era esperado, desapareció al cabo de algunos minutos.

Yo permanecí inmóvil en el mismo sitio, teniendo el billete con mis dedos crispados, sin atreverme á dejarlo caer, y resuelta sin embargo á no leerlo. Mi madre me llamó: ¿qué hacer del billete? No habia fuego donde quemarlo, y como rompiéndolo podian encontrar los pedazos, lo oculté debajo de mi cinturon.

No conozco un suplicio semejante al que sufrí cuando entré en mi aposento: el billete me quema el pecho, y parecia que un poder sobrenatural hacia cada una de sus líneas legible para mi corazon; aquel papel tenia una virtud magnética. En el momento de recibirlo, ciertamente lo hubiera roto ó quemado sin vacilar; pero cuando entré en

mi cuarto ya no tuve calor. Despedí á mi doncella diciéndole que yo me desnudaría sola, y luego me senté sobre la cama, permaneciendo así una hora, inmóvil, con los ojos fijos, y el billete arrugado en la mano.

Al fin lo abrí, y leí:

«Me amais, Paulina, pues huís de mí. Ayer dejásteis el baile en que yo estaba; hoy salís de la ciudad en que estoy; pero todo es inútil. Hay destinos que pueden no encontrarse nunca, pero que si una vez se encuentran, ya no deben separarse jamas.

»Yo no soy un hombre como los demas: á la edad del placer y de la alegría ya he pensado y sufrido mucho: tengo veinte y ocho años, y vos sois la primera mujer á quien he amado; porque os amo; Paulina.

»Gracias á vos, si Dios no quiebra esta última esperanza de mi corazon, olvidaré mi pasado y esperaré en el porvenir. Lo pasado es la única cosa para quien Dios no tiene poder ni el amor sus consuelos. El porvenir es de Dios, lo presente es nuestro; pero lo pasado es la nada. Si Dios, que todo lo puede, pudiera dar olvido para lo pasado, no habria en el mundo ni blasfemos, ni materialistas, ni ateos.

»Todo lo he dicho ya, Paulina: ¿qué os enseñaré que no sepais; qué os diré que no hayais adivinado? Ambos somos jóvenes, ricos, libres: yo puedo ser vuestro, vos podeis ser mia, y con una sola palabra vuestra, me dirijo á vuestra madre y somos unidos. Si mi conducta, como mi alma, está fuera de los hábitos del mundo, perdonadme lo que tengo de raro, aceptadme como soy, y me hareis mejor.

»Si, por el contrario de lo que espero, un motivo que no preveo, pero que sin embargo puede existir, continuais huyendo de mi, como lo habeis hecho hasta ahora, sabed que todo será inútil; á todas partes os seguiré como os he seguido; nada me une á un lugar mas que á otro, y todo, por el contrario, me arrastra á donde vos estais: ir delante ó detrás de vos será de hoy mas mi único objeto. Muchos años he perdido, y cien veces he arriesgado mi vida y mi alma por llegar á un resultado que no me prometia la misma felicidad.

»Adios, Paulina; no os amenazo, sino os imploro; yo os amo, vos me amais. Tened piedad de mi.»

Imposible me seria deciros lo que pasó por

mi despues de la lectura de esta estraña carta: parecíame ser presa de uno de esos sueños terribles en que nos amenaza algun peligro é intentamos huir; pero nuestros pies están fijos en la tierra, el aliento falta al pecho, queremos gritar, y la voz no tiene sonidos. Entonces el esceso del miedo rompe el sueño, y despertamos con el corazon sobresaltado y la frente mojada de sudor.

Pero allí no tenia que despertarme, aquello no era un sueño, sino una realidad terrible que me asia con su poderosa mano y me arrastraba con ella: y sin embargo, ¿qué habia de nuevo en mi vida? Un hombre que habia pasado por ella, y nada mas: apenas si habia cambiado con él alguna mirada ó alguna palabra. ¿Qué derecho tenia, pues, de unir su destino al mio, y de hablarme casi como señor cuando yo no le habia concedido ni aun los derechos de amigo? Mañana podria no mirar ya á ese hombre, no hablarle, no conocerle. Pero no, no podia nada... era débil... era mujer, y le amaba.

¿Y acaso sabia yo alguna cosa? ¿Aquel sentimiento que yo experimentaba era el del amor? ¿Entra este en el corazon precedido de un terror tan profundo? Jóven é ig-

norante como yo era, ¿sabia por ventura lo que era amor? ¿Por qué no habia quemado aquella carta fatal antes de leerla? Recibiéndola, ¿no habia dado al conde el derecho de creer que yo le amaba? ¿Qué habia de hacer? Entregar la carta á mi madre, decirselo y confesárselo todo... ¿Pero confesarle qué? Terrores de niños, y nada mas. Y luego, ¿qué hubiera pensado mi madre á la lectura de semejante carta? Habria creido que yo animé al conde con alguna palabra, gesto ó mirada, pues sin esto, ¿con qué derecho me diria que yo le amaba? No, jamás osaré decir nada á mi madre.

Antes que todo era preciso quemar aquella carta. La acerqué á la bujia, se inflamó, y del mismo modo que todo lo que ecsistió y ya no ecsiste, pronto quedó reducida á una poca de ceniza. Luego me desnudé con ligereza, y me metí en la cama apagando las luces, á fin de ocultarme á mi misma en la oscuridad. ¡Oh! ¡Cómo á pesar de esta cerré los ojos, cómo apoyé las manos en mi frente, y cómo lo vi todo á pesar de este doble velo! La carta fatal estaba escrita en las paredes de mi aposento. Solo una vez la habia leído, y sin embargo, estaba tan profunda-

mente grabada en mi memoria, que cada línea, trazada por una mano invisible, parecia presentarse á medida que la anterior se borraba; así la leí y la releí diez y veinte veces en la noche. ¡Oh! os aseguro que entre aquel estado y la locura solo habia una barrera muy fácil de saltar y un velo muy débil que romper.

Ya de dia me dormí rendida de fatiga, y me desperté siendo ya tarde. Mi doncella me anunció que Mad. de Luciennes y su hija estaban en el castillo, y entonces me iluminó una idea repentina: yo debia decirlo toño á madama de Luciennes, que siempre habia sido buena para mí; en su casa habia visto al conde Horacio, que era amigo de su hijo; era pues ella la confidente mas á propósito para un secreto como el mio: Dios me la enviaba. En este momento se abrió la puerta, y apareció Mad. de Luciennes. ¡Oh! entonces creí verdaderamente en su mision, é incorporándome en el lecho, la tendí los brazos sollozando: ella vino á sentarse junto á mi.

—Vamos, niña, me dijo despues de un instante y separándome las manos con que me cubria el rostro: vamos, ¿qué es eso?

—¡Oh, soy muy desgraciada! exclamé yo.

—Las desgracias de tu edad, hija mia, son como las tormentas de primavera, que pasan pronto y dejan el cielo mas puro.

—¡Oh, si supiérais!

—Todo lo sé, me dijo la de Luciennes.

—¿Quién os lo ha dicho?

—El.

—¿Os ha dicho que yo le amaba?

—Me ha dicho que tenía esa esperanza al menos: ¿se engaña?

—Yo no sé, yo no conozco el amor sino de nombre; ¿cómo quereis que vea claro en mi corazon, y que en medio de la turbacion que experimento analice la sensacion que lo ha causado?

—Vamos, vamos; veo que Horacio ha leído mejor que vos.

Yo comencé á llorar.

—¡Pues bien! continuó Mad. de Luciennes; me parece que aqui no hay una gran causa de lágrimas. Hablemos razonablemente. El conde Horacio es jóven, guapo, rico, y esto es mas de lo que se necesita para escusar el sentimiento que os inspira. Tambien es libre, vos teneis diez y ocho

años, y seria un enlace conveniente bajo todos aspectos.

—¡Oh, señora!

—Está bien; no hablemos mas de eso: ya he sabido todo lo que queria saber; voy á ver á Mad. de Meulien, y os enviaré á Lucia.

—¡Oh! ¿Pero no le direis una palabra, no?....

—Descuidad, yo sé lo que tengo que hacer; hasta luego; enjugad esos hermosos ojos, y abrazadme...

Cinco minutos despues entró Lucia, me vestí, y bajamos al salon.

Encontré á mi madre seria, pero mas tierna aun que de ordinario. Mientras almorzamos me miró muchas veces con una expresion de tristeza inquieta. A las cuatro nos dejaron Mad. de Luciennes y su hija, y mi madre no me dijo una palabra ni sobre su visita ni sobre el motivo que la habia llevado. Por la noche, antes de retirarme á mi cuarto, fuí, como de costumbre, á abrazarla, y al acercar mis labios á su frente, ví que corrian lágrimas de sus ojos: entonces caí á sus rodillas ocultando mi cabeza en su pecho, y conciendo ella el sentimiento que dic-

taba mi accion, puso sus manos sobre mis hombros, y abrazándome dijo:

—Se feliz, hija mia; eso es todo lo que pido á Dios.

Dos dias despues pidió Mad. de Luciennes oficialmente mi mano.

Y seis semanas despues me casé con el conde Horacio.



X.

El matrimonio se efectuó en Luciennes, en los primeros días de noviembre, y en seguida volvimos á Paris al comenzar el invierno.

Todos juntos habitábamos la misma casa. Mi madre me habia dado veinte y cinco mil libras de renta por mi contrato de matrimonio; el conde habia declarado en él casi otro tanto, y quedaban á mi madre quince mil. Nuestra casa se encontró, pues, en el número, sino de las mas ricas, al menos de las mas elegantes del barrio Saint Germain.

Horacio me presentó dos de sus amigos, á

quienes me suplicó recibiese como hermanos: seis años hacia que estaban unidos con una amistad tan íntima, que se había dado en la costumbre de llamarlos los inseparables. Otro amigo, á quien echaban de menos todos los días, y de quien hablaban sin cesar, se había muerto en el mes de Octubre del año anterior cazando los Pirineos, donde tenía un castillo. No puedo revelaros el nombre de estos dos hombres, y ya comprenderéis por qué al fin de mi relacion; pero como muchas veces tendré que designarlos, llamaré al uno Enrique y al otro Max.

No os diré que fuí feliz; el sentimiento que experimentaba por Horacio me ha sido y me será siempre inesplicable: hubiérase dicho que era un respeto mezclado de temor; que era la impresion que por punto general producía en todos los que á él se acercaban. Aquellos dos amigos suyos, por libres y familiares que fuesen con él, le contradecian rara vez, y siempre cedian, si no como á un amo, al menos como á un hermano mayor. Aunque diestros en los ejercicios del cuerpo, estaban lejos de tener su fuerza. El conde habia trasformado la sala de billar en una sala de armas, y consagrado al tiro al blan-

co una de las avenidas del jardín, donde todos los días se ejercitaban aquellos señores en la espada ó en la pistola. Alguna vez asistia yo á estas justas : Horacio era entonces mas bien su profesor que su adversario , y guardaba en los ejercicios aquella calma terrible de que le habia visto dar una prueba en casa de Mad. de Luciennes ; y muchos duelos de que habia salido con ventajas atestiguaban que esa sangre fria , tan rara en los momentos supremes , no le abandonaba jamás en el terreno. ¡Cosa rara! Horacio permanecia para mi, á pesar de la indentidad, siendo un ser superior á todos los otros hombres.

El si parecia feliz, ó al menos afectaba repetir que lo era , aunque muchas veces su anublada frente atestiguase lo contrario. Otras tambien agitaban su sueño pesadillas terribles , y entonces aquel hombre , tan tranquilo y valiente de día , tenia , si despertaba en medio de semejantes sueños, instantes de terror, en los que temblaba como un niño. Atribuia la causa de esto á un accidente que acaeció á su madre durante su preñez: detenida en la sierra por unos ladrones, habia sido atada á un árbol y visto de-

gollar á un viajero que llevaba el mismo camino que ella; de lo cual resultó, que habitualmente se le presentaban en sus sueños escenas de robos y de vandalismo. Asi era que, mas bien para evitar la repeticion de estos sueños que por un temor real, ponía antes de acostarse á la cabecera de su cama un par de pistolas al alcance de su mano. Esto me causó al principio un gran terror, porque siempre temia que hiciese uso de sus armas en un esceso de somnambulismo; mas poco á poco me tranquilicé, y contraje la costumbre de verle tomar esas precauciones. Otra mas estraña aun, y de la cual ahora solo me doy cuenta, era que tenia constantemente, de dia y de noche, un caballo ensillado y dispuesto á marchar.

El invierno pasó en medio de fiestas y de bailes. Horacio estaba muy relacionado, y unidas sus amistades á las mias, habian doblado el círculo de nuestros conocimientos. A todas partes me acompañaba con una complacencia estremada, y, cosa que sorprendia á todo el mundo, habia dejado enteramente de jugar. En la primavera nos marchamos al campo. Allí encontramos todos nuestros recuerdos, y pasábamos los dias, mitad en

nuestra casa, mitad en la de los vecinos, continuando en ver á Mad. de Luciennes y á sus hijos como á una segunda familia para nosotros. Mi situacion de soltera apenas habia cambiado, y mi vida era casi la misma que antes: si este estado no era la felicidad, se parecia á ella de tal modo, que era muy fácil equivocarla. La única cosa que la turbaba momentáneamente eran aquellas tristezas sin causa de que veia cada vez mas acometido á Horacio, y aquellos sueños que cada dia eran mas terribles. Muchas veces me acercaba á él durante sus inquietudes del dia ó le despertaba en medio de sus sueños de la noche; pero desde que me veia tomaba su rostro aquella espresion tranquila y fria que tanto me habia chocado: no habia sin embargo que engañarse: la distancia era grande de aquella tranquilidad aparente á una dicha real.

Enrique y Max, los dos jóvenes de quienes os he hablado, vinieron á reunirse con nosotros en el mes de junio. Yo sabia la amistad que los unia á Horacio, y mi madre y yo los recibimos, ella como á hijos, yo como á hermanos, y los alojamos en habitaciones casi inmediatas á las nuestras: el con-

de hizo poner campanillas con un timbre particular que iban desde su cuarto al de ellos, y al revés, y ordenó que siempre hubiera tres caballos ensillados en lugar de uno. Díjome además mi doncella que había sabido por los criados que aquellos señores tenían la misma costumbre que mi marido, y que dormían con un par de pistolas á la cabecera del lecho.

Desde la llegada de sus amigos, Horacio se había dedicado casi enteramente á ellos. Sus distracciones eran las mismas que en París: carreras de caballos, asaltos de armas, y tiros de pistola. Así pasó el mes de julio, y á mediados de agosto anunció el conde que se veía obligado á dejarme por dos ó tres meses: esta era la primera separación desde nuestro matrimonio, y me asusté de sus palabras. El conde pretendió tranquilizarme, diciéndome que aquel viaje, que tal vez creía á remota parte, era á una de las provincias de Francia mas inmediatas á París; es decir, á Normandía: iba con sus amigos al castillo de Burey. Cada uno de ellos poseía una casa de campo: uno en la Vendée, otro entre Tolon y Niza, el que había muerto tenía la suya en los Pirineos, y el conde

Horacio en la Normandía; de suerte que todos los años se recibían sucesivamente durante la estación de la caza, y este tocaba el turno á Horacio.

Yo me ofrecí á acompañarle para hacer los honores de su casa; pero el conde me respondió que el castillo solo era un punto de reunion de cacería, mal provisto y amueblado, y solo bueno para cazadores acostumbrados á vivir lo mismo bien que mal, mas no para una mujer habituada á todo el lujo de una vida elegante. Por lo demas, daría órdenes para que se hicieran las reparaciones necesarias, á fin de que el año próximo pudiese acompañarlo, y hacer, como noble castellana, los honores de su fortaleza.

Este incidente, por mas sencillo y natural que pareció á mi madre, me inquietó de una manera horrible. Yo no le habia hablado jamás de las tristezas y terrores de Horacio; pero, cualquiera esplicacion que hubiese intentado darme de ellos, siempre me habrian parecido poco naturales, porque suponía en ellos otro motivo que el conde no podia ó no queria decir. Sin embargo, hubiera sido tan ridículo en mí atormentarme por una ausencia de tres meses, y tan extraño insis-

tir en acompañar á Horacio, que encerré mi inquietud dentro de mi misma, y no hablé mas del viaje.

Llegó el día de la separacion, que era el 27 de agosto. Aquellos señores querian estar en Burey el 1.º de setiembre y partian en silla de posta haciéndose seguir de sus caballos, conducidos por el malayo, que debia alcanzarlos en el castillo.

En el momento de la marcha, no pude menos de prorrumpir en lágrimas; llevé á Horacio á un aposento y le supliqué por última vez me llevase consigo, manifestándole mis temores desconocidos, y recordándole sus tristezas incomprensibles.

A estas palabras le subió la sangre al rostro, y por la vez primera ví que me manifestaba impaciencia; pero se reprimió al instante, y hablándome con la mayor dulzura, me prometió que si el castillo estaba habitable, lo cual dudaba, me escribiria para que fuese á reunirme con él. Conté con esta promesa y con esta esperanza, y lo vi marchar mas tranquilo de lo que yo esperaba.

Sin embargo, fueron horribles los primeros días de nuestra separacion; y no obstante, repito que aquello no era un dolor de amor

sino un presentimiento vago, continuo, de una gran desgracia. Al dia siguiente recibí una carta de Horacio, fechada en Caen, donde se habia detenido para comer, y donde habia querido escribirme recordando el estado de inquietud en que me dejara. La lectura de la carta me habia hecho algun bien, cuando la última palabra renovó todos mis temores, tanto mascruels cuanto eran reales para mí sola, aunque todos hubieran parecido quiméricos; en vez de decirme «hasta mas ver,» el conde me decia «adios;» el ánimo afectado se fija en las cosas mas pequeñas, y al leer esta palabra estuve á punto de desmayarme.

Recibí otra carta del conde, fechada en Burey, cuyo castillo habia encontrado en una ruina espantosa; apenas habia un aposento donde no penetrasen el viento y la lluvia, y en consecuencia era inútil que yo pensase en reunirme con él por aquel año: no se por qué, esperaba esta carta, y me hizo por tanto menos efecto que la primera.

Algunos dias despues leimos en nuestro diario la primera noticia de los asesinatos y robos que asustaban la Normandía sobre lo cual nos dijo tambien algunas palabras una

tercera carta del conde; mas no parecia que diese á estos rumores la importancia que le atribuian los papeles públicos. Yo le respondí que volviera lo mas pronto posible: aquellos rumores me parecian un principio de realizacion de mis presentimientos.

Pronto fueron mas terribles las noticias, y yo fui quien á mi vez tuve tristezas súbitas y sueños espantosos. Ya no me atrevia á escribir á Horacio, pues mi última carta habia quedado sin respuesta, y fui á ver á Mad. de Luciennes que era mi consejera desde el dia en que se lo confié todo: le conté mi terror y mis presentimientos, y me dijo entonces lo que veinte veces me habia dicho mi madre; que el temor de encontrar desmantelado el castillo era lo único que habia impedido á Horacio llevarme, que ella sabia mejor que nadie cuánto me amaba. Esta certidumbre de que Horacio me amaba me decidió del todo, y resolví si el próximo correo no me anunciaba su pronta llegada, salir yo misma á buscarlo.

Recibí una carta; pero lejos de hablarme en ella de vuelta, me decia Horacio que estaba en la precision de permanecer aun seis semanas ò dos meses lejos de mí: su carta

estaba llena de protestas de amor, y eran necesarios los antiguos compromisos que tenia con sus amigos para no volver, y la certidumbre de que yo estaria fatalmente en aquellas ruinas para no decirme que fuese en su busca: si hubiera podido vacilar aun, esta carta me habria determinado, y al instante dije á mi madre que Horacio me autorizaba para irme con él, y que partiria á la mañana siguiente: mi madre quiso acompañarme, y me costó el mayor trabajo hacerla comprender que, si Horacio temia por mí, con mas razon temeria por ella.

Salí en posta con mi doncella, que era de Normandía, y al llegar á Saint-Leurent-du-Mont me pidió permiso para pasar tres ó cuatro dias con su familia en Crevecoeur, y se lo concedí, sin pensar que tendria mayor necesidad de su servicio cuando llegase á un castillo que solo estaba habitado por hombres; pero tambien queria yo probar á Horacio que habia hecho mal en dudar de mi estoicismo.

A las siete de la noche llegué á Caen, y sabiendo el maestro de postas que una mujer que viajaba sola pedia caballos para continuar hasta el castillo de Burey, se acercó

á la portezuela, é insistió tanto en que pasase la noche en la ciudad y que continuaria la mañana siguiente, que cedí. Además, llegaría al castillo á una hora en que todos dormirían, y tal vez también, gracias á los sucesos en cuyo centro se hallaba, las puertas estarían cerradas: este motivo, mas bien que el miedo, me determinó á pasar la noche en la posada.

Las noches comenzaban á ser frías, y mientras me preparaban un cuarto, entré en la sala del maestro de postas. Entonces la posadera, para no dejarme ningun sentimiento por la resolución que habia tomado y por la tardanza consiguiente, me contó todo lo que pasaba en el país desde hacia quince dias ó tres semanas, y como nadie salia un cuarto de legua de la ciudad desde que anochea.

Pasé una noche horrible: á medida que me acercaba al castillo, perdía mi tranquilidad. Tal vez el conde habia tenido otros motivos para alejarse de mi que los que me dijera; y entonces, ¿cómo acogeria mi presencia? Mi llegada, súbita é inesperada, era una desobediencia á sus órdenes, una infracción contra su autoridad: aquel gesto de impaciencia

que no pudo contener, ¿no indicaba una resolución irrevocablemente tomada? Un instante pensé escribirle que estaba en Caen, y esperar que viniese á buscarme; pero todos mis temores, inspirados y mantenidos por mi velada febril, se disiparon cuando hube dormido algunas horas y cuando el sol vino á iluminar mi aposento. Diez minutos después ya estaba en marcha.

Eran las nueve de la mañana cuando paró el postillon á dos leguas de Buisson, y me enseñó el castillo de Burey, cuyo parque se distinguía, porque avanza hasta doscientos pasos del camino real. Me preguntó si iba con efecto á aquel castillo, y respondiéndole afirmativamente, entramos por sus tierras. La puerta estaba cerrada, y llamamos muchas veces sin que nos respondieran. Ya comenzaba á arrepentirme de no haber anunciado mi llegada, pues el conde y sus amigos podían haber ido á alguna partida de caza: en este caso, ¿qué iba á hacer yo en aquel castillo solitario, cuyas puertas ni aun siquiera podía hacerme abrir? ¿Tendría que esperar á que volviesen en una miserable posada? En medio de mi impaciencia bajé del coche, y yo misma llamé con fuerza: un

ser vivo apareció entonces entre el follaje de los árboles, y reconociendo al malayo, le hice señas de que me abriese.

No quise volver al carruaje, y seguí á pie la avenida: pronto vi el castillo, que á primera vista me pareció en bastante buen estado, y me lancé á la escalinata, entré en la antesala, oí hablar, empujé una puerta, y me encontré en el comedor enfrente de Horacio, que almorzaba con Enrique. Cada uno de ellos tenía á su derecha un par de pistolas.

Al verme el conde se levantó tan pálido, que cualquiera creeria que iba á desmayarse: yo estaba tan trémula, que solo tuve fuerza para tenderle los brazos, y ya iba á caermé, cuando el corrió á mí y me sostuvo.

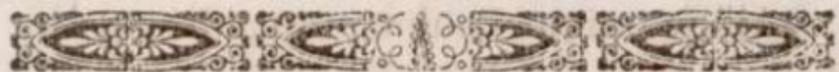
—Horacio, le dije; perdonadme; no he podido permanecer lejos de vos... era muy infeliz... estaba muy inquieta... y os he desobedecido.

—Y habeis hecho mal, dijo el conde con voz sorda.

—¡Oh! si quereis, exclamé asustada de su acento, volveré á marcharme al instante... Os he vuelto á ver... era todo lo que necesitaba...

—No, no, dijo el conde; ya que estais aquí, quedaos... quedaos, y sed bien venida.

Diciendo estas palabras me abrazó, y haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, volvió inmediatamente á aquella apariencia de calma que algunas veces me asustaba mas que hubiera podido hacerlo el semblante mas irritado.



XI.

Sin embargo, poco á poco se derritió aquel velo de hielo que el conde parecia haber corrido sobre su rostro, y luego me condujo al aposento que me destinaba, que era una sala completamente amueblada al gusto del tiempo de Luis XV.

—Si, la conozco, interrumpí yo; es la misma en que yo entré. ¡Dios mío! comienzo á comprenderlo todo...

—Allí, continuó Paulina, me pidió perdón por la manera con que me habia recibido; pero la sorpresa que la causára mi llegada inesperada, y el temor de las privaciones que yo iba á sufrir pasando dos meses en aquella vieja fortaleza, habian sido mas fuertes que él. Pero ya que todo lo habia arriesgado, él trataria de hacerme lo menos desagradable posible mi permanencia en el castillo; desgraciadamente para el mismo dia ó para el inmediato, tenia una partida de caza, y tal vez se veria obligado á dejarme por uno ó dos dias; pero no se comprometeria mas á obligaciones de este género, y buscaria un pretesto para rehusarlas. Yo le respondí que era completamente libre, y que no habia ido para estorbar sus placeres, sino para tranquilizar mi corazon, asustado por el rumor de aquellos asesinatos. El conde se sonrió.

Como estaba cansada del viaje, me asusté, me dormí. A las dos entrò el conde en mi cuarto, y me preguntó si queria dar un paseo por el mar; el dia era soberbio, y acepté.

Bajamos al parque, al cual atravesaba el Orne. En una de las orillas de este riachue-

lo habia una linda barca amarrada , de forma larga y estraña , y preguntó la causa. Horacio me dijo que estaba hecha por el modelo de las de Java , y que este género de construccion aumentaba mucho la celeridad. Entramos en ella Horacio , Enrique y yo; el malayo tomó los remos , y comenzamos á andar rápidamente con el auxilio de la corriente. Al entrar en la mar , Horacio y Enrique desplegaron la veia triangular que estaba liada al rededor del mástil , y sin necesidad de los remos , marchamos con una rapidez extraordinaria.

Era la vez primera que yo veia el Océano; este espectáculo magnífico me absorbió de tal modo , que no adverti que bogábamos hácia una barquilla que nos habia hecho señales , ni salí de mi distraccion hasta que oí la voz de Horacio que gritaba á uno de los hombres de la barca:

—¡Hola , señor marinero! ¿Qué hay de nuevo en el Havre?

—Nada de particular , á fe mia , respondió una voz que me era conocida: ¿y en Burey?

—Ya lo ves; un compañero inesperado que nos ha venido; una antigua conocida tuya; Mád. de Beuzeval: mi mujer.

—¡Cómo: Mad. de Beuzeval! dijo Max, á quien reconocí entonces.

—La misma; y si lo dudas, amigo, ven á presentarle tus respetos.

La barca se acercó: Mas la tripulaba con dos marineros; llevaba un traje elegante de tul, y una red al hombro, que se disponia á echar al mar. Cuando llegó cambiamos algunas palabras de urbanidad; luego dejó caer su red, saltó á nuestra canoa, habló un instante en voz baja con Enrique, me saludó, y se volvió á su barca.

—¡Buena pesca! le gritó Horacio.

—¡Buen viaje! respondió Max: y la barca y la canoa se separaron.

La hora de comer se acercaba, y volvimos á la embocadura del rio; pero el flujo se habia retirado, y no tenia ya bastante agua para llevarnos al parque; por tanto nos vimos obligados á desembarcar en la orilla y seguir por la playa.

Llevamos el mismo camino que vos hicisteis tres ó cuatro noches despues: en fin, entramos en la abadía; vi el claustro y su pequeño cementerio; seguí el corredor, y al otro lado de un bosquecillo me encontré en el parque.

La noche pasó sin ninguna circunstancia notable: Horacio estuvo muy alegre, y habló de hacer ciertas mejoras para el invierno próximo en nuestra casa de Paris, y de un viaje para la primavera: queria llevarnos á Italia á mi madre y á mi, y tal vez comprar en Venecia uno de sus viejos palacios de mármol, á fin de pasar allí las temporadas de Carnaval. Enrique estaba menos comunicativo, y parecia preocupado é inquieto al menor ruido. Todos estos detalles, á los cuales apenas di atencion en el momento, se representaron mas tarde en mi espíritu con todas sus causas, que entonces me eran desconocidas, y que me hizo comprender despues su resultado.

Nos retiramos dejando á Enrique en el salon, pues tenia que escribir, segun nos dijo, y le llevaron plumas y tinta.

Cuando estábamos almorzando al dia siguiente, oimos llamar de una manera particular á la puerta del parque.— «¡Max!....» dijeron á un tiempo Horacio y Enrique: en efecto; este entró inmediatamente en el patio al galope tendido de su caballo.

—¡Ah! ya estás aquí! dijo riendo Horacio; me alegró mucho verte; pero otra vez trata

mejor mis caballos, pues mira el estado en que has puesto á este pobre Pluton.

—Temia no llegar á tiempo, respondió Max: y volviéndose en seguida hácia mi, me dijo: «Señora, escusadme si me presento así, con botas y espuelas, delante de vos; pero Horacio ha olvidado, y lo concibo muy bien, que tenemos hoy una partida de caza con unos ingleses (Max apoyó esta palabra); ayer tarde han llegado espresamente en el vapor; de suerte que es necesario que no tardemos nosotros faltando á la palabra dada.

—Muy bien, dijo Horacio; allá vamos.

—Sin embargo, repuso Max dirigiéndose á mi: yo no sé si ahora podremos cumplir nuestra promesa, pues esta caceria es demasiado dura para que la señora nos acompañe.

—Tranquilizaos, señores, me apresuré á responder; yo no he venido aquí para ser un obstáculo á vuestros placeres: id, y yo guardaré la fortaleza en ausencia vuestra.

—Ya lo ves, dijo Horacio; Paulina es una verdadera castellana de los tiempos pasados. Verdaderamente no le faltan mas que un séquito y pajes, pues ni siquiera tiene donce-

lla, habiéndose quedado en el camino la suya, que no estará aquí hasta dentro de ocho días.

—Por lo demas, dijo Enrique, si tú quieres quedarte en el castillo, nosotros te escusaremos para con los insulares; nada mas fácil.

—No, repuso con viveza el conde; olvidais que soy yo quien mas comprometido está en la apuesta, y que es preciso que la sostenga en persona. Ya os lo he dicho, Paulina nos escusará.

—Enteramente, dije yo; y para dejaros en toda libertad, me voy á mi aposento.

—Allá iré yo dentro de un instante, me dijo Horacio; y acercándose á mi con encantadora galantería, me condujo hasta la puerta, y me besó la mano.

Subí á mi cuarto, y á poco me siguió Horacio, que ya estaba en traje de caza y que venia á despedirse de mi. Bajé con el hasta el peristilo, y saludé á aquellos señores, que insistieron otra vez en que Horacio se quedase conmigo. Pero yo exigí que los acompañase, y partieron al fin, prometiéndome estar de vuelta al dia siguiente.

Quedé sola en el castillo con el malayo;

esta singular compañía tal vez hubiera asustado á otra mujer ; pero yo sabia que este hombre era enteramente adicto á Horacio desde el dia en que fué al ataque de la tigre con su puñal: subyugado por la admiracion poderosa que las naturalezas primitivas tienen por el valor, lo habia seguido de Bombay á Francia, y no lo habia abandonado despues ni un momento. Hubiera estado tranquila á tener solo por causa de inquietud su aspecto salvaje y su raro vestido; pero me veia en medio de un pais que hacia algun tiempo era el teatro de los accidentes mas inau litos, y aunque yo no hubiese oido hablar de ellos ni a Horacio ni á Enrique, que despreciaban ó afectaban despreciar semejantes peligros, aquellas historias lamentables y sangrientas volvieron á mi espíritu en el momento en que me vi sola; mas como nada tenia que temer durante el dia, bajé al parque, y resolví ocupar la mañana en visitar los alrededores del castillo que iba á habitar por dos meses.

Mis pasos se dirijieron naturalmente hácia la parte que ya conocia, y visité de nuevo las ruinas de la abadía, aunque esta vez en detall. Vos las habeis explorado, y no

necesito describíroslas. Salí por el pórtico arruinado, y pronto llegué á la colina que domina al mar.

Era la segunda vez que veia este espectáculo, que nada habia perdido aun de su poder, y por eso permanecí dos horas sentada é inmóvil contemplándolo. Al cabo de este tiempo me levanté con pena, pero queria ver las otras partes del parque, y adelantándome hácia el riachuelo, vi amarrada á la orilla la barca que nos sirvió para el paseo de la víspera, aparejada de modo que pudiese servir en el primer momento. Esto me recordó, no sé por qué, aquel caballo que siempre estaba ensillado en la cuadra, aquella eterna desconfianza de Horacio que compartia con sus amigos, y aquellas pistolas que nunca se apartaban de la cabecera de su lecho. Al mismo tiempo que parecia despreciar el peligro, tomaba precauciones contra él. ¿Si dos hombres creian no poder almorzar sin armas, cómo me dejaban sola á mí, que no tenia ninguna defensa? Todo esto era incomprensible, y por lo mismo, por mas esfuerzos que hiciera para desechar estas ideas siniestras de mi espíritu, siempre volvian á él sin cesar. Pensaba todo es-

to al mismo tiempo que andaba , y pronto me encontré en lo mas espeso del bosque: en medio de él se alzaba un pabellon aislado y perfectamente cerrado , al cual di una vuelta; pero puertas y ventanas estaban tan hábilmente unidas, que nada pude ver á pesar de mi curiosidad. Me prometí dirigirme hácia este sitio la primera vez que saliera con Horacio, pues si el conde no se oponia, queria yo hacer de este pabellon un gabinete de labor para mí, pues su situacion lo hacia completamente apto para este destino.

Volví al castillo: despues de la exploracion exterior, vino la visita interior: el aposento que yo ocupaba daba por un lado al salon, y por el otro á la biblioteca: un corredor dividia en dos partes el cuerpo del edificio. Mi aposento era el mas completo; todo lo demas estaba dividido en una docena de habitaciones pequeñas de antesala, sala y gabinete, todo muy habitable, á pesar de lo que me habia escrito el conde.

Como la biblioteca me parecia el mas seguro contraveneno para la soledad y fastidio que me esperaban, resolví desde luego hacer conocimiento con los recursos que podia ofrecirme, y vi que se componia en gran par-

te de novelas del siglo xviii, que anunciaban que los antecesores del conde tuvieron un gusto decidido por la literatura de Voltaire, de Crevillon hijo y de Marivaux; además había algunos de química, de historia y de viajes, y entre estos últimos noté una hermosa edición inglesa de la obra de Daniel sobre la India, á la cual resolví hacer compañera de la noche, pues no esperaba dormir. Tomé un volúmen, y lo llevé á mi cuarto.

Cinco minutos despues llegó el malayo á avisarme por señas que estaba la comida, y bajando encontré la mesa puesta en aquel inmenso comedor. No puedo espresaros el sentimiento de temor y de tristeza que se apoderó de mí cuando me vi obligadada á comer sola, alumbrada por dos bugías, cuya luz se apagaba en las profundidades del aposento, y permitia que la sombra diese á los objetos las formas mas estrañas. Esta sensacion penosa se aumentaba con la presencia de aquel servidor á quien no podia comunicar mis deseos sino por señas, á las cuales, por otra parte, obedecia con una prontitud é inteligencia que hacian mas fantástica aun aquella estraña comida. Muchas veces tuve ganas de hablar, aunque supiese que él no

podia comprenderme; pero, como los niños que no se atreven á gritar en las tinieblas, temia oír el sonido de mi propia voz. Cuando sirvió los postres, le hice señas para que encendieran un buen fuego en mi cuarto, pues la llama del hogar es la compañía de los que no la tienen: además, pensaba acostarme lo mas tarde posible, porque sentia un temor en que no pensara durante el dia, y que habia venido con las tinieblas.

Cuando me vi sola en aquel inmenso comedor, se aumentó mi terror, y me pareció ver agitarse las cortinas blancas que colgaban delante de las ventanas, semejantes á sudarios: sin embargo, no era el temor á los muertos el que me agitaba: los monjes y los abades cuyas tumbas habia pisado, dormian su sueño bendito, unos en el claustro, otros en el cementerio; pero todo lo que habia leído en los periódicos; todo lo que me habian contado en Caen, se representaba á mi espíritu y me estremecia al menor ruido. El único que oia, sin embargo, era el movimiento de las ojas, el murmullo lejano del mar, y el rumor monótono y melancólico del viento que se rompe en los ángulos de los grandes edificios, y que retumba en las chimeneas

como el vuelo súbito de una bandada de pájaros nocturnos. Así permanecí inmóvil por espacio de diez minutos, no atreviéndome á mirar ni á derecha ni á izquierda, cuando oí un ligero rumor detras de mí; era el malayo, que cruzó sus manos sobre el pecho y se inclinó; modo suyo de anunciar que estaban cumplidas las órdenes que se le dieran. Tomó las bugías, y marchó delante de mí: el aposento estaba perfectamente preparado para la noche por mi singular doncella que puso las luces sobre la mesa y me dejó sola.

Mi deseo estaba ejecutado al pie de la letra; un fuego inmenso ardia en la gran chimenea de mármol blanco, cuya luz se deramaba en el aposento, y le daba un aspecto alegre que contrastaba tanto con mi terror, que comenzó á desvanecerse. Este aposento estaba tapizado de damasco encarnado con flores, y adornado el techo y las puertas de una multitud de arabescos caprichosos que representaban danzas de faunos y sátiros, cuyas fisonomías grotescas reian al reflejo dorado de la chimenea. No estaba tranquila, sin embargo, al tiempo de acostarme, y como por otra parte apenas

eran las ocho , sustituí un peinador á mi vestido, y como habia notado que el tiempo era hermoso, quise abrir la ventana á fin de acabar de tranquilizarme con el aspecto tranquilo y sereno de la naturaleza dormida; mas por una precaucion que creo puedo esplicar atribuyéndola á los rumores de asesinato que corrian por los contornos, los postigos estaban cerrados por dentro. Volví, pues, á sentarme á la mesa junto á la chimenea, disponiéndome á leer el viaje á la India, cuando al fijar los ojos en el volumen, noté que habia tomado el tomo segundo en lugar del primero. Salí á cambiarlo; pero á la entrada de la biblioteca me acometió de nuevo el terror, y vacilé un instante; mas teniendo vergüenza de un miedo tan infantil , abrí atrevidamente la puerta , y me adelanté hácia el estante en que estaba el resto de la obra.

Al acercar la bujía á los otros tomos para ver los números , mis miradas penetraron por el hueco que dejara el que llevé por equivocacion, y vi brillar un botoncito de cobre, semejante á los que se ponen en las cerraduras. Muchas veces habia visto yo puertas secretas en las bibliotecas , y nada

mas natural que allí hubiese una de ellas; pero sin embargo, la direccion en que estaba hacia la cosa casi imposible: Las ventanas de la biblioteca eran las últimas del edificio, y el boton correspondia á la segunda ventana; de modo que una puerta practicada en este lugar, se abriria sobre el muro exterior.

Volví atras para ecsaminar si habia alguna señal que indicase una abertura; pero por mas que miré, nada vi. Entonces llevé la mano al boton, que resistió al principio, pero luego comenzó á ceder, y empujando mas fuerte, se escapó con ruido una puerta hácia mi, lanzada por un resorte. Esta puerta daba á una escalerilla de caracol practicada en el espesor del muro.

Ya comprendereis que tal descubrimiento no era cosa para calmar mi espanto. Metí la bujía, y vi que la escalera se sepultaba perpendicularmente: un instante tuve intencion de entrar en ella, y aun bajé dos escalones, pero me faltó el ánimo, y volviendo á la biblioteca, empujé la puerta, que cerró tan herméticamente, que, sabiendo y todo que ecsistia, no pude descubrir sus juntas. Al instante puse el tomo en su sitio, temiendo

notasen que le habia tocado, pues no sabia á quién interesaba aquel secreto; y tomando á la ventura otra obra, volví á mi cuarto, corrí el cerrojo de la puerta que daba á la biblioteca, y me senté al lado del fuego.

Los acontecimientos inesperados adquieren ó pierden de su gravedad, segun la disposicion del ánimo es triste ó alegre, ó segun las circunstancias mas ó menos críticas en que se encuentre. Nada mas natural que una puerta oculta en una biblioteca y una escalera de caracol practicada en el espesor de un muro; pero si se descubre esa puerta y esa escalera de noche, en un castillo aislado que se habita sola y sin defensa; si ese castillo se alza en medio de una comarca que todos los dias resuena con el rumor de un robo ó de un asesinato nuevo; si todo un misterioso destino os envuelve de algun tiempo atras; si funestos presentimientos os han estremecido veinte veces el corazon en medio de un baile, entonces todo se hace, si no realidad, al menos espectro y fantasma, y nadie ignora que el peligro desconocido es mil veces mas terrible que el material y fectivo.

Entonces fue cuando sentí en el alma la

licencia imprudente que diera á mi doncella. El terror es una cosa tan poco racional, que se escita ó se calma sin motivos plausibles. El ser mas débil, un perro que nos acaricia un niño que nos sonríe, aunque ni uno ni otro pueden defendernos, son en tal caso apoyos para el corazon, ya que no armas para el brazo. Si hubiera tenido á mi lado aquella jóven que no me abandonaba hacia cinco años, cuya adhesion y afecto conocia, sin duda habria desaparecido todo temor, al paso que, sola como estaba, me parecia que estaba sacrificada de antemano, y que nada podia salvarme.

Así estuve dos horas inmóvil con el sudor del miedo en la frente. Oí dar en el reloj las diez, despues las once, y á este ruido tan natural, me aferré con fuerza á lo brazos del sillón. Poco despues de las once me pareció oír la detonacion lejana de un pistoletazo, y me levanté apoyándome en la piedra de la chimenea; mas habiendo vuelto todo al silencio, volví á caer en el sillón con la cabeza inclinada hácia atrás. Así permanecí algun tiempo con los ojos fijos, sin atreverme á volverlos á ningun lado por miedo de que encontrasen alguna causa de temor real. De re-

mente me pareció, en medio de aquel absoluto silencio, que la verja que estaba enfrente del peristilo y que separaba el jardin del parque, rechinaba sobre sus goznes. La idea de que Horacio entraba desechó todo mi temor, y corrí á una ventana, olvidando que estaban cerrados los postigos: quise abrir la puerta del corredor, pero, fuese por torpeza ó por precaucion, el malayo la habia cerrado al retirarse: estaba presa.

Entonces recordé que las ventanas de la biblioteca daban, como las de mi cuarto, al prado; descorrí el cerrojo, y por uno de esos estraños movimientos que hacen suceder el mayor valor á la mayor debilidad, entré sin luz, porque los que llegaban á aquella hora no podian ser otro que Horacio y sus amigos. Los postigos estaban solo encajados, entreabrí uno, y á la claridad de la luna ví distintamente un hombre que acababa de abrir una de las hojas de la verja que tenia medio abierta, mientras que otros dos llevando un objeto que no pude distinguir, la atravesaban, cerrándola despues el primero.

Estos tres hombres no se dirigian hácia el peristilo, sino que daban vuelta al rededor del castillo, y como el camino que seguian

se acercaba á mí, comencé á reconocer la forma del bulto que llevaban, que era un cuerpo envuelto en una capa. Sin duda la vista de una casa que podia estar habitada dió alguna esperanza á aquel ó aquella que conducian, pues se trabó una especie de lucha debajo de mi ventana: en esta lucha se descubrió un brazo que estaba cubierto con una manga de vestido: no habia ya duda; la víctima era una mujer... Pero todo fué rápido como el relámpago: el brazo, asido vigorosamente por uno de los hombres, volvió á ocultarse debajo de la capa, y el objeto tomó la apariencia informe de un bulto cualquiera: despues todo desapareció en el ángulo del edificio y en la sombra de una calle de árboles que conducia al pequeño pabellon cerrado que habia descubierto la vispera en medio del bosquecillo de encinas.

No habia podido reconocer á los hombres, y todo lo que distinguí fué que iban vestidos de aldeanos: pero si eran en efecto lo que parecian ser, ¿cómo venian al castillo? ¿Cómo se habian procurado una llave de la verja? ¿Era aquello un rapto? ¿Era un asesinato? Nada sabia, pero ciertamente era una de esta dos cosas: era todo esto tan incompre-

sible y tan extraño, que algunas veces me preguntaba si no estaba yo bajo el imperio de un sueño; por lo demas, no oia ningun ruido, la noche proseguia su curso apacible y tranquilo, y yo permanecia en pie en la ventana, inmóvil de terror, no osando separarme de ella por miedo de que el ruido de mis pasos despertase el peligro, si habia alguno que me amenazára. De repente recordé aquella puerta oculta, aquella escalera misteriosa, y pareciéndome oir un rumor sordo por este lado, corrí á mi cuarto, cerré la puerta con cerrojo, y fuí á caer en mi sillón, sin notar que durante mi ausencia se habia apagado una de las bugias.

Esta vez no era ya un temor vago y sin causa el que me agitaba; en rededor mio rodaba algun crimen real, cuyos agentes habia visto con mis ojos, y á cada momento me parecia que iba á ver abrirse una puerta secreta: to los esos ruidos tan distintos durante la noche, que causa un mueble que cruge ó un ladrillo que se desune, me hacian saltar de espanto, y en medio del silencio oia latir mi corazón al compás de la péndola del reloj. En este momento la llama de la bugía, consumida, llegó al papel

picado que la rodeaba, y un resplandor momentáneo se esparció por toda la sala; luego fué decreciendo durante algunos segundos, y por último la mecha, sepultándose en la cavidad del candelero, se apagó de repente, y me dejó sin mas luz que la del hogar.

Miré si habia leña para alimentarlo, y nada vi: entonces acerqué los tizones unos á otros, y por un momento adquirió el fuego nuevo ardor; pero su trémula llama no era una luz propia para tranquilizarme; cada objeto se hacia movible como la luz nueva que lo alumbraba; las puertas vacilaban, las cortinas parecian agitarse, y anchassombras movientes pasaban por el techo y las tapicerías. Sentí que solo me preservaba de un desmayo mí mismo terror, y sonando en este momento el ruido que precede al toque de la campana de un reloj, dieron las doce en el de mi cuarto.

No podia pasar toda la noche en el sillón, pues ya me iba invadiendo el frio lentamente. Tomé la resolucion de acostarme vestida como estaba: llegué al lecho sin mirar atras, me deslizé debajo de la cobertura, y me tapé con ella la cabeza. Así estuve una hora, poco más ó menos, sin pensar siquiera

en la posibilidad del sueño. Toda mi vida me acordaré de esta hora; una araña tejía su tela en el artesonado de la alcoba, y yo oía el trabajo incesante de la obrera nocturna. De pronto cesó, interrumpido por otro ruido, y me pareció oír el leve rechinar que hizo la puerta de la biblioteca cuando empujé el botoncillo de cobre; saqué la cabeza de la ropa, y con el cuello erguido, conteniendo el aliento y la mano puesta en el corazón para impedir que latiese, esperé en silencio, dudando todavía.

Pero no me había engañado; el suelo crujió con el peso de un cuerpo, y unos pasos se acercaron tropezando con una silla; pero sin duda el que venía temió ser oído, porque de repente cesó todo ruido, y el silencio más absoluto le sucedió. La araña volvió á su tela... ¡Oh! todos estos detalles están en mi memoria como si aun estuviese allí acostada en aquel lecho, y en la agonía del terror.

Oí de nuevo un movimiento en la biblioteca, y pasos que se acercaban á la estantería, á cuyo lado correspondía mi lecho; una mano se apoyó en el tabique, y de este modo solo me separaba una tabla de aquel que llegaba de este modo. Creí oír deslizarse una

plancha... y me quedé inmóvil como si durmiese, pues el sueño era mi única arma; el ladrón, si acaso lo era, contando con que yo no podría verle ni oírle, me perdonaría tal vez, juzgando inútil mi muerte: mi rostro, vuelto á la tapicería, estaba en la sombra, lo cual me permitió conservar los ojos abiertos. Entonces vi moverse mis cortinas, una mano que las apartó lentamente, y despues una cabeza pálida que penetró. En este momento el último resplandor del hogar iluminó aquella aparicion: ¡reconocí al conde Horacio, y cerré los ojos!...

Cuando volví á abrirlos, la vision habia desaparecido: las cortinas del lecho se agitaban aun. Oí el tablon que se cerraba, el ruido decreciente de los pasos, despues el rechinar de las puertas, y por último todo quedó tranquilo y en silencio. No se cuanto tiempo permanecí de este modo sin movimiento ni respiracion; pero al apuntar el dia, destrozada por aquella noche dolorosa, caí en un letargo que se parecia al sueño.



XII.

El malayo me despertó llamando á la puer-
ta que yo habia cerrado por dentro; y como
estaba vestida, segun os he dicho, fuí á des-
correr los cerrojos; el doméstico abrió los
postigos, y entró en el aposento el dia y el
sol.

Era una de esas hermosas mañanas de otoño, en que el cielo, antes de cubrirse con su velo de nubes, da su última sonrisa á la tierra : estaba todo tan tranquilo en el parque, que casi comencé á dudar de mi misma. Sin embargo , los sucesos de la noche habian quedado tan vivos en mi corazon, que los mismos lugares que abarcaba mi vista me recordaban sus menores detalles. Vi la verja que se habia abierto para dar paso á los tres hombres y á la mujer ; la avenida que habian seguido ; sus pasos impresos en la arena, mas visibles en el lugar en que se habia defendido la víctima, pasos que seguian la direccion que ya he indicado , y que desaparecian en la calle de tilos. Quise ver entonces , para reforzar mas, si era posible, el testimonio de mis sentidos , si algunas nuevas pruebas se unian á estas; entré en la biblioteca ; el postigo estaba medio abierto como yo le habia dejado , una silla derribada en medio del aposento, que era la que habia oido caer , y acercándome á las morduras, vi la imperceptible ranura por donde se deslizaba la puerta secreta ; apoyé en ella la mano, y cedió ; pero en este momento se abrió la puerta de mi cuarto, y no

tuve tiempo mas que para cerrarla y tomar un libro de la biblioteca.

Era el malayo que venia á buscarme para aminorar, y le seguí.

Al entrar en el comedor me estremecí de sorpresa, pues contando con encontrar allí á Horacio, no solo no estaba, sino que vi un cubierto solo.

—¡No ha vuelto el conde! exclamé.

El malayo me hizo una seña negativa.

—¡No! murmuré estupefacta.

—No, repitió él con su gesto.

Caí desplomada en la silla: ¡el conde no habia vuelto!... y sin embargo, yo le habia visto, él habia llegado á mi lecho y entreabierto sus cortinas una hora despues que aquellos tres hombres.. ¿Pero estos tres hombres no eran el conde Horacio y sus dos amigos? ¡Horacio, Max y Enrique, que llevaban una mujer!... Ellos solos, en efecto, podian tener la llave del parque, y entrar así libremente sin ser vistos ni inquietados: mas duda aun. Por eso el conde no habia querido dejarme ir al castillo; por eso me habia recibido tan friamente; por eso habia pretestado una partida de caza. El rapto de aquella mujer estaba decidido antes de mi llegada; el rapto

estaba efectuado. ¡El conde no me amaba ya, amaba á otra, y esa otra estaba en el castillo, en el pabellon sin duda!

Sí; y el conde, para asegurarse de que yo nada habia visto ni oido, que no tenia sospechas, habia subido por la escalera de la biblioteca, separado las cortinas de mi lecho, y seguro de que yo dormia, vuelto á sus amores. Todo me era ya claro y preciso, como si lo hubiese visto. En un instante mis celos habian penetrado la oscuridad y las paredes, y nada me quedaba ya por saber. Salí sofocada.

Ya habian borrado la huella de los pasos en la arena. Seguí la avenida de tilos, y llegué al pabellon, que parecia inhabitado como la vispera. Volví al castillo, subí á mi cuarto, me arrojé en el sillón donde habia pasado tan crueles horas la noche precedente, y me sorprendí de mi espanto... ¡Era la sombra, las tinieblas, ó mas bien la ausencia de una pasion violenta la que asi debilitaba mi corazon!

Pasé una parte del dia en pasear por mi cuarto, en abrir y cerrar la ventana, esperando la noche con tanta impaciencia como la habia temido la vispera. Bajé á comer, y

tambien vi un solo cubierto con una carta al lado; reconocí la letra de Horacio, y rompí apresuradamente el lacre. Horacio se escusaba por dejarme dos dias sola, pero no habia podido volver, teniendo comprometida su palabra antes de mi llegada, y viéndose obligado á cumplirla, por mas que le costase. Arrugué la carta entre mis manos antes de acabarla, y la tiré á la chimenea; luego me esforcé en ocultar mis sospechas al malayo, y subí á mi cuarto.

No se habia olvidado mi encargo de la víspera, y encontré un gran fuego; pero no era esto lo que ya me preocupaba. Tenia un plan que formar, y me senté para reflexionarlo. ¡El miedo de la víspera estaba completamente olvidado!

El conde Horacio y sus amigos habian entrado por la reja, pues no habia duda que aquellos hombres eran ellos; y habian llevado la mujer alpabellon; despues habia subido el conde por la escalera secreta para cerciorarse de si yo estaba dormida, y si habia visto ú oido algo. No tenia mas que seguir la escalera, y llevando el mismo camino que él, llegar al sitio de donde hubiera venido: estaba decidida á bajar la escalera.

Miré el reloj, que señalaba las ocho y cuarto, y fui á los postigos de la ventana, que no estaban cerrados. Sin duda nada habia que ver esta noche, puesto que no se tomara la precaucion de la víspera. La noche estaba borrascosa, y oia á lo lejos el trueno y el ruido de las olas que se rompian en la playa. En mi corazon habia una tempestad mas terrible que la de la naturaleza, y mis pensamientos se entrechocaban en mi cabeza mas sombríos y apiñados que las olas del Océano. Así pasé dos horas, sin hacer ningun movimiento y sin que mis ojos se separasen de una pequeña estatua perdida en un bosquecillo de árboles; verdad es que yo no la veia.

En fin, pensé que habia llegado el momento: ningun rumor oia en el castillo, y la misma lluvia que durante aquella misma noche del 27 al 28 de setiembre os hizo buscar un abrigo en las ruinas, comenzaba á caer á torrentes: un instante dejé espuesta mi cabeza al agua del cielo, y luego entré cerrando la ventana y los postigos.

Salí del aposento, y di algunos pasos por el corredor. Nada velaba en el castillo; el malayo estaba durmiendo sin duda, ò servia

á su amo en alguna parte del edificio. Volví á mi cuarto, y corrí los cerrojos; eran las diez y media, y solo se oían los quejidos del huracan, cuyo ruido me servia, ahogando el que yo pudiera causar. Tomé una bujía, y me dirigí á la puerta de la biblioteca; ¡estaba cerrada con llave!...

FIN DEL TOMO PRIMERO.

Obras de recreo que se hallan de venta en la Imprenta de Gomez, calle de la Muela n. 32.

La historia de los Girondinos.—*Los misterios de Londres.* = *Elina ó Sevilla por dentro.*—*Gardiki, por Sué.*—*Zanoni, por Bulwer.*—*La Joven Regente, por Masson.*—*La Duquesa de Mazarin, por Laverne.* = *El Marqués de Surville, por Sué.*—*El Hijo del Diablo, por Paul Féval.*—*El Caballero de la Casa Roja, por Dumas.*—*El Aventurero Castellano.*—*El Marqués de Pombal.*—*Los Ultimos dias de un pueblo.*—*Lo que es el Mundo ó Memorias de un Esceptico.*—*Doña Mercedes de Castilla ó el viaje á Catay.*—*El Caballero d'Harmental, por Dumas.*—*Guy Mannering ó el Astrólogo, por Walter Scott.*—*La Nave Fantasma.*—*Los Cuatro Juanes ó los Desposorios en el Castillo de Zambra.*—*Los Pretendientes, por Soulié.*—*A la Reina no se toca.* = *El Manto de Deyanira.*—*La Profesion Frustrada.*—*El Barberode Paris.*—*El Castillo de los Pirineos.*—*Los Cartujos ó la Monja.*—*Las dos Dianas.* = *Los Cuaren-*

ta y Cinco. — Amor y Venganza de un Esclavo. — El Tribunal Secreto. — El Amante de la Luna. — El Comendador de Malta. — Teresa Dunoyer. — La Baronesa de Berghenthin. — El Bastardo Agenor de Mauleon. — Arturo y Julia ó la Abadia de Santa Elena. — Thelena, ó el Amor y la Guerra. — El Vizconde de Bezier. — Un Recluta. — Los Fanfarrones del Rey, por Feval. — Los Siete Pecados Capitales: la Soberbia, la Ira, la Embidia la Lujuria y la Pereza.

En la misma Imprenta se suscribe á la interesante novela ENRIQUE DE LORENA, por Federico Soulié, que se publica en Cádiz, y se han recibido ya las primeras entregas.

Cada entrega consta de 68 páginas en 8.º al módico precio de un real cada una.

PAULINA,

NOVELA

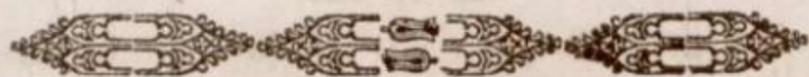
DE MR. ALEJANDRO DUMAS.



Tomo II.

SEVILLA.—1849.

Imprenta de Gomez, Editor, calle de
la Muela núm. 32.



PAULINA.



XII.

Allí me habian visto por la mañana; temian que me descubriese la escalera, y me cerraban la salida. Felizmente el conde se habia tomado la molestia de indicarme otra.

Pasé detras de mi lecho, apreté la movable moldura, la tabla se deslizó, y me encontré en la biblioteca.

Con paso firme y sin vacilar, me fuí derecha á la puerta secreta, saqué el volúmen que ocultaba el boton, empujé el resorte, y se abrió la tabla.

Entré en la escalera, que solo permitia justamente el paso de una persona y bajé tres escalones, escuchando en cada uno de ellos; pero nada oí.

Despues del tercer piso, encontré otra puerta, cerrada únicamente con el pestillo, pues á la primera tentativa que hice para abrir, cedió.

Halleme bajo una bóveda que se sepultaba en línea recta, y seguí por ella unos cinco minutos; despues encontré otra puerta, que como la anterior, no opuso resistencia, y que daba á otra escalera semejante á la de la biblioteca, pero que solo tenia dos descansos; de este se salia por un marco de hierro, y entreabriéndolo, oí voces. Entonces apagué la bugía, que coloqué en el escalon, y me deslizé por la abertura que era causada por la desviacion de una plancha de chimenea, que empujé suavemente, y me encontré en una especie de laboratorio químico, escasamente iluminado, no penetrando en este gabinete la luz de la habitacion vecina sino por una

abertura redonda colocada en lo alto de una puerta, y velada con una cortinilla verde. Las ventanas estaban tan cuidadosamente cerradas, que aun durante el dia, debia ser interceptada toda claridad exterior.

No me habia engañado cuando creí oír hablar. La conversacion era ruidosa en la pieza inmediata, y reconocí la voz del conde y de sus amigos. Acerqué una silla á la puerta; subí en ella, de modo que alcancé al ventanillo, y mi vista penetró en el aposento.

El conde Horacio, Max y Enrique estaban sentados á la mesa; pero la orgía, que servia el malayo en pié detras del conde, tocaba á su fin. Cada uno de los convidados vestia una blusa azul, llevaba al cinto un cuchillo de monte, y tenia al alcance de su mano un par de pistolas. Horacio se levantó como para irse.

—¿Ya? le dijo Max.

—Qué quereis que haga aquí? respondió el conde.

—¡Bebel dijo Enrique levantando su vaso.

—Buen placer para vosotros es beber, repuso el conde; á la tercera botella heos ya borrachos como cubas.

—¡Juguemos!...

—Yo no soy un tuno para ganáros vuestro dinero cuando no estais en estado de defenderlo, dijo el conde encogiéndose de hombros y volviéndose á medias.

—Pues entonces haz la córte á nuestra bella inglesa; tu doméstico ha tomado sus precauciones para que no sea cruel. Bajo mi palabra, que es un mozo que lo entiende. Toma, buen mozo.

Max dió al malayo un puñado de oro.

—¡Generoso como un ladron! dijo el conde.

—Vamos, vamos; eso no es responder, replicó Max, levantándose á su vez. ¿Quieres la mujer ó no la quieres?

—No la quiero.

—Entonces la tomo yo.

—¡Un instante! exclamó Enrique estendiendo el brazo; me parece que yo soy aquí alguien, y que tengo mis derechos como cualquier otro. ¿Quien ha muerto al marido?

—Sin duda que es un antecedente, dijo el conde riendo.

A esta palabra oí un gemido, y dirigiendo los ojos hacia el lado de donde venia, ví una mujer tendida en un lecho de columnas con los brazos y las piernas atadas á ella. Mi

atencion habia estado tan absorta en un solo punto, que no la noté al principio.

—Si, continuó Max; ¿pero quién los ha esperado en el Havre, y quién ha venido aquí á escape para avisaros?

—¡Diablo! dijo el conde; esto se hace difícil, y seria preciso ser el rey Salomon en persona para decidir quién tiene mas derecho, si el espía ó el asesino.

—Pues es preciso que esto se decida, dijo Max. Tú me has hecho pensar en esa mujer, y ahora estoy enamorado de ella.

—Y yo lo mismo, dijo Enrique. Conque si tú no la quieres, dánosla á uno de los dos; á quien quieras.

—Para que el otro vaya á denunciarme despues de otra orgía, en la que, como hoy, no sepa lo que hace, ¿es verdad? ¡Oh! no, señores. Sois guapos, jóvenes, ricos, y tenéis diez minutos para hacerle la corte. Id, mis don Juanes.

—Lo que acabas de decir es una idea, respondió Enrique. Que ella escoja el que mas le convenga.

—Sea pues, contestó Max; pero que sea ligera; explícale esto, tú que hablas todas las lenguas.

—Con mucho gusto, dijo Horacio.

Y dirigiéndose á la infeliz mujer, le dijo en el ingles mas puro:

—Milady, aquí teneis dos bandidos, amigos míos, ambos de buena familia, por otra parte, de lo cual pueden daros pruebas con pergaminos si las deseais, los cuales, educados en los principios de la secta platónica; es decir, en la repartición de los bienes, han comenzado por comerse los suyos: encontrando entonces que todo estaba mal arreglado en la sociedad, han tenido la feliz idea de emboscarse en los caminos por donde pasa, para corregir sus injusticias, rectificar sus errores y equilibrar sus desigualdades. Cinco años hace que, para la mayor gloria de la filosofía y de la policía se ocupan religiosamente en esta misión que les da para figurar, de la manera mas honrosa, en los salones de Paris, y que los conducirá, como á mí me ha sucedido, á algun buen matrimonio que les dispense de continuar haciendo los Karl Moor y los Juan Sbogar. Entre tanto, como no hay en este castillo mas que mi mujer y yo no quiero darla, os suplican muy humildemente que elijais entre ellos al que mas os acomode, pues de lo contrario os to-

marán los dos. ¿He hablado en buen inglés, señora? ¿Me habeis entendido?

—¡Oh, si teneis alguna piedad en el corazon, esclamó la pobre mujer, matadme, matadme!

—¿Qué responde? murmuró Max.

—Responde que esto es infame, y nada mas, dijo Horacio; y confieso que soy un poco de su parecer.

—Entonces... dijeron juntos Max y Enrique levantándose.

—Entonces, haced lo que querais, dijo Horacio: y se volvió á sentar, llenando un vaso de vino de Champagne, que bebió.

—¡Oh, matadme, matadme! esclamó de nuevo la mujer viendo que los dos jóvenes se dirigian á ella.

En este momento sucedió lo que era fácil de prever: calentados por el vino, Max y Enrique se hallaron frente á frente escitados por el mismo deseo, y se miraron con cólera.

—¿No quieres cedérmela? dijo Max.

—No, respondió Enrique.

—Pues entonces la tomaré.

—Eso lo veremos.

—¡Enrique, Enrique, dijo Max rechinan-

do los dientes; te juro por mi honor que esa mujer me pertenecerá!

—Y yo te prometo por mi vida que será mía; y creo que tengo en mas mi vida que tú tu honor.

Entonces dieron un paso atras, sacaron sus cuchillos de monte, y volvieron uno contra otro.

—¡De gracia, por piedad, en nombre del cielo, matadme! exclamó por tercera vez la mujer acostada.

—¡Qué es lo que acabais de decir! exclamó Horacio siempre sentado y dirigiéndose á los dos jóvenes en tono de amo.

—He dicho, respondió Max tirando una puñalada á Enrique, que esa mujer será mía.

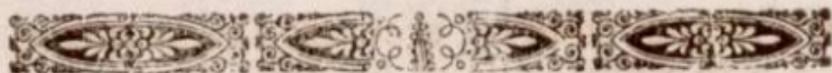
—Y yo, respondió Enrique acosando á su adversario, que no será de él, sino mia, y sostengo lo que he dicho.

—¡Pues bien! murmurò Horacio: ambos habeis mentido, pues no será ni de uno ni de otro.

Diciendo estas palabras, tomó una pistola de encima de la mesa; la alzó lentamente en la direccion del lecho, é hizo fuego: la bala pasó por entre los dos combatientes, y

fue á introducirse en el corazon de la muger.

A este espectáculo di un grito horrible, y caí desmayada, y tan muerta en apariencia como aquella que acababa de ser asesinada.



XIII.

Cuando volví en mí, estaba en el subterráneo; guiado el conde por el grito que yo lanzara y por el estrépito de mi caída, sin duda me había encontrado en el laboratorio, y aprovechándose de mi desmayo, que duró muchas horas, trasportándome á aquella tumba: cerca de mí, sobre una piedra, había una lámpara, un vaso y una carta: el vaso contenía veneno, y en cuanto á la carta, voy á recitárosla.

— ¡Vacilais en demostrármela! exclamé yo, ¿no teneis confianza sino á medias?

— La he quemado, me respondió Paulina; pero no he olvidado una palabra siquiera.

«Habeis querido que la carrera del crimen fuese completa para mi, Paulina; todo lo habeis visto y oido; nada, pues, tengo que enseñaros, pues sabeis quién soy, ó mas bien lo que soy.

»Si el secreto que habeis sorprendido fuese mio solo; si ninguna otra vida mas que la mia estuviese en juego, la arriesgaria antes que arrancar un solo cabello de vuestra cabeza. Os lo juro, Paulina.

»Pero una indiscrecion involuntaria; un signo de espanto arrancado á vuestro recuerdo; una palabra escapada en vuestros sueños, puede llevar al cadalso, no solo á mí, sino tambien á otros dos hombres. Vuestra muerte asegura tres existencias, y es preciso que murais.

»Un instante he tenido la idea de mataros mientras estábais desmayada, pero no he tenido valor, pues sois la única mujer que haya amado, Paulina; si hubiérais seguido mi consejo, ó mas bien obedecido mis ór-

denes, á estas horas estaríais al lado de vuestra madre. Habeis venido á pesar mio, y no debeis quejaros mas que á vos misma de vuestro destino.

»Despertareis en una cueva donde nadie ha bajado hace veinte años, y á la cual de aquí á otros veinte tal vez nadie bajará tampoco. No tengais ninguna esperanza de socorro, porque seria inútil. Cerca de esta carta hallareis un veneno; todo lo que puedo hacer por vos es ofreceros una muerte pronta y dulce en vez de unaagonia lenta y dolorosa: En uno ú otro caso, cualquiera que sea el partido que tomeis, á partir de esta hora estais muerta.

»Nadie os ha visto; nadie os conoce; esa mujer, á quien he muerto para poner de acuerdo á Enrique y á Max, será sepultada en lugar vuestro, llevada á Paris al sepulcro de vuestra familia, y vuestra madre llorará sobre ella creyendo llorar sobre su hija.

»Adios, Paulina. No os demando ni olvido, ni misericordia; hace mucho tiempo que estoy maldito, y no me salvaria vuestro perdón.»

— ¡Eso es atroz! exclamé yo. ¡Oh, Dios mio; cuánto habeis debido sufrir!

—Si. Todo lo que me restaría contares no sería otra cosa que mi agonía; así pues...

—No importa, dije interrumpiéndola; no importa, decidla.

Dos ó tres veces leí la carta, y no podía convencerme de su realidad. Hay cosas contra las cuales se revela la razón, y se las tiene delante, se las toca, se las mira y no se creen. Dos ó tres veces di la vuelta alrededor de la cueva, golpeando con mi puño incrédulo las húmedas paredes, y luego me senté en silencio en un rincón de mi sepulcro. Estaba sin duda encerrada; á la luz de la lámpara veía la carta y el veneno, y sin embargo dudaba aun, y me decía, como se dice algunas veces en sueños: «Duermo, voy á despertarme.»

Así estuve sentada é inmóvil hasta el momento en que comenzó á amortiguarse la lámpara. Entonces me ocurrió de repente una idea horrible; que iba á apagarse, y di un grito de terror, lanzándome á ella: el aceite estaba casi agotado, é iba á hacer en la oscuridad mi aprendizaje de la muerte.

¡Oh, qué no hubiera dado por tener aceite que echar en la lámpara! Si hubiera podido alimentarla con mi sangre, me habría

abierto las venas con los dientes. La lámpara seguía chispeando, y cada vez era menos viva su luz, y el círculo de tinieblas que tenía lejos cuando brillaba con toda su fuerza se acercaba gradualmente á mí. Yo estaba á su lado de rodillas y con las manos cruzadas, y no pensaba en implorar á Dios sino á ella...

Al fin comenzó á luchar contra la oscuridad como yo iba á hacerlo pronto contra la muerte. Tal vez le animaba yo con mis propios sentimientos; mas me parecía que se aferraba á la vida y que temblaba al dejar apagar ese fuego que era su alma. Pronto llegó para ella la agonía en todas sus faces, y tuvo resplandores brillantes como un moribundo tiene instantes de fuerza: arrojó luces mas lejanas que nunca, como en medio de un delirio ve algunas veces el espíritu febril mas allá de los límites asignados á la vida humana; despues sucedió la languidez del anonadamiento; la llama vaciló, semejante al último soplo que tiembla en los labios de un moribundo; y en fin se apagó, llevándose la claridad, que es la mitad de la vida.

Volví á caer en el rincon de mi calabozo, y á contar desde este momento ya no dudé,

porque, ¡cosa estraña! despues de haber dejado de ver la carta y el veneno, fué cuando estuve mas segura de que estaban allí.

Mientras que habia visto claro, no fijé la atencion en el silencio; mas luego que se apagó la luz, cargó sobre mi corazon todo el peso de la oscuridad. Habia allí una cosa tan fúnebre y tan profunda, que aun teniendo probabilidad de ser oída, hubiera vacilado en gritar. ¡Oh! era aquel uno de esos silencios mortuorios que vienen á sentarse por toda la eternidad en la losa de las tumbas.

Cosa rara es que la aproximacion de la muerte casi me habia hecho olvidar á quien la causaba: pensaba en mi situacion, y estaba absorta en mi terror; pero puedo decirlo, y Dios lo sabe, si no pensaba en perdonarlo, tampoco pensaba en maldecirlo. Pronto comencé á padecer del hambre.

Pasó un tiempo que no pude calcular, durante el cual probablemente espiró el dia y llegó la noche, porque cuando el sol reapareció, un rayo, que penetraba por alguna grieta del suelo, iluminó la basa de un pilar. Como si aquel rayo me llevase una esperanza, di un grito de alegría.

Mis ojos se fijaron en aquel rayo con tan-

ta perseverancia, que acabé por distinguir perfectamente todos los objetos que iluminaba: allí habia algunas piedras y un poco de musgo, pobre y débil vejetacion que el rayo del sol habia hecho producir con sus continuas visitas. ¡Oh, cuánto no hubiera dado por estar en el lugar de aquellas piedras y de aquel musgo, á fin de ver todavía otra vez el sol al traves de aquella grieta!

Comencé á sentir una sed ardiente y que se confundian mis ideas: de cuando en cuando pasaban por mis ojos nubes sangrientas, y se apretaban mis dientes como en una crisis nerviosa, y continuaba sin embargo, con los ojos fijos en la luz. Sin duda entraba por una abertura muy estrecha, pues cuando el sol dejó de herir de frente, el rayo se debilitó y se hizo apenas visible. Esta ausencia me quitò lo que me restaba de ánimo, y me retorcí los brazos de rabia, y sollocé convulsivamente.

El hambre se habia trocado en un agudo dolor de estómago. Las fauces me ardian, y sintiendo deseos de morder, rompí con mis dientes una trenza de mis cabellos. Pronto me vi acometida de una fiebre sorda, aun-

que apenas me latía el pulso, y comencé á pensar en el veneno: entonces me inqué de rodillas, y crucé las manos para rezar; pero habia olvidado mis oraciones, y me era imposible recordar mas que frases entrecortadas y sin hilacion alguna. Las ideas mas opuestas se chocaban en mi cerebro; un motivo de música de la «Gazza» zumbaba sin descanso en mis oidos, y yo misma conocia que era presa de un principio de delirio. Entonces me dejé caer boca abajo cuan larga era.

Apoderóse de mi un envaramiento producido por las emociones y la fatiga, y me adormí sin que cesase de velar en mi interior el sentimiento de mi situacion. Entonces comencé una serie de sueños, los mas incoherentes, sueños dolorosos, que en vez de producirme descanso me destrozaron. Desperté con un hambre y sed devoradoras, y entonces pensé otra vez en el veneno que estaba á mi lado, y que podia darme un fin dulce y rápido. A pesar de mi debilidad, de mis alucinaciones y de la fiebre sorda que agitaba mis venas, sentí que la muerte estaba lejos todavia; que me seria necesario es-

perar muchas horas, y que de estas no habian pasado aun las mas crueles: entonces tomé la resolucion de volver á ver aquel rayo de sol que la víspera habia venido á visitarme, como un consolador que penetra en el calabozo de un preso, y permanecí con los ojos clavados en el sitio en que debia aparecer: esta preocupacion calmó un poco los padecimientos atroces que sentia.

El rayo deseado apareció al fin, y lo vi bajar descolorido, pues sin duda el sol estaba velado aquel dia. Entonces se me representó todo lo que iluminaba sobre la tierra: los árboles, las aguas y las praderas; ese Paris, que ya no veria mas; mi madre, á quien habia dejado para siempre; mi madre, que quizás habria recibido ya la noticia de mi muerte, y que lloraba á su hija viva. A todos estos recuerdos se oprimió mi corazon, y prorrumpí en sollozos y lágrimas por primera vez desde que estaba en la cueva. Poco á poco se calmó el paroxismo, se acallaron los sollozos, y las lágrimas corrieron silenciosas. Mi resolucion de envenenarme seguia siempre firme, sin embargo de que sufría menos.

Como la víspera, permanecí con los ojos clavados en aquel rayo mientras brilló, y luego lo vi palidecer y apagarse... Lo saludé con la mano .. y le dije adios con la voz porque estaba decidido á no volverlo á ver mas.

Entonces me recogí dentro de mi misina, y me concentré en cierto modo en mis últimos y supremos pensamientos. En toda mi vida de doncella ó de mujer casada, no habia cometido una accion mala, y moria sin ningun sentimiento de odio ni el menor deseo de venganza : Dios debia , pues, acogerme como á su hija, y no pudiendo faltarme la tierra sino para el cielo, me aferré en esta idea consoladora.

Pronto me pareció que esta idea se esparcia, no solo en mí, sino enrededor mio, y comencé á experimentar ese entusiasmo santo que constituye el valor de los mártires. Púsememe en pie con la cabeza alzada al cielo, y me pareció que mis ojos penetraban la bóveda, y llegaban hasta el trono de Dios. En este momento estaban comprimidos mis dolores por la misma exaltacion religiosa; me dirigí á la piedra sobre que estaba el veneno, como si lo viese en medio de las tinieblas,

tomé el vaso, escuché si oía algún ruido, miré por si veía alguna luz, volví á leer en recuerdos aquella carta que me decia que desde veinte años antes nadie habia bajado á aquel subterráneo, y que talvez nadie bajaría á él en otros veinte; me convencí en mi alma de la imposibilidad de salvarme de los padecimientos que aun me restaban, tomé el vaso del veneno, y lo bebí, confundiendo en un último murmullo de sentimiento y de esperanza el nombre de mi madre, á quien dejaba, y el de Dios, á quien iba á ver.

Luego volví á caer en el rincon de mi cueva: mi vision celeste se habia estinguido, y el velo de la muerte se corria entre ella y yo. Los dolores del hambre y de la sed se unian ahora á los del veneno, y esperaba con ansiedad el sudor del hielo que debia anunciarme mi última agonía... De repente oí mi nombre, volví á abrir los ojos, y vi la luz; ¡vos estábais allí, en pie á la reja de mi tumba!... vos: es decir, el dia, la vida, la libertad... Dí un grito, y me lancé hácia vos... Ya sabeis el resto.

Y ahora, continuó Paulina, os recuerdo el juramento que por vuestro honor habeis hecho de no revelar nada de este horrible dra-

ma mientras que viva solo de los tres principales actores que han representado en él su papel.

Yo le renové el juramento.



XIV.

La confianza de Paulina hacia su posición más sagrada aun para mí. Desde entonces conocí toda la extensión que debía adquirir esta adhesión que mi amor hacía ella constituía en una felicidad; pero al mismo tiempo comprendí cuán poco delicado de mi parte sería hablarle de este amor de otro modo que por medio de los cuidados y atenciones más respetuosas. El plan convenido entre nosotros fué adoptado, y pasamos co-

mo hermanos: sin embargo, obtuve de ella, haciéndole comprender la probabilidad de ser reconocida por alguna persona que la hubiese visto en los salones de Paris, que renunciase á la idea de dar lecciones de idioma y de música: yo por mi parte escribí á mi madre y á mi hermana que pensaba permanecer todavía un año ó dos en Inglaterra, á lo cual puso Paulina algunas dificultades cuando le di parte de esta decision; pero vió que habia para mi tal dicha en llevarla á cabo, que no tuvo valor para hablarme mas del asunto, y la tal resolucion tomó entre nosotros fuerza de cosa convenida.

Paulina habia vacilado mucho tiempo para decidirse si revelaria ó no su secreto á su madre, y si, muerta para todo el mundo, permanecería viva para aquella á quien debia la vida: yo mismo la habia incitado á tomar este partido, aunque débilmente, porque me quitaba la posicion de protector, que tan feliz me hacia á falta de otro título; y Paulina, despues de haber reflexionado en ello, habia rechazado, con gran sorpresa mia, este consuelo, y por mas instancias que la hice para llegar á conocer el motivo

de su negativa, siempre se negó á revelármelo, pretendiendo que me alligiria.

Entre tanto pasaban nuestros dias, para ella en una melancolía, que padecia cada vez mas no falta de encantos, y para mí en la esperanza, si no en la felicidad, porque la veia de dia en dia acercarse mas á mi por los contactos del corazon, y, sin conocerlo ella misma, me daba pruebas lentas, pero visibles, del cambio que se efectuaba en ella. Si trabajábamos juntos, ella en alguna labor de bordado, yo dibujando ó pintando, me sucedia muchas veces, al alzar los ojos hácia ella, encontrar los suyos fijos en mí: si saliamos juntos, el apoyo que me pedia primero era el de una estraña ó un estraño; mas al cabo de algun tiempo, fuese debilidad ó abandono, la sentia pesar muellemente sobre mi brazo: si salia yo solo, al volver la esquina de la calle de Saint-James casi siempre la veia de lejos á la ventana mirando al lado por el cual sabia que debia volver; y todas estas señales, que podian ser simplemente las de una familiaridad mayor y de un reconocimiento mas continuo, me parecian como revelaciones de una felicidad futura, y le daba gracias interiormente, por-

que temia, haciéndolo en voz alta, hacerle notar á ella misma que su corazon tomaba poco á poco el hábito de una amistad mas que fraternal.

Yo habia hecho uso de mis cartas de recomendacion, y, aislados y todo como vivíamos, recibíamos no obstante algunas visitas pues debíamos á la vez huir del tamulto del mundo y de la afectacion de la soledad. Entre nuestros conocidos mas habituales habia un jóven médico que en tres años habia adquirido en Lóndres una gran reputacion por sus profundos estudios de ciertas enfermedades orgánicas: cada vez que iba á vernos miraba á Paulina con una atencion tan grande, que despues que se marchaba siempre me dejaba algunas inquietudes: en efecto, los bellos y frescos colores de la juventud, de los cuales habia visto tan rico su semblante en otro tiempo, y cuya ausencia habia atribuido primero al dolor y á la fatiga, no habian reaparecido desde la noche en que la hallé moribunda en aquella cueva, ó si alguna tinta coloreaba momentáneamente sus mejillas, era para darles mientras duraba un aspecto febril mas alarmante que la misma palidez. Eso sucedia tambien cuando, de

répente, sin causa como sin regularidad, experimentaba pasmos que le producian desmayos, y cuando los dias inmediatos á estos accidentes se apoderaba de ella una melancolía profunda. En fin, se renovaron con una frecuencia y gravedad tan visiblemente crecientes, que un dia que el doctor Sercey habia ido á hacernos una de sus visitas habituales, lo saqué de las preocupaciones que siempre despertaba en él la vista de Paulina, y tomándole del brazo, bajé con él al jardín.

Dimos una multitud de vueltas sin hablar, y al fin nos sentamos en el banco en que Paulina me habia contado su terrible historia. Allí estuvimos un momento pensativos, y cuando yo ibá á romper el silencio, se me adelantó el doctor diciendo:

—Estais inquieto por la salud de vuestra hermana.

—Lo confieso, respondí; y vos mismo me habeis dejado apercebir temores que aumentan los míos.

Y teneis razon, continuó el doctor porque está amenazada de una enfermedad crónica del estómago: ¿ha sufrido algun accidente que haya podido alterar este órgano?

—Ha estado envenenada.

El doctor reflexionó un instante.

—Sí, eso es, me dijo; no me habia engañado, y voy á prescribiros un régimen que ella deberá seguir con exactitud. En cuanto á la parte moral del tratamiento, depende de vos, pues debeis procurar á vuestra hermana la mayor distraccion posible. Tal vez esté acometida de la enfermedad del pais, y le sentaría bien un viaje á Fancia.

—Pero ella no quiere volver ahí.

—Pues una correría á Escocia, á Irlanda, á Italia, adonde quiera, pues creo esto necesario.

Estreché la mano al doctor, y volvimos á la sala. Para no inquietar á Paulina, pensaba yo sustituir, sin decir nada, el tratamiento que el médico quedó en enviarme, á nuestro método de vida ordinario; pero esta precaucion fué inútil, pues apenas salió el doctor, me dijo Paulina tomándome la mano:

—Os lo ha dicho todo, ¿no es verdad?

Yo fingí no comprender; pero ella se sonrió tristemente, y añadió:

—Hé aquí por qué no he querido escribir á mi madre: ¿á qué devolverle su hija, para que un año ó dos despues venga la muerte

á arrebatársela? bastante es llorar una vez á los que se ama.

—Pero exagerais de un modo extraordinario vuestro estado, le dije yo; eso es una indisposicion, y nada mas.

—¡Oh! es cosa mas seria, respondió Paulina con la misma sonrisa dulce y triste; y siento que el veneno ha dejado huellas de su paso, y que estoy atacada gravemente; pero oidme: yo no me niego á esperar; yo solo pido vivir; salvadme otra vez, Alfredo; ¿qué quereis que haga?

—Que sigais los preceptos del doctor, que serán fáciles: un régimen sencillo, pero continuo; distraccion, viajes.

—¿Donde quereis que vayamos? Estoy dispuesta á marchar.

—Elegid vos misma el pais que os sea mas simpático.

—La Escocia, si quereis, puesto que ya tenemos hecha la mitad del camino.

—Pues á Escocia.

Al instante hice los preparativos de viaje, y tres dias despues salimos de Lòndres.

Con Walter Scott en la mano visitamos toda la tierra poética de Escocia, á la cual, semejante á un mágico que evoca fantas-

mas, ha repoblado con sus antiguos habitantes, mezclando á ellos las originales y graciosas creaciones de su fantasía. Encontramos los escarpados senderos que seguia el prudente Dalgetty en su buen caballo Gustavo; costeamos el lago sobre que se deslizaba por la noche como un vapor la dama blanca de Avenel; fuimos á sentarnos sobre las ruinas del castillo de Lochleven, á la misma hora en que la reina de Escocia se habia fugado de él, y buscamos á orillas del Tay el campo cerrado en que Torquil du Chéne vió caer á sus siete hijos bajo la espada de Smith, sin repetir mas queja que estas palabras que repitió siete veces: ¡«Otro por Eachar!...

Esta excursion será eternamente para mí un sueño de felicidad, al cual no se acercarán nunca las realidades de lo futuro. Paulina tenia una de esas organizaciones impresionables, como la que necesitan los artistas y sin la cual un viaje no es mas que un simple cambio de localidades, una aceleracion en el movimiento habitual de la vida, y un medio de distraer el ánimo con la vista de los mismos objetos que deberian ocuparlo; pero no una poesía de la naturaleza, ya se

nos manifieste en el vapor de la mañana, ya en el crepúsculo de la tarde. Yo estaba bajo el imperio de un encanto, y algunas veces desaparecía lo pasado para mí como si jamás hubiese existido, pues ni una sola palabra relativa á los acontecimientos anteriores habia vuelto á ser pronunciada entre nosotros. Solo estaba á mi vista lo presente que nos reunia; en una tierra extranjera, donde solo tenia yo á Paulina y Paulina solo á mí, los lazos que nos unian se estrechaban cada dia mas por el aislamiento. Notaba yo que cada dia daba un paso en su corazon: una sonrisa, su brazo apoyado en el mio, y su cabeza sostenida en mi hombro, eran nuevos derechos que diariamente me daba para mañana sin sospecharlo siquiera; y mientras mas se abandonaba así, haciéndome aspirar todas las emanaciones de su alma cándida, mas me guardaba de hablarle de amor, por miedo de que advirtiese que hacia mucho tiempo habíamos pasado los límites de la amistad.

Las predicciones del doctor se habian realizado en parte: la actividad que el cambio de lugares y los recuerdos que escitaban mantenian en su espíritu, distraia su pensamiento de las memorias tristes que lo opri-

mian tan pronto como algun objeto importante dejaba de llamarle la atencion. Casi comenzaba á olvidar, y á medida que los abismos de lo pasado se perdian en la sombra, las cúspides del porvenir se coloraban con una luz nueva. Su vida, que habia creído reducida á los límites de un sepulcro, comenzaba á estender sus horizontes menos sombríos, y un aire, cada vez mas respirable, venia á mezclarse á la atmósfera sofocante, en medio de la cual se habia visto precipitada.

Pasamos el verano entero en Escocia, y despues volvimos á Lóndres, donde encontramos nuestra pequeña casa de Piccadilly y ese encanto que los mas aficionados á viajes sienten en los primeros momentos de la vuelta. Yo no sé lo que pasaba en el corazon de Paulina; pero en cuanto á mi, se que nunca habia sido tan feliz.

El sentimiento que nos unia era puro como la fraternidad: hacia un año que no habia vuelto á decir á Paulina que la amaba, y el mismo tiempo que ella no me habia hecho la menor confesion; y sin embargo, leíamos mútuamente en nuestro corazon como en un libro abierto, sin que nada tuviéramos

mos que enseñarnos. ¿Deseaba yo mas de lo que habia obtenido?... No lo se: habia tal encanto en mi posicion, que tal vez habria temido que una dicha mas grande la precipitase en algun desenlace fatal y desconocido. Si yo no era amante, era mas que un amigo, mas que un hermano; yo era el árbol al cual se apoyaba ella como una pobre yedra; yo era el rio que llevaba su barca en mi corriente; era el sol de donde le venia la luz; todo lo que existia de ella era por mi, y probablemente no estaba lejos el dia en que lo que existia por mi tambien existiese para mi.

Asi pasábamos nuestra nueva vida, cuando un dia recibí una carta de mi madre, anunciándome que se presentaba para mi hermana un partido, no solo conveniente, sino ventajoso: el conde Horacio de Beuzeval, que unia á su propia fortuna veinte mil libras de renta que habia heredado de su primera mujer, la señorita Paulina de Meulien, pedia á Gabriela en matrimonio.

Felizmente estaba solo cuando abrí esta carta, pues el estupor me hubiera vendido. ¿No era muy estraña la noticia que recibia? ¿No se ocultaba algun nuevo misterio de la

Providencia en esa rara predestinacion que conducia al conde Horacio ante el único hombre de quien fuera conocido? Por mas imperio que conseguí tomar sobre mi mismo, Paulina conoció al entrar que algo de extraordinario me habia sucedido durante su ausencia, y desde que le dije que negocios de familia me obligaban á hacer un viaje á Francia, atribuyó naturalmente al sentimiento de separarnos la situacion de disgusto en que me encontraba. Ella misma palideció, y tuvo que sentarse; era la primera vez que nos separábamos desde que la habia salvado, y hay ademas, entre los corazones que se aman, en el momento de una separacion, aunque en apariencia corta y sin peligro, esos presentimientos íntimos que nos la hacen inquieta y dolorosa, diga lo que quiera la razon para tranquilizarnos.

Yo no podia perder un minuto, pues habia decidido marchar al dia siguiente; y mientras yo hacia algunos preparativos en mi cuarto, Paulina bajó al jardin, donde luego fuí á reunirme con ella.

Sentada estaba en el banco donde me habia contado su vida, triste y pensativa, y sentándome á su lado, sus primeras pala-

bras me enseñaron la causa de su preocupación.

—¿Con que os marchais? me dijo.

—¡Es preciso, Paulina, respondí con voz que hacia por demostrar tranquila; mejor que nadie sabeis que hay acontecimientos que disponen de nosotros, y que nos arrebatan á los lugares que no quisiéramos abandonar ni una hora. La felicidad de mi madre, de mi hermana, la mia misma, de la cual no os hablaria si fuese el único compromiso, dependen de mi prontitud en hacer este viaje.

—¡Marchad, pues, repuso Paulina tristemente; marchad, pues es necesario; pero no olvidéis que hay en Inglaterra un corazón que no tiene madre, cuya única felicidad depende de vos, y que desearia poder alguna cosa para la vuestra!...

—¡Oh, Paulina! exclamé estrechándola en mis brazos: decidme, ¿dudais un instante de mi amor? ¿Creeis que no me alejo con el corazón despedazado? ¿Creeis que el momento mas feliz de mi vida no será aquel en que vuelva á esta casita que nos separa del mundo entero?... Vivir con vos esta vida de hermano y de hermana, con la única esperanza

de dias mas felices aun, ¿creeis que no sea para mí una dicha mas grande que la que jamás hubiera osado esperar?... ¡Oh! decidme: ¿lo creeis?

—Sí lo creo, me respondió Paulina, porque dudar de ello seria ingratitud. Vuestro amor ha sido para mí tan delicado y sublime, que puedo hablar de él sin ruborizarme, como hablaria de una de vuestras virtudes... ¡En cuanto á esa felicidad mayor que esperais, Alfredo, yo no la comprendo!... Estoy cierta de que nuestra dicha consiste en la pureza misma de nuestras relaciones, y mientras mas estraña y singular sea mi posicion; mientras mas libre me vea de los deberes sociales, mas severa debo ser en cumplirlos para conmigo misma...

—Sí, si, le dije yo; os comprendo, y Dios me castigue si jamás he pretendido arrancar una flor de vuestra corona de mártir para poner en su lugar un remordimiento! Pero, en fin, pueden acontecer tales sucesos que os hagan libre... La misma vida adoptada por el conde, perdonadme si os recuerdo esto, le espone mas que á ningun otro...

—¡Oh! sí, ya lo sé; por eso no tomo jamas un periódico sin estremecerme; creedlo... La

idea de que puedo ver figurar el nombre que he llevado en algun proceso sangriento; al hombre que he llamado mi marido amenazado de una muerte infame... ¡Ah! ¡Qué hablais de felicidad en este caso, aun suponiendo que yo le sobreviviese!...

¡Paulina! primero... y antes que todo, no por eso dejaríais de ser para mí la mas pura y adorada de las mujeres... ¿No ha tenido él mismo el cuidado de poneros ai abrigo de sí mismo, de manera que ninguna mancha de su lodo ni de su sangre pueda alcanzaros?... Pero yo no queria hablar de esto, Paulina. El conde puede encontrar la muerte en un ataque nocturno ó en un duelo... ¡Oh! es horrible, sin duda, no tener otra esperanza de felicidad que la que debe salir de la herida ó de la boca de un hombre con su sangre y su último suspiro!.. Pero, en fin, para vos misma, tal conclusion, ¿no seria un beneficio de la casualidad... un olvido de la Providencia?...

—¿Y qué? dijo interrogándome Paulina.

—Entonces, Paulina, el hombre que sin condiciones se ha hecho vuestro amigo, vuestro protector, vuestro hermano, ¿no tendria derecho á otro título?

—¿Pero ese hombre ha reflexionado bien el compromiso que contraeria solicitándolo?

—Sin duda, y ve en ello muchas promesas de ventura, sin descubrir una causa de disgusto...

—¿Y ha pensado que yo estoy desterrada de Francia; que la muerte del conde no rompería este destierro, y que los deberes que me he impuesto, con respecto á su vida, me los impondria tambien con respecto á su memoria?...

—En todo he pensado, Paulina, le dije... El año que acabamos de pasar juntos ha sido el mas feliz de mi vida. Ya os he dicho que no tengo ningun lazo real que me ligue a punto del mundo mas que á otro... ¡El pais donde vos esteis, será mi patria!

—Pues bien, me dijo Paulina con un acento tan dulce, que mas bien que una promesa encerraba todas las esperanzas: volved con esos sentimientos, dejemos hacer al porvenir, y confiemos en Dios.

Entonces caí á sus pies y besé sus rodillas.

La misma noche salí de Londres; á mediodia llegué al Havre, y en una silla de posta á Paris á la una de la mañana.

Mi madre y mi hermana estaban en una reunion en casa de lord G..., embajador de Inglaterra. Pregunté si habian ido solas, y me dijeron que el conde Horacio las acompañaba; entonces me vestí rápidamente; me metí en un cabriolé, y me hice llevar á la embajada.

Cuando llegué, ya se habian retirado muchas personas, y los salones comenzaban á despejarse; pero sin embargo, aun habia bastante gente para que penetrase en ellos sin ser notado. Pronto vi á mi madre sentada y á mi hermana bailando; la una con su ordinaria tranquilidad de alma, y la otra con una alegria de niño. Me quedé á la puerta, pues no habia ido para hacer una escena de reconocimiento en medio de un baile, y ademas buscaba á otra persona que no debia estar lejos. En efecto, mi investigacion no fué larga, y vi al conde Horacio apoyado en el marco de una puerta frontera á la en que yo estaba.

Al instante lo reconocí; era sin duda el hombre que me habia pintado Paulina; el desconocido que habia entrevisto á los rayos de la luna en la abadía de Grand-Pré; encontré todo lo que buscaba en él: su fiso-

nomía, pálida y tranquila; sus rubios cabellos , que le daban el aire de la primera juventud; sus negros ojos , que imprimian á su semblante un caracter tan extraño , y aquella arruga de la frente , en fin , que de un año á entonces, á falta de remordimientos , los cuidados debian haber hecho mas ancha y profunda.

Terminada la contradanza, Gabriela fué á sentarse al lado de su madre , y entonces supliqué á un doméstico dijese á Mad. de Nerval y á su hija que un sugeto las esperaba en la sala de los abrigos. Ambas dieron un grito de alegría y de sorpresa, y como estábamos solos, pude abrazarlas. Mi madre no queria creer á sus ojos que me volvian á ver, ni á sus brazos que me estrechaban contra su corazón. Yo habia puesto tal diligencia en el viaje, que apenas pensaba ella en que su carta hubiese podido llegar á mis manos.

Ni mi madre ni mi hermana pensaban ya en volver á los salones , y envolviéndose en sus abrigos, dieron órden al lacayo de que acercase el coche. Gabriela dijo entonces algunas palabras al oido de su madre.

—Es justo, exclamò esta; y el conde Horacio...

—Mañana le haré yo una visita, y os escusaré, respondí yo.

—Aquí está, dijo Gabriela.

En efecto, el conde habia notado que las damas habian salido del salon, y no viéndolas entrar al cabo de algunos minutos, habia salido á buscarlas, y las encontraba dispuestas á marchar.

Confieso que todo mi cuerpo se estremeció al ver que se nos acercaba aquel hombre. Mi madre sintió mi brazo crisparse bajo el suyo, vió mis miradas cruzarse con las del conde, y con el instinto maternal que adivina todos los peligros, dijo al conde antes que ninguno de los dos hubiese abierto la boca:

—Perdonad, es mi hijo, á quien no veíamos hace un año, y que acababa de llegar de Londres.

El conde se inclinó.

—¿Seré el único, dijo con voz dulce, en sentir su vuelta, y me privará de la dicha de acompañaros?

—Es probable, caballero, respondí contentiéndome apenas; porque estando yo aquí, ni mi madre ni mi hermana tienen necesidad de otro acompañante

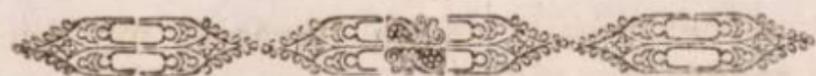
—¡Pero si es el conde Horacio! me dijo mi madre con viveza.

—Conozco al señor, contesté con un acento en el cual pretendí poner todos los insultos.

Vi que mi madre y mi hermana temblaban, y que el conde se puso horriblemente pálido, aunque no dió mas signo de emoción que esa palidez. Conociè los temores de mi madre, y con una urbanidad y comedimiento que me daban una leccion de lo que yo debí haber hecho, se inclinó y salió. Mi madre lo siguió con la vista con ansiedad, y cuando hubo desaparecido, dijo arrastrándome hácia el peristilo:

—¡Vamos; vamos!

Subimos al carruaje, y entramos en casa sin haber cambiado una sola palabra.



XV.

Ya puede comprenderse que nuestros corazones estaban llenos de pensamientos diversos; así fué, que al instante que entramos hizo mi madre señas á mi hermana de que se retirase á su cuarto. La pobre niña vino á presentarme su frente, como tenia costumbre de hacerlo en otro tiempo; pero

apenas sintió que mis labios la tocaban y que la estrechaban mis brazos, prorrumpió en lágrimas. Entonces penetró mi vista en su corazón, y tuve lástima de ella.

—Querida hermana, le dije: no debes quererme mal por cosas que son mas fuertes que yo. Dios es quien ordena los sucesos, y estos los que mandan á los hombres. Desde la muerte de mi padre, yo respondo de ti y de mi, y me corresponde velar sobre tu vida y haerla feliz.

—¡Oh! si, si; tu eres el dueño, me dijo Gabriela, y hará cuanto ordenares; está tranquilo; pero no puedo menos de temer, sin saber lo que temo, y de llorar, sin saber por que lloro.

—Tranquilízate, le respondí; el mayor de los peligros ha pasado ya, gracias al cielo que velaba sobre ti. Sube á tu cuarto; ora como debe hacerlo una jóven, pues la oración disipa los temores, y seca el llanto: ¡adios!

Gabriela me abrazó y salió: mi madre la miró con ansiedad, y cuando hubo cerrado la puerta, me dijo:

—¿Qué significa todo esto?

—Madre, le respondí en tono respetuoso,

pero firme; esto significa que es imposible ese matrimonio de que me habeis hablado, y que Gabriela no puede ser esposa del conde Horacio.

—Es que ya estoy casi comprometida, dijo mi madre.

Pues yo me encargo de romper ese compromiso.

—¿Pero me dirás por qué, sin razón alguna?...

—¿Me creéis bastante insensato, la interrumpí, para romper cosas tan sagradas como la palabra, sino tuviese motivos para ello?

—Pero me lo dirás...

—Imposible, imposible! Madre; estoy ligado por un juramento.

—Se que dicen muchas cosas contra Horacio; pero nada han podido probar. ¿Cree-
rias tu en esas calumnias?

—¡Creo á mis ojos, madre; yo he visto!..

—¡Oh!...

—Escuchad; bien sabeis cuanto os amo, á vos y á mi hermana; y si, cuando se trata de vuestra felicidad, soy capaz de tomar lijeramente de una resolución inmutable: sabeis, en fin, si en una circunstancia tan

suprema soy hombre para asustaros con una mentira; pues bien, madre; os lo digo; os lo juro; si ese enlace estuviera hecho; si no hubiese llegado á tiempo; si mi padre, en ausencia mia, no hubiera salido de la tumba para interponerse entre su hija y ese hombre; si Gabriela se llamase á estas horas Mad. de Beuzeval, solo me quedaria una cosa que hacer, y la haria, creedme; os arrebataria á ambas de aquí, huiria de Francia para no volver mas, y pediria en alguna tierra extranjera el olvido y la oscuridad en vez de la infamia que nos esperaria en vuestra patria.

—Pero no puedes decirme...

—Nada... he hecho un juramento... Si pudiese hablar, no tendria mas que pronunciar una palabra, y mi hermana estaria salvada.

—¿Pues la amenaza algun peligro?

—No, al menos mientras yo viva.

—¡Dios mio, Dios mio! dijo mi madre; ¡me espantas!

Vi que me habia arrebatado á pesar mio, y continué:

—Escuchad, tal vez todo esto sea menos grave de lo que yo temo. Nada estaba de-

cidido positivamente entre vos y el conde; nada se sabe aun en el mundo, sino rumores vagos y suposiciones, ¿no es esto?

—Esta noche era la segunda vez que el conde nos acompañaba.

—Pues bien, madre; tomad cualquier pretesto para no recibir, y cerrad vuestra puerta á todo el mundo, al conde como á todos. Yo me encargo de hacerle comprender que sus visitas serian inútiles.

—Alfredo, me dijo mi madre asustada; prudencia sobre todo, consideraciones: el conde no es un hombre á quien se despida así, sin darle una razon plausible.

—Tranquilizaos, madre; lo haré con todos los miramientos necesarios. En cuanto á esa razon plausible, yo le daré una.

—Obra como quieras, pues eres el jefe de la familia, Alfredo, y nada haré yo contra tu voluntad; pero, en nombre del cielo, mide las palabras que digas al conde y, si rehusas, dulcifica cuanto puedas la negativa. Tienes razon, continuó, viendo que yo tomaba una bugía para retirarme: no pensaba ya en tu cansancio; acuéstate, y mañana habrá tiempo de pensar en todo esto.

La abracé, y cuando iba á retirarme, me

«Detuvo por una mano diciéndome:

—¿Me prometes contemporizar con la fiereza del conde?

—Os lo prometo, madre, contesté abrazándola de nuevo.

Mi madre tenía razón en pensar en mi cansancio, pues me acosté y dormí de un sueño hasta las diez de la mañana siguiente.

Como esperaba, encontré al despertarme una carta del conde, pero no creí que usase de tanta calma y comedimiento, pues era la carta un modelo de urbanidad y cortesía. Hela aquí:

«Caballero: Por mas deseo que tuviese de hacer llegar prontamente á vuestras manos esta carta, no he querido dirigíros-la ni por un doméstico ni por un amigo, pues este método, adoptado generalmente en semejantes circunstancias, hubiera podido despertar inquietudes entre las personas que os son caras, y á quienes me permitiréis mirar aun, á pesar de lo ocurrido ayer en casa de lord G..., no como á estrañas ni á indiferentes.

»Sin embargo, caballero; fácilmente com-

prendereis que algunas palabras cambiadas entre nosotros exigen una esplicacion. ¿Se-
reis bastante bueno para indicarme la hora
y el lugar en que pedais dárme la? Creo que
la naturaleza del negocio exige que sea se-
creta y sin mas testigos que las personas in-
teresadas; no obstante, si lo deseais, llevaré
dos amigos.

«Creo haberos dado ayer la prueba de que
os consideraba ya como hermano; y creed
que me costaria mucho renunciar á este tí-
tulo, y que me seria preciso hacer violencia
á todas mis esperanzas y á todos mis senti-
mientos para trataros nunca como á enemi-
go ó adversario.

«Conde Horacio.»

Inmediatamente respondí:

«Señor conde: No os equivocábais, pues
esperaba vuestra carta, y os doy gracias muy
sinceramente por las precauciones que ha-
beis tomado para hacerla llegar á mis ma-
nos. Sin embargo, como esas precauciones
serian inútiles con respecto á vos, y es im-
portante recibais prontamente mi respuesta,

permitidme que os la envíe por medio de mi criado.

«Así como lo habeis pensado, una explicacion es necesaria entre nosotros, y hoy mismo tendrá lugar si lo llevais á bien. Saldré á caballo, y me pasearé de doce á una en el bosque de Boulogne, avenida de la Muette. No tengo necesidad de deciros, señor conde, que tendré un gran placer en encontraros allí. En cuanto á los testigos, mi parecer, perfectamente de acuerdo con el vuestro, es que son inútiles para esta primera entrevista.

«Para responder de todo punto á vuestra carta, solo me resta, señor conde, hablaros de mis sentimientos hácia vos. Muy sinceramente desearia que los que yo os he inspirado estuviesen tambien en mi corazon con respecto á vos; mas, por desgracia, no me son dictados por mi conciencia.

«Alfredo de Nerval.»

Escrita y enviada esta carta, bajé á ver á mi madre, que, habiéndose informado de si alguna persona habia ido de parte del conde Horacio, recibió una respuesta negativa

de los criados, y estaba mas tranquila. Mi hermana habia pedido y alcanzado permiso para permanecer en su cuarto, y cuando concluí de almorzar, me llevaron el caballo que habia pedido. Segun mis instrucciones, la silla tenia fundas, y coloqué en ellas unas excelentes pistolas de desafio, pues no olvidé que el conde Horacio jamás salia sin armas.

Era tan grande mi impaciencia, que á las once y cuarto ya estaba en el lugar de la cita, que recorrí en toda su longitud, y al volverme distinguí un caballero en la otra estremidad. Apenas nos reconocimos, echamos los caballos al galope, y nos encontramos en la mitad de la avenida. Advertí que el conde, lo mismo que yo, llevaba pistole-
ras en la silla de su caballo.

—Ya veis, me dijo el conde Horacio, saludándome con cortesía y la sonrisa en los labios, que mi deseo por encontraros era igual al vuestro, porque ambos hemos adelantado la hora.

—Cien leguas he andado en un dia y una noche por tener este honor, señor conde, le respondí, inclinándome tambien.

—Presumo que los motivos que os han

traído con tanta presteza no son secretos que yo no pueda saber; y aunque mi deseo de conoceros y estrecharos la mano me hubiese determinado fácilmente á hacer una correría semejante en menos tiempo aun, si hubiera sido posible, no tengo la fatuidad de creer que una razon semejante os haya hecho volver de Inglaterra.

—Y creéis muy bien, señor conde; intereses mas poderosos; intereses de familia, en los cuales estaba á punto de comprometerse nuestro honor, han sido la causa de mi salida de Lóndres y de mi llegada á Paris.

—Los términos de que usais, repuso el conde inclinándose de nuevo, y con una sonrisa cuya espresion se hacia cada vez mas amarga, me hacen esperar que esa vuelta no ha tenido por causa la carta que os ha dirigido Mad. de Nerval, dándoos parte de un proyecto de union entre la señorita Gabriela y yo.

—Os engañais, caballero; pues únicamente he venido para oponerme á ese matrimonio, que no puede efectuarse.

El conde palideció, y se contrajeron sus labios; pero casi al instante volvió á su calma habitual.

—Espero, me dijo, que apreciareis el sentimiento que me ordena oír con sangre fría las estrañas respuestas que me dais. Esta sangre fría es una prueba del deseo que tengo de vuestra alianza, y este deseo es tal, que tendré la indiscrecion de llevar la investigacion hasta lo último. ¿Me hareis el honor de decirme cuáles son las causas que puedan traerme de parte vuestra esa ciega antipatía que tan francamente espresais? Andemos, si gustais, uno al lado de otro y continuaremos hablando.

Puse mi caballo al paso del suyo, y seguimos la avenida en la apariencia de dos amigos que se pasean.

—Ya os escucho, caballero, repuso el conde.

—En primer lugar, le respondí, permitidme que rectifique vuestro juicio sobre la opinion que tengo de vos; no es una antipatía ciega, es sí un desprecio razonado.

El conde se levantó sobre los estribos como un hombre que llega á lo último de su paciencia; luego pasó una mano por su frente, y dijo con voz en que era difícil distinguir la menor alteracion:

—Tales sentimientos son bastante peligrosos para que se les adopte, y sobre todo se

les manifieste, sino despues de un conocimiento perfecto del hombre que los inspira.

—¿Y quién os dice que yo no os conozco perfectamente, caballero? respondí mirándolo de frente.

—Sin embargo, si no me engaña mi memoria, ayer nos vimos por la primera vez.

—Y sin embargo, la casualidad, ó mas bien la Providencia, nos habia acercado ya: es verdad que era de noche y que no me visteis.

—Ayudad mis recuerdos, dijo el conde; pues soy muy torpe para los enigmas.

—Yo estaba en las ruinas de la abadía de Grand-Pré la noche, del 27 al 28 de setiembre.

El conde se estremeció y llevó la mano á la pistolera, y yo hice el mismo movimiento que él notó.

—¿Y qué? añadió reponiéndose al instante.

—¡Y qué! Que os vi salir del subterráneo, que os vi enterrar una llave.

—¿Y qué determinacion tomásteis en consecuencia de esos descubrimientos?

—La de no dejaros asesinar á la señorita Gabriela de Nerval, como habeis intentado

asesinar á la señorita Paulina de Meulien.

—¡Paulina no ha muerto!... exclamò el conde parando su caballo, y olvidando, por esta vez solamente, la sangre fria infernal que no habia perdido un minuto.

—No, caballero; Paulina no ha muerto, respondí parándome tambien; Paulina vive á pesar de la carta que le escribísteis, á pesar del veneno que le dejásteis, á pesar de las tres puertas que cerrásteis tras de ella, y que abrí yo con la llave que os vi enterar. ¿Comprendéis ahora?

—Perfectamente, contestó el conde con la mano oculta en una de las pistoleras; pero lo que no comprendo es que poseyendo esos secretos y pruebas no me hayais denunciado simple y llanamente.

—Es que he hecho un juramento sagrado, caballero, y que me veo obligado á mataros en duelo como si fuérais un hombre de bien. Con que soltad las pistolas, porque asesinandome podríais echar á perder vuestro negocio.

—Teneis razon, respondió el conde abotonando las pistoleras, y volviendo á poner su caballo al paso. ¿Cuándo nos batimos?

—Mañana por la mañana, si gustais, contesté soltando la brida al mio.

—Perfectamente; ¿y dónde?

—En Versalles, si el sitio os agrada.

—Muy bien. A las nueve os esperaré en la pieza de los Suizos con mis padrinos.

—Max y Enrique, ¿no es verdad?...

—¿Teneis que decir algo contra ellos?

—Tengo, que quiero batirme con un asesino, pero no que tome por segundos á sus dos cómplices. Si lo permitís, se arreglará la cosa de otro modo.

—Sentad las condiciones, dije el conde mordiéndose los labios hasta saltarse la sangre.

—Como es preciso que nuestro encuentro quede en secreto para todo el mundo, sea cualesquiera su resultado, elegiremos nuestros padrinos entre los oficiales de la guarnicion de Versalles, pues asi ignorarán la causa del duelo, y asistirán únicamente para prevenir la acusacion de asesinato. ¿Os conviene?

—Muy bien, caballero... Ahora, ¿qué armas?

—Ahora... como con la espada podríamos hacernos únicamente algun pobre y mezquino rasguño, que solo nos impidiese continuar el combate, me parece preferible la

pistola. Llevad vuestra caja y yo llevaré la mía.

—Pero, respondió el conde, teniendo ambos armas y estando fijadas las condiciones, ¿por qué dejar para mañana un negocio que podríamos terminar ahora mismo?

—Porque tengo que tomar algunas disposiciones, y me parece que merezco esta concesion: en cuanto al temor que os preocupa tranquilizaos, pues repito que tengo hecho un juramento.

—Basta, caballero, respondió el conde inclinándose: hasta mañana á las nueve.

==Hasta mañana á las nueve.

Nos saludamos por última vez, y nos alejamos al galope.

El plazo que habia pedido el conde no era demasiado largo para poner en órden mis negocios, y apenas entré en mi cuarto me encerré por dentro.

Yo no me disimulaba que las probabilidades del combate eran aventuradas, pues conocia á fondo la sangre fria y destreza del conde, y podia matarme: para este caso debia asegurar la posicion de Paulina.

Aunque en todo lo que acabo de contarte no haya pronunciado ni una vez su nombre,

no tengo necesidad de decirte que su recuerdo no se alejó un instante de mi pensamiento. Las ideas que se despertaron en mí cuando volví á ver á mi madre y á mi hermana, se colocaron al lado de su recuerdo sin tocarle, y conocí cuánto la amaba por el dolor que espermenté al tomar la pluma para escribirle, tal vez por la última vez. Terminada la carta, incluí en ella un contrato de renta de diez mil francos, poniendo en el sobre la direccion para el doctor Sercey, Grosvenor Square en Lóndres.

El resto del día, y una parte de la noche, se pasaron en preparativos de este género, y á las dos de la mañana me acosté, encargando á mi criado que me despertase á las seis.

Obedeció, pues era un hombre con quien sabia podia contar; uno de esos viejos servidores como los que se encuentran en los dramas alemanes, que los padres legan á sus hijos, y que yo habia heredado de mi padre. Dile la carta para el doctor, con orden de llevarla él mismo á Lóndres, si me mataban, y doscientos luises para los gastos del viaje, si lo efectuaba, y en caso contrario á título de gratificacion. Tambien le en-

señé el pupitre en que dejaba encerrada mi despedida á mi madre, para que la entregara si la suerte me era fatal, y le encargué me tuviese preparada una silla de posta hasta las cinco de la tarde, á cuya hora, si yo no habia vuelto, marcharia á Versailles para informarse de mí. Tomadas estas precauciones, monté á caballo, y á las nueve menos cuarto ya estaba en el sitio convenido, con mis dos padrinos, que eran dos oficiales de húsares completamente desconocidos para mí, y que sin embargo no vacilaron en prestarme el servicio que les pedia. Bastóles saber que era un negocio en el cual estaba comprometido el honor de una familia respetable para que aceptasen sin preguntar mas.

Apenas hacia cinco minutos que esperábamos, cuando llegó el conde con sus padrinos; comenzamos á buscar un lugar conveniente, y no tardamos en encontrarlo, gracias á nuestros padrinos, acostumbrados á descubrir este género de localidades. Ya en el terreno, dimos parte á aquellos señores de nuestras condiciones, y les suplicamos examinasen las armas, que eran, las del conde pistolas de Lepage, y las mias de Devis-

mes, unas y otras del mismo calibre, como lo son casi todas las de desafío.

El conde no desmintió entonces su reputacion de bravura y cortesía, y quiso cederme todas las ventajas; pero yo las rehusé. Decidiose que la suerte arreglaria los lugares y el órden de hacer fuego, y se fijó la distancia en veinte pasos: los límites los marcamos con otra pistola cargada, á fin de que pudiéramos continuar el combate, si ni uno ni otro nos heríamos mortalmente al primer tiro.

La suerte favoreció al conde dos veces seguidas, pues ganó la eleccion de puestos y la prioridad en tirar, y en seguida fue á colocarse de cara al sol, adoptando voluntariamente la posicion mas desventajosa; advertile esto, pero él se inclinó respondiendo que pues la suerte le habia hecho dueño de optar, desearia quedarse en aquel puesto: entonces fui á tomar el mio á la distancia convenida.

Mientras que los padrinos cargaban las armas, tuve tiempo para examinar al conde y, debo decirlo, constantemente guardó la actitud fria y tranquila de un hombre valiente. Pron'o nos presentaron los padrinos

una pistola á cada uno, y colocaron la otra á nuestros pies, alejándose en seguida. Entonces me renovó el conde la invitacion de tirar primero, y tambien la rehusé; saludamos luego á nuestros padrinos, y me puse en guardia, cubriéndome cuanto pude el rostro con la coz de la pistola, cuyo cañon caia sobre mi pecho en el vacío formado entre el antebrazo y el hombro.

Apenas habia tomado estas precauciones, cuando el padrino de mas edad dió la señal diciendo:—«Vamos, señores.» Al mismo tiempo vi el fogonazo y oí el tiro de la pistola del conde, y sentí una doble conmocion en el pecho y en el brazo: la bala habia encontrado el cañon de la pistola, y al desviarse me habia atravesado la carne del hombro. El conde pareció sorprendido de no haberme visto caer.

—¿Estais herido? me dijo dando un paso adelante,

—No es nada, respondí tomando mi pistola con la mano izquierda. Ahora yo, caballero.

El conde tiró la pistola descargada, tomó la otra, y se colocó en su puesto.

Apunté lenta y friamente, y luego hice

fuego. Al principio creí que no le habia tocado, porque permaneció inmóvil, y le vi levantar la segunda pistola; pero antes de que el cañon estuviese á mi altura, se apoderó de él un temblor convulsivo, dejó caer el arma, quiso hablar, arrojó una poca de sangre por la boca, y cayó muerto. La bala le habia atravesado el pecho.

Los padrinos se acercaron primero al conde, y luego á mí; y como habia entre ellos un cirujano mayor, le supliqué diese sus cuidados á mi adversario, pues lo creia mas herido que yo.

—Es inútil, me respondió; ya no tiene necesidad de los cuidados de nadie.

—¿Me he portado como hombre de honor, señores? les pregunté.

Y ellos se inclinaron en signo de adhesion.

—Entonces, doctor, tened la bondad de ponerme cualquiera cosa en este rasguño para detener la sangre, pues necesito marcharme al instante.

Cuando el cirujano concluyó de vendarme me dijo uno de los oficiales:

—¡A propósito! ¿Dónde se ha de llevar el cuerpo de «vuestro amigo?»

—Calle de Bourbon, número 16, respon-

dí sonriendo á pesar mio, casa de Mr. de Beuzeval.

Diciendo estas palabras monté á caballo, y dando otra vez gracias á aquellos señores por su buena y leal asistencia, los saludé, y tomé al galope el camino de Paris.

Ya era tiempo de que llegase, pues mi madre estaba desesperada; no habiéndome visto bajar á la hora del desayuno, habia subido á mi cuarto, y en uno de los cajones del pupitre encontrado la carta que le estaba destinada.

Arranquela de sus manos, y la tiré al fuego, con la que escribí á Paulina, y despues la abracé como se abraza á una madre á quien se ha estado á punto de no volver á ver mas.

XVI.

Ocho dias despues de la escena que acabo de contarte estábamos en nuestra casita de Picadilly sentados y almorzando, cuando Paulina, que leia un periódico inglés, palideció de pronto de una manera horrible, dejó caer el diario, dió un grito, y se desmayó.

Llamé con violencia, y acudiendo las criadas, la trasladamos á su cuarto, y mientras la desnudaban, bajé para mandar avisar al doctor y para ver en el diario la causa de su desmayo. Mi vista se fijó al instante en estas líneas traducidas del *Courrier Français*:

«En este momento recibimos los mas singulares y misteriosos detalles sobre un duelo que se ha verificado en Versalles. Antes de ayer, 5 de Agosto, dos jóvenes, que parecían pertencer á la aristocracia paricién, llegaron á aquella ciudad á caballo y sin doméstico; y suplicando á unos oficiales que les sirviesen de padrinos, se batieron á la pistola á veinte pasos de distancia: uno de ellos ha muerto, y el otro cuyo nombre se ignora marchó al instante á Paris, á pesar de tener atravesado un hombro de una bala. El muerto se llama el conde Horacio de Beuzeval.»

El efecto que este párrafo produjo en Paulina, fue tanto mas grande, cuanto que yo no habia pronunciado el nombre de su marido despues de mi vuelta, ni la habia preparado aun para esta revelacion que tan brutalmente le hacian los papeles públicos,

y que podia resentir su salud siempre delicada y vacilante.

En este momento entró el doctor, y le dije que una emoci6n violenta habia producido en Paulina una nueva crisis. Subimos á su cuarto, y la enferma seguia desmayada á pesar de haberle rociado el semblante con agua y héchole respirar sales. El doctor habló de sangrarla, y comenzó los preparativos para esta operacion; entonces me faltó el valor y temblando huí al jardin.

Allí estuve media hora con la cabeza apoyada en mis manos, y el cerebro agitado por los mil pensamientos que se chocaban en mi espíritu. En todo lo que acababa de pasar habia seguido yo pasivamente el doble interés de mi odio al conde y de mi amistad á mi hermana: detestaba á este hombre desde el dia en que me robara mi felicidad casándose con Paulina, y la necesidad de una venganza personal, el deseo de devolver mal físico en cambio del dolor moral, me habian arrastrado casi á pesar mio. Ahora todo estaba terminado, y veia desarrollarse sus consecuencias.

Sentí que me tocaban en el hombro: era el doctor.

—¡Y Paulina! exclamé juntando las manos.

Ya ha vuelto en sí.

Me levanté para correr á ella; pero el doctor me detuvo, diciendo:

—Escuchad, el accidente que acaba de sucederle es grave, y antes que todo es necesario reposo... No entreis ahora en su cuarto.

—¿Y por qué? le dije.

—Poque es importante que no sufra ninguna emocion violenta. Jamás os he hecho preguntas acerca de vuestra posicion con respecto á ella, ni tampoco os pido una confidencia: vos la llamais hermana; ¿lo sois en efecto? Esto no me importa como hombre, pero sí mucho como médico... Vuestra influencia, vuestra voz, tienen sobre Paulina una influencia visible. . Siempre lo he notado, y aun ahora mismo cuando yo tenia su mano, vuestro solo nombre pronunciado aceleró de una manera sensible el movimiento de su pulso. He prohibido que nadie entre en su cuarto hoy; conque no vayais contra mis preceptos.

—¡Pero eso es peligroso! exclamé yo.

Todo lo es para una organizacion conmo-

vida como la suya: hubiera sido preciso darle un brebaje que le hiciera olvidar lo pasado, pues hay en ella algún recuerdo, alguna pena que la devora.

—Sí, sí, respondí; nada se os oculta, y todo lo habeis visto con los ojos de la ciencia. No, no es mi hermana, no es mi mujer, no es tampoco mi querida. Es un ser angelical á quien amo sobre todo, á quien sin embargo no puedo dar la felicidad, y que morirá en mis brazos con su corona de vírgen y de mártir... Haré lo que queráis, doctor: no entraré sino cuando lo permitáis, y os obedeceré como un niño: ¿pero cuándo os volveré á ver?

—Hoy mismo volveré...

—¿Y qué voy yo á hacer, Dios mio?

—¡Vamos, valor... sed hombre!...

—¡Si supiérais cuánto la amo!...

El doctor me apretó la mano, y lo acompañé hasta la puerta donde permanecí inmóvil. Al fin salí de aquella apatía; subí maquinalmente la escalera; me acerqué á la puerta de su cuarto, y no osando entrar, escuché. Al principio creí que dormía; pero pronto llegaron á mis oídos algunos sollozos sofocados, y puse la mano en la llave; pero

recordé mi promesa, y por no faltar á ella salí de la casa, y subiendo en el primer carruaje que pasó, me hice conducir á Regent's-Park.

Por allí anduve errante dos horas como un loco entre los árboles y las estatuas y volviendo á casa encontré á la puerta un criado que salia corriendo en busca del doctor. Paulina estaba en una nueva crisis nerviosa y acometida del delirio. Esta vez no pude resistir me precipité en su cuarto, me arrojé junto á su lecho, y tomé una de sus manos: ella no pareció advertir mi presencia; su respiracion era entrecortada, tenia cerrados los ojos, y algunas palabras sin hilacion se escapaban febrilmente de su boca. Llegó el doctor.

—No me habeis cumplido la palabra, me dijo.

—¡Ay, no me ha conocido! le respondí.

Sin embargo, al sonido de mi voz sentí que su mano se estremecía, y cedí mi puesto al doctor, que la tomó el pulso y declaró ser necesaria una segunda sangría: no obstante la agitacion fue siempre creciente, y por la tarde se declaró una fiebre cerebral.

Ocho dias y ocho noches fué Paulina presa

de un delirio espantoso, durante el cual no conoció á nadie, creyéndose siempre amenazada, y pidiendo sin cesar socorro: despues comenzò á perder su intensidad el mal, y una debilidad estremada sucedió aquella insensata exaltacion. En fin, la mañana del noveno dia, al abrir los ojos despues de un sueño poco mas tranquilo, me reconoció y pronunció mi nombre. Lo que entonces pasó en mí es imposible describirlo, y arrodillándome al pié de la cama comencé á llorar. En este momento entró el doctor, y temiendo que dañasen á Paulina las emociones, exigió que me retirase á lo cual quise resistirme; pero Palina me estrechó la mano, diciéndome con voz dulce:

= ¡Id!...

Hacia ocho dias con sus noches que no me acostaba, y acostándome un poco mas tranquilo sobre su estado, me dormí en un sueño de que tenia casi tanta necesidad como ella.

La inflamacion fué cediendo poco á poco, y al cabo de tres semanas solo tenia Paulina una gran debilidad; pero la enfermedad crónica de que hacia un año estaba amenazada hizo tristes progresos. El doctor nos

aconsejó el remedio que ya la habia curado, y resolví aprovecharme de los últimos hermosos dias del año para recorrer con ella la Suiza, y de ahí llegar á Nápoles para pasar el invierno. Di parte de este proyecto á Paulina, y ella sonrió tristemente de la esperanza que yo fundaba en esta distraccion, y luego consintió en todo con una sumision de niño. En consecuencia salimos para Ostende, atravesamos la Flandes, subimos el Rhin hasta Basilea, visitamos los lagos de Rienne y de Neufchatel, nos detuvimos algunos dias en Ginebra, y por último, acabábamos de visitar á Altorf, cuando nos encontramos en Fluclen, á orillas del lago de los Cuatro Cantones.

Ahora comprenderás por qué no pudimos esperarte: viendo Paulina tu intencion de aprovecharte de nuestra barca, me habia preguntado tu nombre, y recordó haberte encontrado muchas veces, ya en casa de la condesa de M... ya en la de la princesa de Bel... A la sola idea de encontrarse frente á frente contigo, tomó su rostro tal expresion de espanto, que me asusté, y ordené á mis bateleros que se alejasen á fuerza de remos, pensases lo que quisieras de mi im-

política. Paulina se acostó en el fondo de la barca, y sentándome yo á su lado, apoyó la cabeza en mis rodillas. Hacia dos años justos que la pobre jóven habia salido de Francia, padeciendo del mismo modo que ahora, y apoyada en mí; y en todo este tiempo yo habia cumplido fielmente el compromiso que contraje, velando sobre ella como un hermano, respetándola como á hermana. Todas las preocupaciones de mi espíritu habian tenido por objeto ahorrarle un dolor ó proporcionarle un placer, y todos los deseos de mi alma girado enrededor de la esperanza de ser un día amado por ella. Cuando se ha vivido mucho tiempo al lado de una persona, hay ciertas ideas que ocurren al mismo tiempo á ambos. Vi sus ojos que se arrasaban en lágrimas, dió luego un suspiro, y apretándome la mano, que tenia entre las suyas, me dijo:

—¡Cuán bueno sois!

Me estremecí al ver que respondia tan bien á mi pensamiento.

—¿Creeis que he hecho lo que debia hacer? le dije.

—¡Oh! habeis sido para conmigo el ángel de la guarda de mi infancia, que habia vo-

lado un instante, y que Dios me ha devuelto con el nombre de hermano.

—¿Y en cambio de esta adhesion, no hareis nada por mí?

—¡Ay! ¿Qué puedo yo ahora por vuestra felicidad? me dijo Paulina: ¿amaros?... Alfredo, delante de este lago, de estas montañas, de este cielo, de toda esta naturaleza sublime, delante de Dios que lo ha criado todo; sí, Alfredo, ¡os amo! Nada os enseñe de nuevo diciéndoos esto.

—¡Oh! Sí, sí, ya lo sé, le respondí; pero no es bastante amarme; es preciso que vuestra vida se una á la mia por lazos indisolubles; es preciso que esta proteccion que he obtenido como un favor sea para mi un derecho.

Paulina sonrió tristemente.

—¿Por qué os sonreis asi? la dije.

—Es que siempre veis vos el porvenir de la tierra, y yo el porvenir del cielo.

—¡Todavía!...

—Nada de ilusiones, Alfredo; las ilusiones son las que hacen los dolores amargos é incurables. Si yo conservara alguna ilusion, ¿creeis que no hubiese hecho conocer á mi madre que aun vivia? Pero entonces me hu-

biera sido preciso dejar por segunda vez á mi madre y á vos, y eso era demasiado. Por eso he tenido de antemano lástima de mí misma, y me he privado de una grande alegría para ahorrarme un supremo dolor.

Yo hice un movimiento de súplica.

—¡Os amo, Alfredo! me repitió: esto os diré mientras que mi boca pueda pronunciar dos palabras; no me pidais nada mas, y velad vos mismo porque yo no muera con un remordimiento...

¿Qué podia yo decir, qué podia yo hacer ante tal conviccion? Tomar á Paulina en mis brazos y llorar con ella sobre la felicidad que Dios hubiera podido concedernos, y sobre la desgracia que la fatalidad nos proporcionaba.

Permanecimos algunos dias en Lucerna, y luego marchamos á Zurich, bajando el lago y arribando á Pfeffers. Contábamos con detenernos allí una semana ó dos, pues yo esperaba que las aguas termales harian provecho á Paulina. Fuimos á visitar la fuente fecunda en que yo fundaba esta esperanza, y al volver te volvimos á encontrar en aquel punto estrecho, en aquel subterráneo sombrío: casi rozó contigo Paulina, y este nue-

vo encuentro le causó tal emoción, que al instante quiso marchar. Yo no me atreví á insistir, y tomamos sobre la marcha el camino de Constanza.

Ya no podia dudar nada; Paulina se debilitaba de una manera visible. Tu no has experimentado ni experimentarás jamás el atroz suplicio de sentir á un corazón que se ama, cesar lentamente de vivir bajo tu misma mano, contar todos los dias, con el dedo sobre la arteria, algun latido febril mas, y decir, con un sentimiento reunido de amor y de dolor, que una semana, quince dias, un mes despues, aquella creacion de Dios, que vive, que piensa, que ama, solo será ya un cadáver frio, sin palabra y sin amor.

Mientras mas se acercaba el tiempo de nuestra separacion, mas parecia que Paulina habia reunido en estos últimos momentos los tesoros de su talento y de su alma. Sin duda que mi amor poetiza este crepúsculo de mi vida; pero mira, este último mes que trascurió entre el momento en que te encontramos en Pefeffer, y aquel en que desde el terrado de una posada dejastes caer á orilla del lago Mayor aquel ramillete de azahar en nuestro coche, este último mes,

repito, estará siempre presente en mi memoria, como ha debido estarlo al espíritu de los profetas la aparición de los ángeles que les llevaban la palabra del Señor.

Así llegamos á Arona, donde solo estuvimos una noche, porque mi mayor deseo era llegar á Nápoles, pues Paulina parecía muy aliviada con el viento de Italia. Sin embargo, la mañana siguiente parecía tan mala, que no pudo levantarse sino muy tarde, y en vez de continuar nuestro viaje en coche, tomé un barco para llegar á Sesto-Calenda. Embarcámonos á las cinco de la tarde, y á medida que nos acercábamos, veíamos, á los últimos rayos tibios y dorados del sol, la pequeña ciudad acostada á los pies de sus colinas, y sobre estas sus deliciosos jardines de naranjos, de mirtos y laureles rosados. Paulina los miraba con tal animación, que me dió alguna esperanza de que sus ideas fuesen menos tristes.

—¿Creeis que será muy dulce vivir en este delicioso país? le pregunté.

—No, respondió; creo que será menos doloroso morir en él. Siempre he deseado las tumbas de ese modo, colocadas en medio de un hermoso jardín embalsamado, rodeadas

de arbustos y de flores. ¡Entre nosotros no se ocupan bastante de la última morada de aquellos á quienes se ama; se adorna su lecho de un dia, pero se olvida su cama de la eternidad!... Si muriese antes que vos, repuso sonriendo, y si sois bastante generoso para continuar á la muerta los cuidados de la vida, quisiera que os acordáseis de lo que acabo de decir.

—¡Oh, Paulina, Paulina! exclamé estrechándola contra mi corazón: ¡no me habléis así, me matais!

—Quería deciros esto una vez por todas, amigo mio; pues sé que lasta con una vez para que no lo olvideis jamás. No, teneis razon; no hablemos mas de esto... Además me siento mejor... Nápoles me aliviará mucho. Hace tiempo que tengo ganas de ver á Nápoles...

—Allá estaremos muy pronto, y tomaremos para este invierno una casita en Sorrento ó en Resina: allí lo pasareis calentándoos al sol, que no se apaga nunca, y luego en la primavera volveréis á la vida con toda la naturaleza... ¡Qué teneis, Dios mio!...

¡Oh, sufro mucho! dijo Paulina llevándose la mano al pecho. Ya lo veis, Alfredo; la

muerte está celosa aun de nuestros sueños, y me envia el dolor para despertarnos.

En silencio permanecemos hasta que arribamos. Paulina quiso andar, pero estaba tan débil, que vacilaren sus rodillas. Comenzaba á ser de noche, y la tomé en mis brazos para llevarla hasta la posada.

Hice que me prepararan un cuarto al lado del suyo. Hacia mucho tiempo que habia entre nosotros alguna cosa de santo, de fraternal y de sagrado, que hacia que ella se durmiese ante mis ojos como ante los de una madre; y viendo que estaba peor que nunca y que era imposible continuar el camino al dia siguiente, envié un espreso con mi carruaje á Milan para que trajese á Sesto al doctor Scarpa.

Volví al cuarto de Paulina, que ya estaba acostada, y me senté á su cabecera. Hubiérase dicho que tenia alguna cosa que decirme y no se atrevia. Por la vigésima vez sorprendí su mirada fija en mí con una expresion indecible de duda.

—¿Qué quereis? le dije: deseais preguntarme y no os atreveis. Muchas veces os he visto mirarme asi; ¿no soy vuestro amigo, vuestro hemano?

—¡Oh! sois mas que todo eso, me respondió, y no hay nombre para decir lo que sois. Sí, sí; me atormenta una duda, una duda terrible!... Yo la aclararé mas tarde... en un momento en que no oseis mentirme; pero todavia no es hora. Os miro, por veros el mas largo tiempo posible y... ¡porque os amo!...

Tomé su cabeza y la recosté en mi hombro, y asi permanecimos cerca de una hora, sintiendo su aliento mojar mis mejillas y su corazon latir contra mi pecho. En fin, me aseguró que se sentia mejor, y me suplicó que me retirase. Levantéme para obedecerla, y como de costumbre, acercaba mi boca á su frente, euando ella me echó los brazos al cuello, y apoyando sus labios en los míos: «¡Te amo!» murmurò en un beso: y dejó caer la cabeza sobre la almohada. Quise tomarla en mis brazos, pero me rechazó dulcemente sin abrir los ojos, y diciéndome: «Déjame, Alfredo mio... te amo... soy feliz...»

Salí del aposento porque no podia permanecer allí en el estado de exaltacion en que aquel beso febril me habia puesto y entré en el mio dejando entornada la puerta de comunicacion, á fin de correr pronto á

su lado si oia el menor ruido; y luego, en vez de acostarme, abrí la ventana para buscar un poco de fresco.

El balcon de mi cuarto daba á aquellos jardines encantados que habíamos visto desde el lago. En medio de los bosquecillos de limoneros y de laurel rosado, se destacaban algunas estátuas sobre sus pedestales á los rayos de la luna. A fuerza de fijar los ojos en una de ellas, se turbó mi vista, y me pareció que se animaba y que me hacía señas con la mano enseñándome la tierra. Pronto fué tan grande esta ilusión, que creí me llamaba, y me llevé las manos á la frente, porque creia volverme loco. Mi nombre, pronunciado por segunda vez con voz lastimera, me hizo estremecer, y entré en mi cuarto para escuchar; otra vez llegó mi nombre á mis oidos, pero mas débil, la voz venia del aposento inmediato; era Paulina que me llamaba, y acudí á ella.

Era la misma... espirante, que no habia querido morir sola, y que, viendo que yo no le respondia, se habia bajado del lecho para buscarme en su agonía, y estaba arrodillada en el suelo... Precipitéme á ella para tomarla en mis brazos; pero me hizo señas de que tenia algo que pedirme... Mas no pu-

diendo hablar, y conociendo que iba á morir, arrancó con sus manos una de las mangas de mi camisa, descubrió la herida, apenas cerrada, que tres meses antes me habia hecho la bala del conde Horacio, y señalándome con el dedo la cicatriz, dió un grito, cayó de espalda, y cerró los ojos.

Condújela al lecho, y solo tuve tiempo para acercar mis labios á los suyos, y recoger su último aliento con un último suspiro.

La voluntad de Paulina fué cumplida; y ahora duerme en uno de aquellos jardines que dominan el lago en medio del perfume de los naranjos y á la sombra de los mirtos y de los laureles.

—Lo sé, respondí yo á Alfredo, porque llegué á Sesto cuatro dias despues que tú te marchaste, y sin saber lo que encerraba fui á orar á su tumba.

FIN.



VIDA Y AVENTURAS

DEL CÉLEBRE

SCARAMUCHA.



TIBERIO FLORILLI, llamado por otro nombre Scaramucha, nació en Nápoles en 1608; su padre era capitán, y queriendo casarse en segundas nupcias con una prima suya de la ciudad de Capua, jamas pudo obtener la correspondiente licencia del obispo, á causa del parentesco que mediaba entre los contrayentes.

Con este motivo se suscitò un gran altercado entre el capitan y del hermano el prelado, que queriendo reunir la burla á las amonestaciones, irritò de tal modo al padre de nuestro Scaramucha, que sin meterse mas en chiquitas le atravesó el cuerpo con su espada, dejándole por consiguiente muerto en el mismo sitio.

Estando ya metido en este compromiso, se vió obligado á dejar el reino de Nápoles para evadirse del rigor de las leyes; hallándose pues en un pais extranjero, y sin otra fortuna que dos hijos que llevaba consigo, vióse precisado aunque era caballero á meterse á charlatan y vender polvos y ungüentos.

Scaramucha, su segundo hijo, le era mucho mas gravoso que Trapolin su primogénito; porque cuando mamaba agotaba cada dia los pechos de dos nodrizas, y por lo tanto se hizo tan gloton en adelante, que se veia apurado para po-

derlo saciar. Tenia diez y ocho años cuando dejó la casa paterna, y aunque jóven manifestaba mucho talento, quedándole solo el pesar al dejar á su padre, de verse sin blanca y tener mucha hambre.

Scaramucha llegó á Roma en el mes de diciembre, en donde el cierzo se hace sentir mas que en otro punto de Italia, y no llevando mas abrigo que el de una capita de seda que apenas le cubria las espaldas, empezó á discurrir medios para preservarse del frio y precaverse del hambre, sus dos enemigos capitales.

Se paró pues para conseguirlo cerca de la tienda de un mercader de tabaco que habia en la plaza Navona, pidiendo un polvo á todos los que salian de comprarlo; y tomándolo con los cinco dedos, cogia bastante para llenar una calabazita que llevaba escondida debajo su capita.

Despues de haber compuesto duran-

te el dia un rapé mezclado de olor de azahar, rosa, bergamota y jazmin, lo vendia por la noche á un precio muy bajo al mismo mercader, al cual gustándole la mezcla de un olor suavísimo que echaba, le dió el nombre de tabaco de mil flores.

Uno de los porteros del Papa fué á comprar tabaco en la misma casa, y saliendo con la caja abierta, Scaramucha le pidió un polvo y lo tomó á su modo acostumbrado; pero aquel se ofendió de un proceder tan grosero y se puso furioso contra él.

Scaramucha se despepitaba para sosegarle haciendo gestos los mas estraños; todo lo que impacientaba mas al portero que lo tomaba por una doble burla, y le dió algunos golpes con el mango de su alabarda. Poco satisfecho Scaramucha de la descortesía del portero, y temiendo consecuencias mas fatales que le podian acontecer siguiendo

en su comercio, trató de salir de Roma.

Habiendo pues comprado un vestido segun se lo permitieron sus cortos alcances, se fué á una ciudad de la Romanía, nombrada *Fanno*, donde encontró una compañía de comediantes enteramente destrozados, y aunque jámas habia pisado las tablas, se presentó á ellos vendiéndose descaradamente por un hábil actor. No lo era realmente, pero presentia que podia llegar á serlo algun dia.

Los cómicos lo recibieron con gusto, y habiéndole pedido que carácter queria representar, respondióles que el de gracioso, bajo el nombre de Scaramucha, diciéndoles que se vestiría de tal y tal otra manera. Encontraron pues tan extraño el nombre como caprichoso el vestido. Scaramucha ha sido en su género un original que no ha tenido copia hasta el presente y que quizás tampoco la tendrá en adelante.

Le preguntaron que comedia queria representar: escogió pues el festin de Pedro, que era la que preferia á todas las demas, por el motivo de la gran comilona que se hace en ella.

Esta pieza fué anunciada junto con el nuevo actor. La curiosidad atrajo al teatro una multitud extraordinaria de gente, y Scaramucha habiendo desempeñado perfectamente su papel, se portó tan bien en la comida que pensaba rebentar en medio de los aplausos.

Gustó tanto al público esta primera representacion, que pidió que se repitiese. Scaramucha consintió en ello gustoso, y en lugar de los huevos duros de que se habia atracado, comió en esta segunda un pavo, dos perdigones y una tortada de pichoncitos.

Hizo cobrar fama á esta compañía, pues aunque él jamás habia pisado las tablas, fué tenido por sus compañeros por uno de los mas célebres actores, y

encontrában en su carácter todo el placentero humor de Plauto mezclado con la gravedad de Terencio.

Aunque Scaramucha no se habia aplicado al estudio tenia sin embargo tan buen natural, que aparentaba que lo sabia todo, sin haberse jamás dedicado á nada.

Esta compañía fué á pasar el carnaval á Mantua, y despues de haber dado tres ó cuatro funciones Scaramucha gustó tanto al jóvez Príncipe, que no se pasó mucho tiempo sin que recibiese pruebas de su liberalidad y siendo aquel naturalmente avaro, júzguese si sabria aprovecharse bien de esta ocasion.

Scaramucha fué un dia á ver al Duque; le dijo que tenia escogida una brillante pieza, pero que no la daba al público por faltarle vestidos correspondientes al carácter que iba á representar, y entonces mandó el Duque que se

le diesen todos los que necesitase de su guardarropa.

En virtud de esta orden del Príncipe, escogió Scaramucha un vestido de terciopelo negro guarnecido de perlas, y además tomó un rico arnés que encontró entre el equipage. Al presentarse al teatro con este magnífico vestido, un cómico le dijo que era probable que algún gran Príncipe se lo hubiese prestado. ¿Qué dices tu prestado pícaro? Mejor dirás que me lo ha dado y entonces hablarás como debes.

Efectivamente el Príncipe se lo regaló concluida la comedia, y queriendo Scaramucha darle las gracias, se turbó tanto en su cumplimiento que hizo reír á toda la reunion.

Pasado algun tiempo, fué á encontrar al Duque montado en un burro con el vestido que este le habia dado. El Príncipe sorprendido de ver esta extravagancia, le preguntó el motivo por-

qué lo hacia. Scaramucha le respondió que era para hacer ver á todo el mundo los esquisitos presentes con que su alteza le habia honrado, y que si hubiese tenido mas dinero habria comprado un hermoso caballo que fuese correspondiente á la preciosidad del arnés. El Duque como buen entendedor, media palabra le bastó y por lo tanto mandó á su caballerizo que le diese uno.

Pasó Scaramucha á Bolonia que generalmente es la reunion de los cómicos durante la cuaresma, y allí se vió estimado de algunos, y envidiado de otros, que es lo que sucede regularmente á todos los que por su mérito llegan á poder distinguirse de los demas.

Como le gustaba el bello sexo, tomó desde luego una querida con la cual iba á pasear todas las noches, lo que practicaba no sin mucha repugnancia por parte de la *donna*, que sabia el peligro á

que se esponia andando por las calles á horas intespectivas, en lo que infringia las rigurosas órdenes de la policia. Pero confiado Scaramucha en su valor y en su espada, se burlaba de estas aprehensiones segun decia. Sin embargo de toda su bravura, el *barigel* ó gran prevoste, acompañado de diez ó doce esbirros lo prendió junto con su querida y los zamparon á ambos en la carcel. Scaramucha y su compañera salieron al siguiente dia mediante la limosna de diez doblones jurando por supuesto aquel vengarse de ello.

Un dia de fiesta solemne, el prevoste seguido de unos treinta aguaciles fué á misa á la iglesia de la Virgen de la Muerte, y habiéndole encontrado Scaramucha, entre la apretura de la gente le cortó unos botones de oro que llevaba puesto detras de la capa de escarlata, y en seguida se salió de la iglesia con la presa, sin que nadie lo notase.

Cuando el preboste fué á su casa, quedó admirado de ver el atrevimiento que habia tenido aquel que le cortó los botones, é hizo todas las investigaciones imaginables para descubrir al ladron. Mandó prender á una multitud de rateros, haciendo castigar á los unos con azotes, y á los otros enviándolos á presidio; pero todo fué en vano, porque el hurto no se descubrió.

Scaramucha que todavia no se creia suficientemente vengado, se vistió de mancebo sastre, y sabiendo que el preboste estaba en casa del cardenal legado para evacuar sus negocios, entró en la suya atrevidamente, llevando las tijeras en una mano y los botones que habia robado en la otra. En esta disposicion habló á la muger del preboste, á la cual dijo que supuesto que su marido habia encontrado ya los botones, le enviaba á buscar su capa para coserlos en ella: la buena señora no ti-

tubeó un momento en dar cumplimiento á las supuestas órdenes de su marido y se la entregó.

Luego que tuvo Scaramucha en su poder la capa, no pudo abstenerse de ir á contar la alegría que tenia á su querida, y participarle la pillada que acababa de jugar al gran preboste.

Mas luego habiendo reflexionado que habia confiado este secreto á una mujer que tendria mucho trabajo en poderlo guardar, y temiendo verse metido en una nueva desgracia, se marchó á Florencia, sin decirle siquiera á Dios.

En el camino, encontró Scaramucha un caballero que le preguntó quien era; respondió que se llamaba *Fredonelli*, y que era músico del Virey de Nápoles. El caballero encontrando algo de extraordinario al paso que gracioso en su fisonomía, creyó que seria muy del caso presentarlo al duque Florencia para divertirle algun rato.

Asi que llegó á esta ciudad, notició al Príncipe que queria presentarle un célebre músico, pensando que no le disgustaria el oirlo. Lo hicieron entrar y sin hacerse rogar empezó Scaramucha á tocar primorosamente la guitarra, cantando la chistosa cancion siguiente:

L'asinello innamorato,
Canta, é raggia á tutte l'hore,
Parece un músico affamatto,
Quando narra il suo dolore,
E cantando d' amore va,
Ut re mi fa sol la. (Rebuzna.)

Quando vede l'asinella
Canta, all' hor con voce acuta,
Pare un maestro di capella
Quando batte la battuta,
E cantando d'amore va,
Ut re mi fa sol la. (Rebuzna.)

Se tal'hor è nella stalla,
Mai fatica non lo doma,
Sempre salta é sempre balla,

Quando porta anco la soma,
E cantando d' amore va,
Ut re mi fa sol la. (Rebuzna.)

Scaramucha cantó esta composicion con tanta gracia, y la acompañó con tan gustoso chiste que el gran Duque pensaba descostillarse de risa. Este Principe le dijo que cantase otra cancion, á lo cual obedeció al momento entonando esta del gato.

Amor que cosa ai fatto,
Afar inamorar il mio bel gato;
Affe lo vo castrare,
Accio lasci é non torni piú ad amare,
Cosi fará di te diciolto é schiao,
Ne per gatta fará piú ñao, ñao.

Sopra ilciel della mura,
Piange il mísero piange sua sventura,
E con signaolati accenti
Fa, que s'oda d'intorno isuoi lamenti,
Solo si lagna é sta fra il tetto é il trao

Va parlando al suo ben diciendo ñao

Así que acabó estas palabras, el Duque corrió á abrazarle, y confesó que nadie le habia divertido tanto en toda su vida.

Scaramucha entonces manifestó al gran Duque que era comediante y que tenia intencion de pasar á trabajar al teatro de Nápoles. Este generoso Príncipe le mandó entregar cien doblones, le ofreció su proteccion, y le dió tambien cartas de recomendacion, de las cuales se sirvió con mucha utilidad, como se verá en el curso de estas aventuras.

Habiendo salido de Florencia, encontró á dos hombres que iban á caballo, á quienes preguntó que camino llevaban. Le respondieron que pasaban á Liorna, y entonces les suplicó que lo admitiesen en su compañía para hacer el camino juntos, porque siendo

extrangero, y no sabiendo los caminos corria riesgo de estraviarse.

Andando, Scaramuha les preguntó quienes eran; y contestaron, que un ode ellos se llamaba *Aron* y el otro *Merda-callae*, que eran mercaderes judios y estaban domiciliados en Liorna. Scaramucha habiendo sido preguntado despues por estos como se llamaba y que calidad tenia, respondió que en cuanto á calidad tenia la de ser un hombre honrado, de nacion portuguesa, llamándose su padre don Juan Castillo y él Pedro Castillo, y que todos sus parientes habian vivido mucho tiempo en Lisboa, como buenos cristianos en público y secretamente como verdaderos judíos. Añadió que habiendo perdido á sus padres, estaba determinado á pasar á Liorna para declararse abiertamente judío, y que daba muchas gracias á Dios de tener todavia bastante caudal para vivir decentemente.

Los judíos mostraron mucha satisfacción, le aplaudieron su designio y le exhortaron que se cambiase el nombre. Les dijo que supuesto que tenia la dicha de haberlos conocido, se entregaba enteramente á ellos en el particular.

Los dos judíos habiendo pasado una revista escrupulosa de todos los nombres que van marcados en el antiguo testamento, le dieron el de Benjamin, y le pagaron el gasto en el camino, lo que Scaramucha aparentó aceptar con disgusto, y no lo permitió sino por fuerza, diciéndoles últimamente que al fin de su viage ajustarian cuentas.

Cuando estuvieron á una legua de Liorna Scaramucha les rogó que tuviesen la bondad de enseñarle una casa en donde pudiese ir á hospedarse. Aron le ofreció la suya, diciéndole que en ninguna parte estaria mejor, supuesto que vivia solo, hasta que encontrase una habitacion á su gusto. Scaramucha

no quiso aceptar esta fineza, sino con la precisa condicion de pagar un tanto diariamente por su despensa. El judio que verdaderamente lo era con toda la estension de la palabra, condescendió á ello, no sin grande pesar de Scaramucha, que no era menos avaro que aquel aunque cristiano.

Así que llegaron á Liorna, se fué á casa Aron, el cual le presentó á los rabinos, los que le perseguian de muerte para que fuese á su sinagoga: pero siempre hallaba alguna excusa para no condescender á lo que pedian, y quando se hallaba desembarazado de todos ellos, se iba al puerto para ver si encontraria alguna embarcacion que estuviese pronta á hacerse á la vela para Nápoles. Al cabo de quince dias, encontró una tartana que pasaba á esta ciudad y ajustando su flete, partió.

Scaramucha habria tenido tiempo suficiente para comprar provisiones de

boca, como lo acostumbran todos los que viajan en barcos grandes, porque no es tan fácil tomar tierra, y por consiguiente hacerse con víveres; pero no se dió mucha prisa en comprarlos confiando en que ya encontraria sobrados espedientes para vivir á espensas de los demás pasajeros.

Entre el gran número de estos que iban á bordo, se contaban dos religiosos sobre los cuales fijó la vista prometiéndose conseguir que le mantendrian á mesa y mantel hasta llegar á Nápoles.

Apenas el buque habia salido del puerto, cuando empezó á entonar las letanias mayores con una voz tan compungida, que todos quedaron edificados, particularmente los dos benditos padres. Así que las concluyó, continuó rezando el *credo*, *la salve* y *el de profundis*, despues de lo cual habiéndose puesto todos en pié, él quedó arrodilla-

do todavía mas de una hora, dando á entender que estaba sumergido en la mas profunda contemplacion: pero en verdad toda su meditacion no consistia mas que en ver como encontraria medios para comer á espensas de otro.

Acercándose pues la hora de comer, uno de estos benditos padres vino á interrumpirle y sacarlo del éstasis en que estaba engolfado, sirviendo esto de mucho placer á Scaramucha, que no deseaba otra cosa mas que trabar conversacion con él, porque ya empezaba á cansarse de la posicion en que estaba. El buen padre quiso alabarle sobre sus actos de devocion: pero él bajando modestamente la vista, aparentaba querer excusar sus elogios, diciéndole con un tono hipocriton, que era un grande pecador, y que habia cometido tan graves faltas que nadie podia imaginarlas.

Mientras que cada pasagero preparaba sus provisiones, unos en los bancos

y otros sobre los cofres, vino un marinero con la comida de los buenos frailes estando Scaramucha á la vista.

Aquel con quien este conversaba habiéndole preguntado su nombre y patria respondió que era hijo de un caballero de Nápoles que ya tenia ochenta años y cerca de cien mil escudos de capital; que por lo que respectaba á él, habia sido atacado de una grave enfermedad, dejándole una gran debilidad á la vista; que su padre que lo amaba con pasion habia hecho una promesa de que fuese á visitar al gran padre san Antonio de Padua, de donde venia peregrinando para dar cumplimiento al voto de aquel anciano, y lo que sentia mas era el considerarse obligado de haber de pedir de comer á los demás, cuando en su casa le sobraba todo. Añadió luego que aunque era hijo único, tenia el intento de hacerse religioso asi que llegase á Nápoles, en agradeci-

miento de haberle dado Dios suficiente tiempo para reconciliarse con él.

El buen padre que le escuchaba con sorpresa, le exortó á que perseverase en hacer semejantes obras y publicó á voces una tan loable resolución. Los dos benditos religiosos le suplicaron que comiese con ellos; Scaramucha dió las gracias á los demás pasajeros que tambien lo convidaban, y dijo al mismo tiempo á los padres que les aceptaba con tanto mas gusto el convite, en cuanto empezaria á habituarse á su comida ordinaria.

Scaramucha no aceptó este último partido, sino porque creyó que le iria mejor para su estómago. Despues de haberse sentado en la mesa y tomado sus anteojos, para ahorrar á los reverendos padres los obsequios con que por lo regular se distingue á los convidados, devoró tanta comida como se le puso delante. Uno de los religiosos que-

riéndole hacer alguna pregunta durante la comida, Scaramucha que temia perder el bocado: no quiera Dios padres míos, díjoles, que yo os dé consejos; pero creo que seria muy del caso guardar silencio durante la comida, supuesto que despues nos sobrará tiempo para conversar.

Pero viendo que los padres no comian nada mas, se levantò de la mesa con lágrimas en los ojos dirigiendo al mismo tiempo las manos al cielo. Queriendo saber los frailes que motivo tenia para llorar les contestó que era por la grande satisfaccion que tenia de haber dado en tan buenas manos; aunque el verdadero motivo de sus lágrimas no era otro sino el de haber visto como se llevaban un capon entero que no se habia atrevido á partir.

Despues que Scaramucha diò las gracias á los dos religiosos, les aseguró que recibirian una muy crecida recompensa

asi que llegasen á Nápoles, pues que su padre siendo tan anciano no podia vivir mucho, y que entonces todos sus bienes los daría él á su convento.

Cuando hubieron pasado *Ischa y Proschida*, que son pequeñas ciudades situadas muy cerca de Nápoles, muchas lanchas se aproximaron al buque para desembarcar á los pasajeros. Mientras todos estaban buscando sus equipajes, Scaramucha con su maleta debajo del brazo saltó con prontitud en una de ellas, y aparentando llevar mucha priesa, hizo vogar tan recio á los marineros que en un instante les perdieron de vista. Asi fué como por segunda vez supo vivir á espensas de otro.

Una compañía de comediantes se encontraba en aquella sazón en Nápoles, y Scharamucha les pidió colocacion. Le recibieron gustosos y trabajó con tanto esmero, que el duque de Satrani habiendo oido hablar con elogio del nue-

vo actor, determinó mandar llamar á toda la compañía para divertir á su familia.

El dia señalado para esta diversion, toda la nobleza se reunió en el palacio del Duque, segun era de costumbre siempre que este daba alguna funcion. Scaramucha hizo maravillas y arrancó aplausos que conmoviendo el corazon habrian sido capaces de satisfacer á cualquiera otro. Despues de la funcion sirvieron una cena espléndida y habiéndose Scaramucha sentado á la mesa por órden espresa del Duque, supo menear tan bien las quijadas que pronto conocieron que prefería á la gloria alimentos mas sólidos.

Por lo demás, si en alguna otra ocasion olvido decir que Scaramucha cumplió muy bien con su obligacion por lo que respecta al deber de gran comedor, suplico al lector que le tengo entendido en la prosecucion de estas aventuras,

Concluida la cena, como todos quisieron volverse á su casa, la servidumbre del Duque tomó candeleros de plata para alumbrar á la compañía hasta la entrada de la puerta de la calle. Scaramucha tomó tambien un candelero en cada mano, y saliendo á la calle, quiso portarse con tanta cortesía, que se acompañó á sí mismo en esta disposición haciéndose luz hasta su casa.

El dia siguiente volvió Scaramucha á comer á casa del Duque y le dijo que su mayordomo merecia una severa reprehension, porque si hubiese querido, se habria llevado una gran parte de la vagilla la víspera anterior; que sin embargo se habia contentado con llevarse un par de candeleros, y que los guardaria mucho mejor que el que estaba encargado de custodiarlos si placia á su alteza dárselos. Este Príncipe efectivamente se los regaló, pero cuando quiso marcharse Scaramucha, mandó á

un lacayo que le acompañára, temeroso de que su visita le costase otros dos candeleros.

Habiendo hecho Scaramucha serias reflexiones sobre los inconvenientes en que lo habia sumergido su prodigalidad, empezó á hacerse mas económico.

Un día estando paseando por los contornos de la ciudad, vió á una jóven enjugarse los cabellos que acababa de lavar á la orilla de un arroyuelo, y que eran de una longitud tan extraordinaria, que aunque hubiese subido encima de una grande piedra llegaban al suelo. Esta graciosa cabellera junto con la hermosura de la jóven á quien adornaba fueron un lazo en que quedó apisionado el corazon de Scaramucha. La madre de esta linda muchacha viéndole tan embobado mirar á su hija, no pudo abstenerse de preguntarle si le gustaba, y Scaramucha le contestó que en su vida habia visto muger mas hermo-

sa, y que era digna de la admiracion de todos.

Conjeturando la madre por la conversacion de este que se habia enamorado de su hija, le dijo que estaba para casar, y que si él era soltero, no habria inconveniente por su parte en que tal matrimonio se efectuase. Mi marido, añadió ella, era un mercader, y su muerte echó por tierra nuestros negocios; pero si nos falta dinero, á lo menos hemos vivido conservando nuestro honor puro é intacto.

Durante este discurso Scaramucha guardó un profundo silencio, por cuya causa habiendo preguntado la madre el motivo, respondió que era necesario pensar algun tiempo en lo que solo se debia hacer una vez, y que por otra parte, habia oido decir que para escoger una buena compañera, era necesario que no tuviese vista para ver los amores de su marido; que no tuviese lengua

para que no le respondiese cuando la reñía; y por último que fuese sorda para no oír los requiebros de un amante. Sin embargo, prosiguió él, vuestra hija me parece que no es ciega, ni sorda, ni muda, antes muy al contrario.

Este discurso hizo reír á la madre, la cual dijo á Scaramucha que no reconocía otro defecto en su hija, que el ser pobre. Tanto mejor, respondió èl, es una mala circunstancia para una doncella, tener que dar dinero para colocarla. Me casaré con vuestra hija sin dote alguno, por la sola voluntad que la llevo: su hermosura y su virtud suplirán á las riquezas. Y discurriendo así sobre el próximo matrimonio, las acompañó hasta su casa.

No tardó mucho en informarse en la vecindad de las circunstancias de aquellas dos mujeres, y encontrando que no le había dicho nada la madre que no fuese verdadero, se casó con la hija al

cabo de quince dias.

Algun tiempo despues Scaramucha partió para Roma con la compañía; pero la escesiva delicadeza de Marineta su muger le hizo muy pronto experimentar que el que cree vivir feliz en el matrimonio, no pasa mucho tiempo sin arrepentirse de haberlo contraido.

Aunque estimase mucho á su muger, no sabia soportarla todas aquellas pequeñas zalamerías, tan afectadas como ridículas, hasta el punto que teniendo desavenencias con ella continuamente por este motivo, hacia reir á todos sus compañeros, siendo privativo de los cómicos el no disimular nada y buscar al mismo tiempo ocasiones de burlarse unos de otros.

Marineta hacia parar el coche á cada instante, ya porque se encontraba indispuesta, ya para bajar á orinar, ó bien para coger alguna flor que veia en el campo. Scaramucha tomaba paciencia,

como se suele decir, rabiando: pero fué mucho peor cuando habiendo llegado á la posada, Marineta no encontró nada á su gusto; el humo del puchero la incomodaba, el vino era demasiado seco ó dulce, el pan estaba demasiado tierno ó duro, la sopa no era bastante salada, y por último nada le gustaba. Aunque Scaramucha hubiese tenido buen cuidado de buscarle la mejor cama que habia en la posada, no dejó ella de quejarse toda la noche que los colchones de pluma calentaban demasiado, y que un pliegue de la sabana le habia hundido una costilla. Se quejaba tambien de las pulgas, aunque no era tiempo de haberlas, diciendo que uno de estos insectos la maltrataba con sus picadas.

Incomodándose Scaramucha de oirla echó candela, y yendo á encender un velon, cogió una pistola, y aparentó que iba á matar la pulga de la cual se

quejaba Marineta. Habiendo hecho mi-
do á esta una resolucion tan estrava-
gante, dejó descansar á su marido el
resto de la noche.

Viendo Scaramucha otra noche que
su muger, despues de haberse restrega-
do las manos con cierta pomada, se iba
á dormir con sus guantes puestos, se
echó junto á ella tambien con botas y
espuelas. Marineta sintiéndose arañar
las piernas dió un gran grito como si
hubiese sido herida de muerte. Scara-
mucha conociendo su mal genio, no hi-
zo mas que reir, y la dijo que dormia
con espuelas para dar caza á las pulgas
y que por otra parte muy bien podia
llevar botas para dormir pues que ella
tambien tenia puestos los guantes. Des-
pues de haber pasado una hora larga
en contestaciones, Marineta se quitó sus
guantes para obligar á Scaramucha á
que dejase sus botas, é hicieron por fin
las paces.

Habiendo llegado la compañía cómica en Roma, Scaramucha les propuso hacer representar algunas escenas á su Marineta: la mayor parte de los jóvenes comediantes, mejor para obtener la consideracion de la mujer que para complacer al marido, no tuvieron inconveniente en aprobarlo.

El dia que Marineta debia representar un papel de graciosa, al ir á ponerse un vestido correspondiente á esta clase, y bajo el cual pareció mucho mas hermosa, dijo á su marido que le metiese el box en la cotilla, lo que verificó. Scaramucha para empezar á hacer conocer su mérito en tan célebre ciudad se escedió en esta pieza, y Marineta, hermosa y bien formada, estando segundada por él, y hablando con mucha gracia, atraia las miradas y los corazones de los espectadores.

Habiéndose concluido la comedia, gran número de caballeros pasaron al

interior del teatro para felicitar á Scaramucha. Los elogios que algunos de estos señores prodigaron en seguida á la hermosura y gentileza de Marineta fueron tan escesivos, que esta se dejó caer como desvanecida y empezó á enfadarse contra su marido, poniéndose al mismo tiempo á llorar como si este la hubiese maltratado.

Todos vituperaron mucho á Scaramucha, y quisieron saber de Marineta el motivo de sus lágrimas; pero no quedaron poco sorprendidos cuando les dijo que este le habia metido su box en la cotilla tan frio, que la habia dado un cólico y que estaba para morirse. Tuviron la cortesia de decir que tenia ella razon de quejarse, y advirtieron al marido que hiciese otra vez calentar de tal modo su box cuando se lo metiese, que no se viese obligada á dar la comision á otro que la serviria seguramente mejor que él.

Scaramucha y Marineta se vieron en poco tiempo los amos de la compañía, que llegó á ser por su medio la mejor y la mas famosa en toda la Italia.

Los caballeros romanos no se contentaron solamente en verles en las tablas. Algunos de ellos iban á casa de Marineta para disfrutar de su conversacion y oirla cantar, mientras que otros llamaban á su marido en sus casas para verle desde mas cerca hacer sus gestos y sus posturas.

Scaramucha siempre comia á las mesas de los príncipes, y rara era la vez que no llevase á su casa fiambres ó pastelerias. Un dia habiendo tomado un gran pastel en casa del duque de Carboignan, y no queriéndolo confiar á nadie, en tal manera temia que tan buen bocado le escapase, se lo llevó él mismo hasta la puerta de su casa, y habiéndoselo puesto sobre la cabeza para sacar la llave de la faltriguera, la cos-

tra se rompió, y el pastel se le hundió hasta los hombros, donde quedó colocado á manera de golilla.

Entretanto habiendo oido la criada que su amo llamaba, corrió prontamente á abrirle la puerta, y viéndole en semejante estado, creyó al primer momento que espresamente se habia disfrazado, y que el pastel era de carton: pero Scaramuc ha que sacaba un palmo de lengua para sorber la salsa que se le caia cara abajo, dió á conocer que esto no era una ficcion, y que el pastel era verdadero.

Asi que entró en el cuarto, se le cortó el pastel sobre el cuello, de la misma manera sobre mas ó menos como liman los grillos de un presidario cuando ha concluido su condena. La grasa que estaba cuajada en sus ojos le impidió ver á siete ú ocho caballeros que estaban entonces juntos con su mujer, y que habian hecho traer un esquisito ambigú.

Aunque Scaramucha llegó á tan mal tiempo á interumpirles, no les pesó sin embargo de haber visto una aventura tan ridícula, y uno de ellos tomando una servilleta le limpió la cara, y le dió un vaso de vino para reponerle. Despues de haber apurado este julepe confortativo, se sentó en la mesa con ellos, y se hizo traer la mitad de su pastel, que queria mucho mas que todas las confituras y los dulces que cubrian la mesa. Se consoló de su infortunio cuando vió que le dejaban comer solo su pastel, y que nadie queria comerlo, lo que no habria sucedido si él lo hubiese traído entero.

Habiendo recorrido Scaramucha durante el verano las principales ciudades de la Lombardia, volvió á Roma al principio del siguiente invierno.

Su muger estaba con los dolores de su primer parto cuando llegaron: no la dejaba ni un instante, y procuraba di-

vertirla para suavizar el mal que sufría. Como ella estuviese en lo mas fuerte de los dolores, no cesaba de esclamar que Scaramucha era un bribon y que la habia engañado. ¿Es esto, decia ella lo que me has prometido, que nunca me veria yo en cinta, pícaro, impostor? Calla, calla, hermosa, respondió él, perdóname por esta vez y te aseguro que de aqui adelante parirè yo por tí. ¿Esto me quieres dar á entender, añadió Marineta? como si yo no supiese que es cosa imposible. Nada de esto, amiga mia, repuso Scaramucha; hay un autor digno de todo crédito, que dice que las liebres durante un año son machos y durante otro hembras; ¿por qué no crees que lo mismo puede suceder á los hombres?

Marineta habiendo salido del paso con felicidad dando á luz un pequeño Scaramucha, su marido fué luego á suplicar al cardenal Chigi, si tendria la

bondad de ser su padrino. El Cardenal que le estimaba, le concedió con gusto este favor, y se fué á la iglesia en donde el recién nacido fué bautizado solemnemente. Pero así que se concluyó la ceremonia se marchó el Cardenal sin hacer ningun regalo á los padres, ni á su ahijado, contra la costumbre que reina en Italia.

Cuando ya se habian pasado quince dias, los cómicos habiendo ido á representar en el palacio de la reina de Suecia, Scaramucha exclamó en presencia del Cardenal que se encontraba allí: *miracolo, miracolo, eminentísimo signore*: vuestro ahijado acaba de hablar. La Reina impaciente por saber lo que Scaramucha queria significar con esto, le preguntó que era lo que su hijo podia haber dicho. Señora, respondió, el niño se queja de que su eminencia no le haya regalado nada despues del bautizo. El cardenal sonriéndose, sacó el

anillo que llevaba en el dedo, y lo dió á Scaramucha diciéndole: toma, dáselo para que calle. Le dió estas mas expresivas gracias, y le dijo que no se olvidaria de enviarle su ahijado, á fin de que él mismo le diese las gracias, ademas de que el niño quizás tendria que decirle alguna cosa mas.

Todos empezaron á reir por ver el ingenioso modo de que se habia valido Scaramucha para comprometer al Cardenal á hacerle un regalo.

Concluido que fuè el carnaval, Scaramucha dejó a Roma para ir á pasar la cuaresma á Florencia, en donde compró una pingue hacienda fuera de la puerta del *poggio imperiale*. hizo poner encima de la puerta de su casa esta inscripcion.

FIORI FIORILLE.

EGLIO FU FLORA IL FATO.

Aludiendo á su apellido de Fiorilli, y

queriendo dar á comprender á los caminantes por estas palabras, que el destino habia prodigado una dichosa abundancia en su familia.

Despues de haber permanecido Scaramucha el tiempo necesario en Florencia para arreglar su hacienda, pasó á Milan en donde su fama era ya tan estendida que el gobernador le regaló una cadena de oro, tan pronto como hubo llegado.

Scaramucha no desmintió en las tablas la buena opinion que habian formado de él, y las piezas que representaba en los palacios particulares daban á conocer igualmente la disposicion natural que tenia para ser un perfecto cómico hasta en el modo de producirse.

Un dia fué á casa del marques de Caracena con la cadena de oro puesta, en la cual llevaba pendiente una lámina no muy fina, que era el retrato del gobernador, el cual se resintió de ello; pero

habiéndole dicho Scaramucha que en esto no habia llevado otro fin que el de hacer conocer á todo el mundo el bien hechor que se la habia regalado, el Marques le dió un escelente medallon guarnecido de diamantes con su retrato en miniatura.

Mientras tenia la mayor aceptacion en Milan, le propusieron de parte del Emperador si queria pasar á Viena con su compañía para representar en el teatro de la corte. Por otra parte, el cardenal Mazarino suplicó al mismo tiempo al principe Alejandro Farnesio que lo hiciese pasar á Francia.

Scaramucha que sabia por la general voz y fama hasta que punto llegaba la grandeza y generosidad de Luis XIV, no titubeó un momento en rehusar las ofertas del Emperador; y con el beneplácito del duque de Parma, resolvió pasar á Francia donde llegó hácia el año 1660.

Púsose pues en camino para este reino, y no se vió poco apurado desde la Novaleze hasta la grande cruz. Marineta no queria ir á caballo de los mulos de que se sirven regularmente los viageros para aquel trecho de camino alegando por razon que no podria abrir bastante las piernas para cavalgar sobre tan gruesas bestias. No le quedaba otro recurso sino ir en una silla de mano llevada por dos hombres, pero no se convino á ello sino con la condicion de que Scaramucha la acompañaria. Como estos hombres tomaron un camino por donde no podian transitar las caballerias, Scaramucha se vió precisado á seguir á pie como un perrito.

Asi que estuvieron á legua y media del puntode que habian salido uno de los portadores tropezó, cayó, y se estropeó una pierna, y no pudiendo pasar adelante, Scaramucha se vió obligado de tomar su puesto y llevar á Ma-

rineta hasta la grande cruz, en donde encontró otros portadores.

Luego que hubieron atravesado la llanura, como habia todavia bastante nieve para hacerse arrastrar, su marido hizo meterla en un trineo como por pasatiempo, y cuando estuvo colocada, el conductor que estaba prevenido partió como el rayo. Era un gusto oír á Marineta que no cesó de gritar desde que el trineo empezó á correr hasta que llegó á Luneburgo, en donde se paró.

Scaramucha que habia sido el primero de llegar á la poblacion, se vió con todos los trabajos para apaciguar á Marineta que pensó arañarle el rostro. Despues de haberle dejado exalar su cólera con dicterios injuriosos, la montó en grupa, y llegaron antes de anochecer en una posada de un lugarcito, en donde solo habia una cama ocupada ya por dos mercaderes que pasaban á Turin.

Marineta fatigada de ir á caballo viendo que para colmo de su desgracia era preciso dormir en la paja, se puso á maldecir hasta el primer instante que habia dejado la Italia.

Scaramucha para sosegarla la dijo que le venia en la imaginacion un excelente pensamiento para apoderarse de la cama que tenian los mercaderes, en cuanto ella quisiese ayudarle á desempeñar su papel.

Habiendo respondido Marineta que no habria nada que no hiciese á fin de tener una cama, Scaramucha pidió al posadero que encendiese lumbre en la chimenea del cuarto en donde dormian los mercaderes, ya que no habia otro, y que él y su muger pasarian la noche sentados en las sillas.

Estando Scaramucha cerca de la lumbre con su muger, sacó de su faltriquera una cuerda que habia desatado de su maleta, y pidiéndole jabon añadió: Tu

sabes muy bien que mañana debo ahorcar un ladron de camino real; quiero que la cuerda esté bien untada, porque aunque soy verdugo, quiero hacer mi deber con conciencia; mi hermano es muy interesado, y por ahorrar dos cuartos no gasta jamás jabon y hace padecer á los pobres reos. En cuanto á mí, ya sabes que tengo honor y que ejerzo mi oficio con humanidad; mi padre me ha enseñado perfectamente todo lo que hay de mas primoroso en el ejercicio de nuestras funciones, y doy gracias al cielo que me he sabido aprovechar de sus lecciones, pudiéndome lisongear de que soy el verdugo mas hábil que hay en cien leguas al contorno. Tu has visto con qué ligereza despaché dias pasados aquellos infelices que asesinaron al correo; dime muger ¿puedo haber cumplido mejor del que lo verifiqué? Y aunque la justicia mandase que habian de quedar en la rueda hasta que espira-

sen, sin embargo como sus padres me habian untado las manos con cuatro doblones, no dejé de darles el golpe de gracia.

Los mercaderes que todavia no dormian, tomaron esta conversacion por cierta, y creyeron verdaderamente que era el verdugo: se escabulleron despacito y fueron á quejarse al posadero porque les habia metido al verdugo y su muger en el cuarto.

Cuando Scaramucha vió que los mercaderes habian desocupado la cama, cerró la puerta, y despues de haber vuelto las sábanas al revés se metió en ella con su muger.

Al dia siguiente, despues de haber contado lo ocurrido durante la noche al posadero, que se rió muchisimo del chasco pegado á los mercaderes, Scaramucha prosiguió su viage y llegó á Chambery, desde donde pasó á Paris sin haberle ocurrido nada mas en este

camino que sea digno de relatarse.

Despues de llegar á esta capital, estuvo discurrendo como se presentaria al Rey por primera vez y determinó irlo á ver con su vestido de Scaramucha, sobre del cual se puso la capa.

Luego que estuvo á la presencia de S. M., la tiró al suelo y se presentó con su guitarra, su perro y su papagayo. Dió un concierto muy gracioso con estos dos animales á quien habia enseñado á desempeñar tambien su papel; para verificarlo el uno estaba sobre los trastes de la guitarra y el otro encima de un taburete y en esta postura entonó la siguiente composicion:

Fa la ut á mi modo nel cantar
Re mi si on nor aver lingua á aquella
Che sol fa profession di farme estar
Mi re resto in questo
La berintho ch' ogi mal discerno
Che la mi solfa in questo inferno.

La mi fa sospirare la notte é il di
Re mi rar la non vol el mi-o dolor
La fa far ogni canto sol per mi
Mi mi sol moro ristoro
Non son mai per aver in fin ch io spiro
Che la sol fa la-mor, io Mi-ro-miro.

Scaramucha y sus dos compañeros supieron cumplir tan bien su deber, que el Rey le cobró mucha afeccion; por manera que desde aquel instante tuvo el honor de divertir á este principe por el espacio de treinta años consecutivos, siempre con nuevas invenciones aunque no cambiase el carácter.

Fué tanta la fama que cobró en poco tiempo, que pronto tuvo el gusto de ver su retrato grabado, ó esculpido en marmol. Por todas partes tenian su imagen en busto, ó en lámina. En una palabra, la corte y los demás de la ciudad no se cansaban de verle y oirle.

Habiendo un dia notado el Rey que Scaramucha estaba presente mientras

él comia, quiso echarle vino estrangero por su propia mano, para ver si era buen mosquito. Scaramucha apuró luego el vaso, y como el Rey le preguntaba si adivinaba de que pais era el vino respondió que el grande gusto que habia experimentado bebiéndolo le habia privado el reflexionarlo.

El Rey le volvió á echar diciéndole: Es menester que lo pienses bien ahora, porque tampoco beberás mas. Scaramucha lo adivinó esta segunda vez, diciendo que era del Piamonte.

El cardenal Mazarino llamándole aparte, le dijo: Puedes alabarte que el mas poderoso monarca del mundo te ha dado de beber. Los que estaban cerca del Cardenal se pusieron á reir por la respuesta que Scaramucha le dió, y el Rey quiso saberla; pero no atreviéndose nadie á decírselo tomó la palabra el mismo Scaramucha y dijo á S. M.; que ha-

biéndole manifestado el Cardenal que podia tener á gran dicha que un monarca como el presente se hubiese empleado en echarle de beber, él le habia respondido que no dejaria de decírselo á su panadero.

Conociendo el Rey la fuerza de la expresion, y que el honor con que habia distinguido á Scaramucha no le proporcionaba pan, mandó darle cien doblones diciéndole que aquella era la cantidad con que aumentaba anualmente su pension.

Para representar una comedia italiana, se necesita que la compañía esté compuesta de dos galanes.

De tres mugeres; esto es, dos de carácter serio y una de jocosos.

De un Scaramucha, Napolitano.

De un Pantalón, Veneciano.

De un Doctor, Bolonés.

De un Mazetin y de un Arlequin am-

bos Lombardos. (4)

Por todos estos cómicos S. M. suministraba quince mil libras al año, á fin de que cada actor tuviese seguros quinientos escudos anuales.

La compañía estaba completa cuando sobrevino la desgracia de que el Pantalón Veneciano disparó un pistoletazo al Doctor Bolones, con el cual habia tenido alguna contienda.

Aunque erró el tiro, no dejó de tomar las de villadiego, volviéndose á escape à Italia, en donde se hizo clérigo.

Quedando pues la compañía sin el que hacia el papel de Pantalón, el Rey encargó à Scaramucha que mandase venir otro, entregádole cincuenta doblones para su viage. Este tomó el dinero pero no

(4) Estos eran los nombres que en aquel tiempo se daban á los actores ó mas bien máscaras que componian una compañía italiana como ahora decimos: *el galan, el gracioso, el barba etc.*

se dió ninguna prisa á dar cumplimiento al mandato de S. M.

Viendo el Rey que al cabo de cinco ó seis meses el tal Pantalón no parecia, dijo un día en la mesa: He dado cincuenta doblones á Scaramucha, à fin de que hiciese venir uno que represente aquel papel; pero creo que se los ha comido y que el Pantalón jamás vendrá.

Scaramucha se abrió paso por entre los concurrentes, y aparentando tener que decir alguna cosa en secreto al Rey se le acercó al oído y le dijo en alta voz: es verdad, señor, que Scaramucha se ha comido los cincuenta doblones: pero suplico á V. M. que no lo digais al Rey.

Este se puso á reir y mandó que se le diese cien doblones mas: esto es, cincuenta para el, y los otros cincuenta para el Pantalón, con el fin de que no pudiese alegar otra vez la misma excusa.

La reina á quien la ingenuidad de Scaramucha habia gustado sobremane-

ra, preguntóle si su muger estaba en cinta y cuando habia de parir; respondióla: Parirá así que plazca á V. M.; será un deber de mi muger el obedecer fielmente todas vuestras disposiciones.

Habiéndose presentado Scaramucha en la corte cierto dia en que hacia un frio escesivo, sin llevar mas que una ropilla muy ligera y calzones de tafetan, dió mucho que reir á los cortesanos, que decian bufoneándose que seguramente se habria equivocado tomando enero por julio; pero Scaramucha que en esto llevaba un fin, sufría con resignacion su burla, fingiendo por lo tanto tener mas frio que el que realmente sentia, aunque dentellaba al mismo tiempo que derramaba lágrimas.

La reina madre que era muy compasiva, mayormente con los que veia llorar, quiso saber el motivo que tenia para quejarse de tal manera. Scaramu-

cha contestó: Tres desgracias, señora me han asaltado á un mismo tiempo esta mañana.

— Mi fiel perro, que estimaba tanto como á mi muger, ha muerto; mi criado me ha robado todos mis vestidos; no me ha dejado sino el que llevo, y en fin para colmo de mi desgracia, como corría por mi cuarto desesperado, mi pagayo se ha puesto á gritar: ¡ladrones, ladrones! yo le he dado un porrazo para castigarlo por haberlo hecho tan tarde; pero queriéndolo solamente amedrentar lo he muerto: cuando estaba espirando, me ha llamado cien veces traidor, y viéndose ya cerca de la sepultura, ha entonado con tanta melodía, «Ut, Re, Mi, Fa, Sol, La,» que he quedado inconsolable.

— Ahí teneis, señora, tres golpes mortales para el infeliz Scaramucha; es preciso que sea bastante desgraciado para ser casado, porque si no lo fuese, tan

aburrido estoy que iria por toda mi vida á encerrarme en una ermita; represento bastante bien el papel de ermitaño, y por consiguiente seria un verdadero medio para evadirme de la importunidad de mis acreedores que no cesan de perseguirme.

La reina madre enternecida de sus quejas le mandó dar sesenta luises para que pudiese comprar un perro y un papagayo, y ademas que el sastre de la casa real le diese un vestido. La corte llevaba entonces luto por la muerte de un príncipe extranjero.

Scaramucha que antes lloraba de frio, empezó á llorar de gozo y habieado dado las debidas gracias á la reina, díjole que su liberalidad le habia puesto en estado de no faltarle vestidos, y que su criada que tenia la lengua bastante afilada, la tendria en lugar del papagayo, pero que desesperanzaba de poder vol-

ver á encontrar otro perro como el que habia perdido.

Cuando Scaramucha estuvo vestido, no dejó de ir á besar los pies de la reina madre la cual viéndole negro con una larga capa de paño forrada de escarlata, no sabia que pensar de esta extraordinaria variedad de colores y le preguntó por qué se habia hecho vestir de tal manera; contestó él que era para conformarse con la corte que llevaba entonces luto; pero repuso la reina, no era necesario, por esto mismo, hacer forrar vuestra capa de colorado: es, señora, añadió él, que yo con una pedrada queria matar dos pájaros, llevando el luto de mi papagayo, al mismo tiempo que el del príncipe N.

El pensamiento de Scaramucha pareció tan grotesco y tan gracioso, que sirvió de diversion á la corte durante muchos dias.

En cuanto á su disposicion natural,

Scaramucha tenia la vista corta, era sordo del oido izquierdo, y tenia una espalda enteramente desecada. Su estatura era alta é iba muy derecho, lo que conservó hasta una edad muy avanzada. Hay una cosa digna de notarse, y es que aunque era tan gran comedor, no dejaba de ser uno de los mas hábiles cómicos que se hayan jamas conocido. Le gustaban mucho las mugeres, de las cuales no tuvo sin embargo mucho motivo de estar satisfecho, porque si el génio delicado de la primera le dió algunos ratos de disgusto, el galanteo manifiesto de la segunda le incomodó hasta el último grado.

En cuanto á sus inclinaciones, tenia el carácter enteramente desconfiado, era avaro y colérico, tenia una imaginacion perspicaz; no hablaba mucho, porque se enunciaba con trabajo particularmente cuando habia de sacar la conversacion de su propio fondo: pero

en recompensa, la naturaleza le había dotado de un talento maravilloso que era figurar por las actitudes de su cuerpo y por los gestos todo lo que quería, y esto de una manera tan original que el célebre Moliere, despues de haber puesto una particular atencion en remedarlo largo tiempo, confesó ingénuamente que debia á él solo toda la hermosura de su accionar.

Regularmente se dice que los que están bien, no saben contentarse con lo que tienen; así Scaramucha, impulsado por la inconstancia tan peculiar al hombre, ó bien por la pasión que se tiene al país nativo, formó el proyecto de volverse á Italia, en donde sumuger estaba ya desde muchos años.

Pidió el correspondiente permiso al rey para poderlo verificar, el que alcanzó con la condición de que volvería. Scaramucha lo prometió, aunque su ánimo fuese de quedarse en Italia.

Antes de su partida, se despidió de los principales de la corte, y á cada uno pidió un par de botas para hacer su viage; fueron tantas las que juntò y vendió, que hubo para calzar á un regimiento de caballería. El dinero que sacó de ellas fué mas que suficiente para sufragar á los gastos de su viage hasta Florencia, en donde hizo nuevas adquisiciones con el caudal que se habia llevado de Francia. Tuvo un grande placer en ver á su muger despues de una larga ausencia; pero apenas habia estado en su compañía quince dias, cuando habria querido hallarse muy lejos de ella. Su genio caprichoso no la habia dejado, y como por su parte Scaramucha no era ya tan paciente como antes, no pasaba dia en que no tuviesen riñas.

Ademas, despues de haber probado las costumbres sencillas y corteses de los Franceses, no era dable que Scara-

mucha se supiese avenir con las de los Italianos, las que encontraba adustas y muy groseras. Si se le antojaba vivir en el campo, sus criados le hacian incomodar á cada momento, y los paisanos que lo tenian por un avaro, tenian un particular gusto en robarle todo lo que podian.

Esto fué el motivo por el que Scaramucha determinó volverse á Francia, en donde se hizo admirar y se vió querido y estimado todavía mas que antes.

Era como ya tengo dicho naturalmente avaro, y la vejez habia aumentado en él esta pasion hasta tal punto que temiendo que su criada le sisase, él mismo iba á comprar hasta un cuarto de berzas, y lo mismo todo lo demas necesario al consumo de la casa; y aunque todo el mundo le conocia, no por eso lo hacia disimuladamente, sino que volvía de la plaza con el pañuelo lleno en la mano, conforme á la cos-

tumbre de los hombres en Italia.

Como él lo queria todo barato, no le enseñaban sino lo que habia mas malo, en carne y pescado, y en cuanto fuese á poco precio no se metia en si estaba la carne podrida ó el pescado pasado, porque tenia tan poco olfato que no olia nada.

Encargaba particularmente dos cosas á sus criados, á saber: que no le refiriesen jamás lo que hacia su muger, ni si la carne olia mal; no queriendo que su imaginacion padeciese por unas cosas que la debilidad de sus sentidos no le permitian percibir.

De este modo Scaramucha poseia el secreto de tener buena mesa con poco gasto; pero nunca convidaba á nadie, y tenia mucho cuidado de hacerse negar cuando querian hablarle durante la comida, para no tener que ofrecer un vaso de vino.

Cuando iba convidado, comia mucho

de todas las hortalizas ó legumbres tempraneras que se servian en la mesa, como son guisantes, espárragos, setas, etc.; pero en su casa jamás los probaba sino cuando ya acababan de pasar, alegando por razon que era nocivo á la salud; tal era su genio de encontrar malo todo lo que costaba mucho dinero.

Es de notar que Scaramucha vivió ochenta y siete años, sin haber jamás experimentado otra enfermedad mas que la que lo llevó al sepulcro, si puede llamarse enfermedad una estincion del calor natural; porque murió sin haber experimentado ningun acceso considerable de calentura.

Habiéndole su mèdico ordenado que tomase una lavativa refrescante, hizo él llamar al boticario, y habiéndole dicho este que no bajaria de treinta sueldos lo que costaria, con motivo de la escasez de las drogas que entraban en ella, Scaramucha se resolvió no sin sen-



timiento de su corazon, á mandar que la compusiese.

Cuando volvió el boticario con la lavativa, Scaramucha regateó el precio mas de medio cuarto de hora, para procurar que le rebajase algo; pero habiéndole hecho entender aquel que la lavativa perdía toda su virtud resfriándose, este se puso en tal actitud para tomarla que hizo reventar de risa al boticario.

Apenas había tomado la mitad, que el recuerdo de los treinta sueldos que debía costarle el medicamento le obligó á decir al boticario que aguardase. Este creyendo que la lavativa estaba demasiado caliente, se paró al instante; en seguida Scaramucha se puso los anteojos, le mandó acercar la geringa, y viendo que ya había absorbido la mitad del remedio, sacó quince sueldos y se los dió, diciéndole que vendiese lo que quedaba á otro, que por cuanto á él, ya tenía bastante.

Scaramucha llamó á su criada, y empezó á hacerle un grande sermon sobre la fidelidad. Bien sabes Margarita, decíale, que no tenemos nada mas precioso en esta vida que la salvacion de nuestra alma; te aconsejo pues que me restituyas antes que yo muera si algo me has robado. Por lo que á mi toca, voy á satisfacer á mi conciencia dejándote alguna cosa para recompensarte el tiempo que me sirves, y sobre todo para que te acuerdes de mi.

Margarita protestó que no tenia que restituirle nada, y le dió las gracias de la buena voluntad que la tenia; y creyendo que le haria algun regalo considerable, se puso de rodillas pidiéndole su bendicion.

Scaramucha enternecido de verla en semejante postura, y mirándola con ojos de piedad, la dijo: escucha Margarita; quiero añadir otro presente al que te tenia destinado; porque además de es-

ta receta para hacer tisana, que te entrego te doy tambien esta nota del dinero que me debian, y que me han pagado ya.

Pero escucha; eres demasiado fiel, y es menester añadir alguna cosa mas; vé prontamente á mi baul; ábrelo; hallarás una caja encarnada; tráemela.

La criada partió como un rayo á buscarla y la encontró al último del baul, despues de haber sacado todos los vestidos; la presentó á Scaramucha, que la abrió y sacó de ella un braguero que la dió, diciéndole: Es menester que te estime mucho para regalarte este mueble que es enteramente nuevo; pero no tengo ningun pesar de ello, y ruego á Dios que te haga la gracia de poderlo usar: bien mereces esta fineza y te lo doy de buena gana: cuida sobre todo de no alabarte que he sido tan generoso para contigo; hasta que lo hayas experimentado.

Margarita llevada de cólera, y poco contenta de las dádivas que le habia hecho Scaramucha, no pudo abstenerse de decirle mil pestes, que el buen hombre no oyó; porque si lo hubiese oido no habria dejado de quejarse de su ingratitud.

Scaramucha tenia un criado que le servia mucho tiempo hacia, por el solo gusto de verle hacer gestos y de poder entrar al teatro sin pagar.

Habiéndole Scaramucha abrazado y encomendado de tener el temor de Dios siempre presente, le dijo: Mi querido *Brindavoine*, (porque él le habia dado este nombre), se que eres un buen muchacho y que hay cerca de siete años que me sirves sin ningun estipendio; quiero recompensar tus servicios ahora con usura, á fin de que ruegues á Dios de todo corazon por mi alma, en caso que muera presto. Pero si debo dar crédito á un astrólogo, que me dijo que vi-

viria hasta ciento doce años, todavía me quedan veinte y tres de vida; así tendrás lugar de envejecer sirviéndome, sin que te cueste tu despensa un maravedís, y te puedo asegurar que jamás hablaré de hacerte ninguna remuneración, porque sé que te incomoda; pero á lo menos déjame en este instante la libertad de darte alguna cosa, por los buenos y agradables servicios que me has prestado.

Brindavoine contestó que él era dueño, y que jamás habia dudado de su afeccion. *Scaramucha* volviéndole á abrazar, le dijo: Aquí tienes un saquito en el cual están todas mis comedias. Lo que siento es el no poderte dejar también los ademanes y gestos que yo inventaba, fuese cuando queria provocar á risa, ó bien amedrentar. Pero como no puedo inculcarte un don de la naturaleza tan precioso, voy á hacer tu fortuna por otro estilo, y es dándote mi ves-

tido de Scaramucha, que todavía está nuevo, porque hay cerca de cinco años que no lo llevo en ninguna comedia, y es de tan buen paño, que despues de todas las volteretas que he dado en el teatro durante mas de veinte años, no tiene todavía el menor desgarró. Tu podrás alquilarlo por el carnaval, y en cuanto digas que me pertenecia, todos lo querrán para disfrazarse de Scaramucha, aunque el hábito no haga el monge. Si los ropavejeros ganan tanto alquilando vestidos de máscara, ¿qué ganancia no te acarrerá este? y por otra parte te podrá servir para mi luto dado caso que yo muera.

Estas son, mi querido *Brindavoine*, las mayores pruebas de amistad de un amo con respecto á un fiel doméstico, y me atrevo á decir de un padre con respecto á un hijo; porque si yo lo tenia no le habria dejado otra herencia.

Un jóven cirujano que habia en otro

tiempo curado á Scaramucha una herida á la cabeza que se habia hecho cayendo y rodando toda la escalera, pasó á visitarlo algunos dias antes de su muerte, y conociendo que estaba próximo su fin le dijo: Señor Tiberio; es menester pensar en la muerte y poner órden á los negocios de su salvacion. Ya lo hago, contestó Scaramucha, como que no hace mas de dos dias que recibí el viático sin embargo, no creo morir tan pronto como pensais; una señal verdadera que viviré todavia mucho tiempo, añadió mostrandolosus piernas hinchadas, es que ahora empiezo á engordar.

Estaba sentado entonces en una silla, en donde se viò obligado á permanecer en los últimos dias de su indisposicion, temiendo que se sofocaria si se metia en la cama.

Despues de haber hablado de diferentes cosas; me acuerdo, dijo Scaramucha al cirujano, que no os pagué las visi-

tas que me hicísteis cuando me rompí la cabeza, mas que con algunas targetas de teatro que os dí; y por lo tanto es muy justo que os remunere un tan buen servicio.

Dijo todo esto con tanta gravedad que creyó el físico que le iba á dar una cuantiosa suma. Pero Scaramucha sacó de su faltriquera unas antiparras viejas que estabau envueltas con muchos papeles, y le dijo: Tomad estos anteojos que me sirven hace mas de sesenta años; se pueden llamar sin escrúpulo inmortales, pues que se me han caido al suelo mas de mil veces y no se han roto. Como vos podeis envejecer y necesitarlos para sangrar, os los regalo, como tambien mis canciones que á la verdad no tengo puestas en música; pero vos no careceis de talento y os será fácil hallar las tonadas sobre las cuales las compuse.

El cirujano muy lejos de incomodar—

se, no pudo contener la risa cuando oyó este discurso, y dijo marchándose, que Scaramucha queria hacer el gracioso hasta en el artículo de la muerte.

Este habiendo mandado llamar á su médico; querido amigo, díjole, veo muy bien que es tiempo de que vaya á ver lo que pasa en el otro mundo, pues que hay mucho tiempo que estoy en este.

Vos me habeis conceptuado siempre muy económico, porque jamas os he convidado á comer en veinte años que nos conocemos: os confieso que esto no ha sido por avaricia, pero solamente á causa que habia oido decir que los médicos no perdonan á persona alguna que caiga en sus manos. No obstante, antes de morir, quiero haceros conocer un rasgo de mi generosidad. Tenia dos excelentes guitarras; he dado una á un amigo de mi difunta esposa, que la tocaba tan bien delante de ella, que muchas veces la hacia descoyuntarse de

risa. La otra la he guardado para vos; es del antiguo Vauban, que es cuanto se puede decir: además que me distraía de mis pesares y mis dolores de cabeza, tenía la particularidad de calmar el dolor que me daban muchas veces las almorranas. Os aconsejo que hagais de ella el mismo uso que yo, y que toqueis á vuestros enfermos minuets, contradanzas y rigodones, en lugar de recetarles purgas, lavativas y sangrias; si esto no los cura, á lo menos estoy cierto que tampoco les matará. Adios mi querido amigo, idos, porque deseo partir para el otro mundo sin órden vuestra.

Viendo Scaramucha que no tenía apetito, empezó á creer que no le quedaba mucho tiempo de vida: sin embargo todavía comia todas las mañanas su sopa dos libras de pan, y una polla, y bebía su medio azumbre de vino de Borgoña. Por la noche tomaba el caldo y comía un po-

llo, tres vizcochos y medio azumbre del mismo vino. Guardó este régimen de vida durante tres meses que estuvo asaltado de una especie de disenteria por haber comido demasiado melon. El dia de su muerte pidió una sopa á la italiana, esto es, un gran plato de fideos con queso parmesano. Su médico que habia vuelto á verle, le dijo que esto dañaria su salud, y que, si queria moderarse, podia vivir todavía mas de ocho dias. Estais seguro de ello, contestó Scaramucha? Si, señor, replicó el médico. Muy bien; ocho dias mas ó menos, repuso él, es una friolera para un hombre que ha vivido tanto, y no vale la pena que me prive de comer un buen plato de fideos: que se me haga la sopa abundante, y que vayan á llamar mi confesor. Despues de haberse reconciliado delante del sacerdote para con Dios, comió su sopa de fideos, y todavia bebió mas de lo acostumbrado.

En la noche dobló la dosis y comió con tan buen apetito como jamás lo hubiese tenido. Pero ay! habia llegado el momento fatal en que la Muerte habia resuelto terminar el curso de su vida.

Sobre las dos de la mañana, viendo que no podia dormir, mandó llamar á tres jóvenes tapiceros que habitaban otro piso de su misma casa, con los que jugó á los naipes. Un rato despues les dijo: Continudad, hijos míos, á divertirnos, pero no me distraigais de mis oraciones. Durante un cuarto de hora rezó en voz alta algunas oraciones que tenia de costumbre; y cuando estuvo á estas palabras del padre nuestro: *sicut in coelo et in terra*, exhaló un suspiro, que fué el último de su vida.

Ademas de un considerable legado que hizo á un convento, dejó á su hijo todos los bienes que poseia tanto en Francia como en Italia que segun de-

cian subian hasta el valor de cien mil escudos.

Su muerte fuè sentida de todo el mundo y aun de sus mismos compañeros, quienes por espacio de cinco años le habian dejado cobrar la parte que le correspondia, aunque no representaba.

Una multitud extraordinaria de personas de todas clases acompañaron sus restos hasta la iglesia de san Eustaquio, en donde fueron depositados con grande pompa el 8 de diciembre de 1694.

FIN.

4.000

2 fore 2 1 vol

— AN

— LVI

— SXIX

